

11/819-7)

UNIVERSIDAD DE CHILE

CENTRO DE ESTUDIOS ANTROPOLOGICOS

Director: Prof. Dr. Luis Sandoval S.

Publicación N.º 4

ARQUEOLOGIA CHILENA

Cultura de "El Molle" y Expedición al "Cerro El Plomo"

CULTURA DE "EL MOLLE"

- | | |
|--|-------------------------|
| a) Cultura de "El Molle" | por Francisco Cornely |
| b) Nuevos hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de La Turquí-Hurtado | por Jorge Iribarren Ch. |

EXPEDICION AL CERRO "EL PLOMO"

- | | |
|---|----------------------------|
| a) Hallazgos arqueológicos en el "Cerro El Plomo" | por Alberto Medina R. |
| b) Informe sobre construcciones en la cumbre del "Cerro El Plomo" y sus alrededores | por Francisco Reyes C. |
| c) Cerámica de los sitios arqueológicos "Piedra Numerada" y "Cerro El Plomo" | por Gonzalo Figueroa G. H. |

BIBLIOTECA NACIONAL



0426307



SANTIAGO DE CHILE

1958

11/819-7)

UNIVERSIDAD DE CHILE

CENTRO DE ESTUDIOS ANTROPOLOGICOS

Director: Prof. Dr. Luis Sandoval S.

Publicación N.º 4

ARQUEOLOGIA CHILENA

Cultura de "El Molle" y Expedición al "Cerro El Plomo"

CULTURA DE "EL MOLLE"

- a) Cultura de "El Molle" por Francisco Cornely
- b) Nuevos hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de La Turquí-Hurtado por Jorge Iribarren Ch.

EXPEDICION AL CERRO "EL PLOMO"

- a) Hallazgos arqueológicos en el "Cerro El Plomo" por Alberto Medina R.
- b) Informe sobre construcciones en la cumbre del "Cerro El Plomo" y sus alrededores por Francisco Reyes C.
- c) Cerámica de los sitios arqueológicos "Piedra Numerada" y "Cerro El Plomo" por Gonzalo Figueroa G. H.



SANTIAGO DE CHILE

1958

33219

(C) Universidad de Chile

1958

Inscripción N.º 20.646

CENTRO DE ESTUDIOS ANTROPOLOGICOS

Calle Ejército N° 233

Santiago de Chile

Publicaciones a cargo de Carlos Munizaga A. y Jorge Kaltwasser P.

TALLERES GRAFICOS "LA NACION"

Santiago de Chile

Indice

INTRODUCCION, por el Dr. Luis Sandoval S.	5
--	---

CULTURA DE "EL MOLLE"

CULTURA DE "EL MOLLE", por Francisco Cornely	9
Introducción	9
Descripción de la cerámica	9
Metalurgia	11
Los Tembetás	11
Las cachimbas o pipas	11
Algunas observaciones	12
Conclusiones finales	12

NUEVOS HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN EL CEMENTERIO INDIGENA DE LA TURQUIA HURTADO, por Jorge Iribarren, Mario Riveros y Valentin Angel	13
---	----

Antecedentes	13
Descripción de los yacimientos arqueológicos	13
Excavaciones en los cementerios B y C	14
Descripción de las excavaciones	16
Inventario del material arqueológico exhumado en los cementerios B y C	20
Clasificación de los tipos de cerámica provenientes de los cementerios B y C	25
Sinopsis del material arqueológico de la cultura de El Molle	28
Análisis del inventario cultural	31
Las relaciones de la cultura de El Molle con otras culturas andinas. Algunas observaciones y correlaciones	33
Conclusiones	36

Apéndices: N.o 1 Hipótesis sobre la presunta población indígena	38
N.o 2 Resumen de la exhumación de cadáveres en los Cementerios B y C	38
N.o 3 Posición de una osamenta de la cultura de El Molle en el Cementerio N.o 1, por Francisco Cornely	39

EXPEDICION AL CERRO "EL PLOMO"

HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN EL CERRO EL PLOMO, por Alberto

Medina R.	43
Introducción y antecedentes	43
El cadáver de El Plomo y algunos elementos de su contexto arqueológico	50
Referencias históricas	56
Significación de los hallazgos de El Plomo	61
INFORME SOBRE CONSTRUCCIONES EN LA CUMBRE DEL CERRO EL PLOMO Y SUS ALREDEDORES, por Francisco Reyes C.	
Ubicación y relaciones	64
Construcciones de la cumbre	66
Complejo ceremonial de la cumbre	66
El Adoratorio	70
Técnica constructiva	70
Fogatas y cerámica	72
Pircas seculares	72
El Enterratorio	72
CERAMICA DE LOS SITIOS ARQUEOLOGICOS "PIEDRA NUMERADA" Y "CERRO EL PLOMO", por Gonzalo Figueroa G. H.	
Introducción	73
Características generales	73
Piedra Numerada	75
Cerro El Plomo	75
Conclusiones	80

INTRODUCCION

En este volumen, el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, de mi dirección, continúa las publicaciones de trabajos que fueron destruidos listos para su impresión, en el incendio que arrasó con la imprenta de la Editorial Universitaria.

En esta ocasión abarcamos la Zona Agrícola Norte, comprendida La Serena, contando para ello con la colaboración valiosísima de los señores Cornely e Iribarren, del Museo Arqueológico de La Serena. Estos trabajos vienen a completar el enfoque sintético sobre la Zona que aparece en el Tomo anterior de Arqueología Chilena, 1957, pp. 37 y siguientes, y contaron con la revisión del Prof. Richard P. Schaedel.

Además, damos a conocer las Expediciones UCh. 4, Cuarta de nuestro programa de trabajos, sobre el Cerro El Plomo, con motivo del hallazgo de un cadáver congelado en la cima del mismo. Francisco Reyes analiza las estructuras arquitectónicas ceremoniales, y presenta los planos originales confeccionados por él en el terreno. Gonzalo Figueroa estudia la cerámica encontrada durante la expedición, llegando a interesantes conclusiones. Alberto Medina analiza los antecedentes y hallazgos previos a la expedición y, además, describe el contexto del hallazgo.

En tomos sucesivos, a medida que las limitaciones económicas, que son grandes, lo permitan, iremos entregando publicaciones sucesivas, que abarquen, como las ya aparecidas, un conjunto armónico que dé una idea global de las diferentes zonas arqueológicas del país.

Daremos así a conocer nuestra experiencia sobre la Zona de Santiago, en que han participado los señores investigadores y ayudantes Alberto Medina, Gonzalo Figueroa, Bernardo Berdichevsky y la ex ayudante señorita Emilia Salas, comprendiendo la Zona propiamente Central de Santiago, alrededores y la Zona Costera de la respectiva costa central.

Esperando que el presente volumen tenga la misma acogida por parte de los especialistas que el anterior sobre la zona comprendida entre Arica y La Serena, nos queda expresar un agradecimiento especial a nuestro jefe directo, el señor Rector de la Universidad de Chile, don Juan Gómez Millas, cuya generosa comprensión ha hecho posible estas publicaciones.

Dr. LUIS SANDOVAL S.
Director

CULTURA DE EL MOLLE

A — CULTURA DE "EL MOLLE"

por Francisco Cornely

B — NUEVOS HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN EL CEMENTERIO INDIGENA DE LA TURQUIA-HURTADO

por Jorge Iribarren Ch.

CULTURA DE EL MOLLE

*Descripción del nuevo material arqueológico de la cultura de El Molle,
que ha ingresado al Museo Arqueológico de La Serena,
proveniente de un cementerio de Hurtado*

por F. L. CORNELY, Director del Museo Arqueológico de La Serena.

INTRODUCCION

Al principio del presente año (1954) ingresó a las colecciones del Museo una partida de material arqueológico proveniente de un cementerio de la Cultura de El Molle, que fue descubierto cerca del pueblo de Hurtado, situado en el valle del mismo nombre, en la provincia de Coquimbo.

Este material demuestra una evolución tan sorprendente, comparado con el material arqueológico que exhumó el autor de estas líneas, el año 1938, en los 6 cementerios de esta cultura que se encuentran alrededor de la pequeña población de El Molle (valle de Elqui), que necesita una descripción, aunque sea somera, la que será objeto de las siguientes líneas.

El descubrimiento de este nuevo cementerio se hizo en una pequeña localidad a poca distancia de Hurtado, llamada Turquía. Un vecino de esa localidad, don Valentín Angel, efectuando una excavación de utilidad casera, encontró esqueletos humanos y luego artefactos indígenas, tembetás, objetos de metal y tiestos de greda o barro cocido.

Por suerte tuvo conocimiento de estos hallazgos el señor Jorge Iribarren Charlín, quien hace tiempo se dedica a investigaciones arqueológicas y que vivía entonces en su fundo cerca de Hurtado. Don Jorge se hizo presente en esas excavaciones, dándoles entonces un carácter más científico, arqueológico; igualmente, tomó parte en las excavaciones un notable aficionado a la arqueología, quien en ese tiempo ocupaba un puesto de sanidad en Hurtado, don Mario Riveros. El aporte científico a estas excavaciones es, pues, de don Jorge Iribarren en colaboración con el señor Mario Riveros y don Valentín Angel.

El material arqueológico extraído de este cementerio se encuentra casi íntegro en el Museo de La Serena, quien lo adquirió en parte, y en parte, fue regalado por los señores Jorge Iribarren y Mario Riveros, a quienes el Museo agradece, públicamente, su noble desprendimiento en favor de la ciencia.

Los dibujos para los clichés fueron hechos, copiándolos de los mismos originales y llevan un número de orden y entre paréntesis, el número que les corresponde en el inventario.

DESCRIPCION DE LA CERAMICA

Molle negro pulido

Figuras 1, 2 y 3 representan tres cántaros negros, sin asas, con una decoración incisa, que aparece blanca sobre el fondo negro. La decoración incisa

o grabada es hecha con mucha precisión; parece haber sido efectuada sobre la pasta blanda o semiblanda, antes de la cocción y del enlucido negro, que presenta una superficie perfectamente lisa y brillante. La hermosa forma de estos tres vasos y su sencilla, pero prolija decoración, que resalta sobre fondo negro, dan a esta cerámica un sello de distinción y hablan de un arte decorativo bastante evolucionado.

N.os 4, 5 y 6 son vasos negros grabados. La técnica de la grabación de estos tres vasos es diferente a la empleada en los tres vasos descritos anteriormente. Las líneas grabadas no aparecen blancas, como en los números 1 al 3, sino del color de la pasta del vaso. El trazo de las líneas es mucho más descuidado, posiblemente debido a la dificultad de grabar sobre una superficie ya endurecida, porque parece que la grabación se ha hecho después de la cocción.

Tipo Molle postcocido

N.o 7 (4.281). Cántaro globular con una asa, decorado enteramente, grabado y pintado en tres colores (hasta ahora único en su categoría).

El dibujo se expresa con listas de más o menos 1 cm. de ancho, cuyos contornos están profundamente grabados en la greda. En el cuello estas listas forman un dibujo escalonado, y en el cuerpo toman la forma de línea perpendiculares, unidas entre sí por zig-zag. El color de las listas que forman el dibujo es negro brillante, como el engobe de los cántaros. Los espacios que dejan las líneas en zig-zag con las perpendiculares forman triángulos, que están rellenos de color rojo por un lado, y verde por el otro de la línea. En el cuello esos dos colores, rojo y verde, acompañan en listas de igual ancho al dibujo escalonado.

El rojo es un color bermejón (cinabrio); el verde, que sólo en parte se ha conservado, tiene el color del óxido del cobre.

Medidas: alto: 15,5 cm.; diámetro: 13,5 cm.; cuello: 6 cm.; base 6 cm.

Cántaros negros

Dos cántaros negros, de forma tronco-cónica, globular, con dos bocas unidas por un arco-puente, hueco, que sirve de asa. La forma de estos cántaros la damos en la ilustración N.o 13. Estos dos ejemplares son de color negro, finamente pulidos, sin ninguna decoración. A esta clase de cántaros también pertenece un cantarito pequeño, con una sola boca, del que se encontraron 4 ejemplares, de los cuales 3 se encuentran en el Museo de La Serena, y cuya ilustración figura con el número 8.

Tipo rojo pulido

N.o 9 (4.270) presenta el único vaso antropomorfo, conocido hasta ahora, en la Cultura de El Molle; es de color rojo, pulido.

Tipo Molle rojo-crema

N.os 10, 11 y 12. Tres vasos pintados en blanco (crema) y rojo.

A esta cerámica tipo Molle rojo-crema pertenece también el hermoso cántaro de dos golletes, que ilustramos con número 13, que se encontró en ese cementerio con dos ejemplares más del mismo tipo, de color negro, sin decoración. Estos cántaros, a primera vista, recuerdan ciertos huacos peruanos. En el N.o 13 (4.276) los golletes aparecen como injertados en los extremos del arco-puente y dejan, por consiguiente, una prominencia arqueada hacia afuera, que tiene parecido, con un buche de ave o con una papada, lo que le da cierta característica especial, que la distingue, desde luego, de la cerámica peruana.

Por su perfecta terminación, estos cántaros son un trabajo de cerámica excelente, superior en calidad a la cerámica de los atacameños y aun de los diaguitas, en lo que respecta al trabajo de la greda.

La decoración pintada de rojo, sobre el fondo blanco-crema, parece ser también una estilización zoomórfica.

Las características de este cántaro son:

Mayor diámetro del recipiente globular	19	centímetros
Mayor altura, desde la base hasta la parte más alta del arco-puente	19	"
Distancia exterior, entre las dos bocas	21	"
Diámetro del asiento plano	9	"
Abertura de las bocas	5,5	"
Grosor de las paredes	2,5	milímetros

El peso de ese cántaro, es solamente 570 gramos.

En éste, como en los dos cántaros negros del mismo tipo, uno de los golletes es abierto y el otro cerrado, pero con agujeritos a manera de colador, lo que constituye otra característica que los diferencia de la cerámica peruana.

METALURGIA

Ahora bien, ese gran progreso no sólo ha tenido lugar en la alfarería de este pueblo, sino también en la metalurgia y probablemente, en todo orden.

La metalurgia está representada, en los nuevos hallazgos, por varias placas de oro, de plata y de una aleación de metales, además de diversos objetos de cobre, entre ellos, una pinza depilatoria. (Fig. 14).

Las placas de oro son delgadas y su diámetro fluctúa entre 6 y 6 1/2 cm.; la placa de plata es más grande (10 cm.), y tiene una decoración de puntos por la orilla en la técnica del pujado. Una de las placas de oro (Fig. 15), tiene una decoración en la técnica del pujado, que representa 7 ofidios y algunas decoraciones geométricas adherentes. La pinza de cobre tiene la forma característica que se encuentra en la cultura atacameña y con menor frecuencia en la cultura diaguita-chilena y nos parece de origen chincha.

Las características de esas decoraciones en la alfarería, como en la placa de oro, pueden dar luz sobre las influencias que han dejado marcado su paso en ese pueblo que llamamos de El Molle, y cuyo estudio ha entrado en una fase nueva con el hallazgo del cementerio en Hurtado.

LOS TEMBETAS

En el cementerio de Hurtado (La Turquí), se ha encontrado 10 tembetas; 8 de ellas son del tipo largo, botelliforme, características de los cementerios de El Molle, y sólo una pertenece al tipo corto o discoidal; otra, es de tipo corto, cónico, es decir, el tarugo que atraviesa el labio, es más grueso en su base que en la punta que sale a la superficie del labio. Creo que puedo prescindir de la descripción detallada de este típico adorno labial que usaban los portadores de la cultura de El Molle, por haberla dado a conocer en otras publicaciones.

LAS CACHIMBAS O PIPAS

Las cachimbas de piedra, de dos brazos y un hornillo central, que son otro artefacto típico de esta cultura que encontramos en los cementerios de El Molle, y en otros de la costa, no aparecen en el material arqueológico proveniente de Hurtado. Estas cachimbas o pipas, generalmente no se encuentran en los cementerios nombrados, junto con el demás ajuar funerario, sino a los pies del difunto. ¿No sería posible que algunos de estos artefactos hayan quedado enterrados en ese cementerio? Porque no es de creer que la costumbre de fumar, que indica la presencia de cachimbas, haya sido abandonada; pero también cabe la posibilidad que les haya faltado el material pétreo adecuado, o que las hayan hecho de un material más ligero, como la madera, que no se ha conservado.

ALGUNAS OBSERVACIONES

Es evidente que el material arqueológico que nos preocupa, y que en gran parte está descrito e ilustrado someramente en lo anterior, pertenece a una etapa cultural más avanzada de este pueblo, cuyos cementerios hemos encontrado en 1938, cerca del pueblo de El Molle, en el valle de Elqui.

En los 6 cementerios, cerca de El Molle, encontramos entonces un total de 21 piezas de alfarería, que constaba de vasos sencillos, sin asa, unicolor gris-pardo, negra o roja, algunas piezas finamente pulidas y sólo una de las cerámicas representaba una estilización zoomorfa, con un principio de decoración dibujada. En el cementerio recién descubierto, en Hurtado (La Turquía), que abarca sólo una pequeña extensión de terreno, en comparación con los de El Molle, no sólo se encontraron más piezas de alfarería que en los 6 cementerios juntos de El Molle, sino que esta alfarería va enriquecida de nuevas formas y de una decoración, ya incisa, ya pintada, y evolucionada, que hace pensar, que no sólo es posterior a la de El Molle, sino también, que ese pueblo ha recibido una influencia extraña, que lo hizo progresar de tal manera.

La decoración incisa, pintada o dibujada, de la cual encontramos en El Molle, sólo indicios, en los cementerios de Hurtado aparece ya en una fase muy adelantada. La decoración incisa se presenta con rasgos precisos y nítidos, de color blanco sobre el fondo, de los vasos negros bien pulidos. La decoración pintada, se sirve de los colores blanco o crema, como fondo, y rojo para la decoración pintada o dibujada. (Sólo excepcionalmente, en un cántaro globular, vemos una decoración en tres colores).

El blanco, que aparece de un color cremoso, lo que es frecuente en la alfarería antigua, ha servido para aplicarlo a vasos enteros, para dibujar encima con color rojo, el rojo corriente que usaban los indígenas diaguitas-chilenos en su cerámica dibujada y pintada; un rojo, que se puede definir como "rojo veneclano", o "sienna quemada", en la nomenclatura moderna, y que es sin duda, tierra roja que se encuentra en casi todos los valles del norte. Las variantes de tono fluctúan, entre una saturación más oscura, acercándose al carmín, y una tonalidad más clara, acercándose al bermejón.

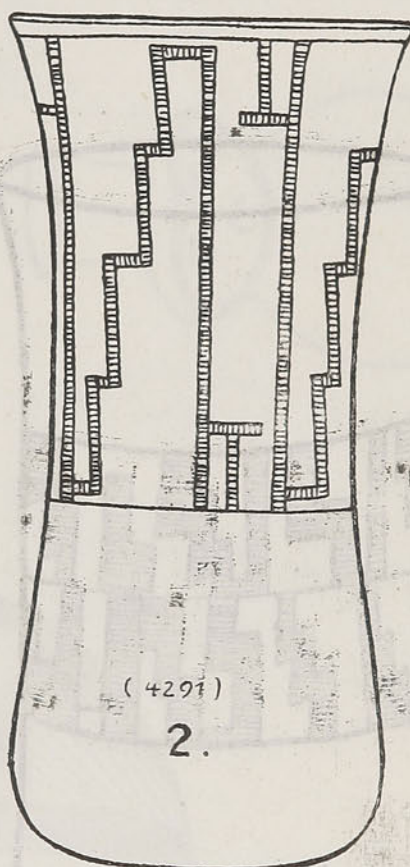
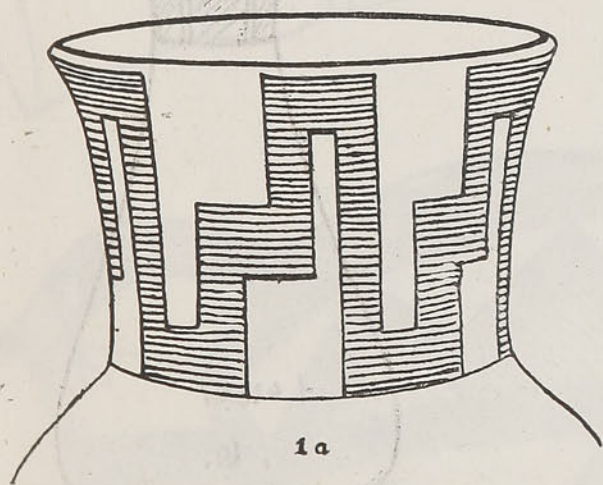
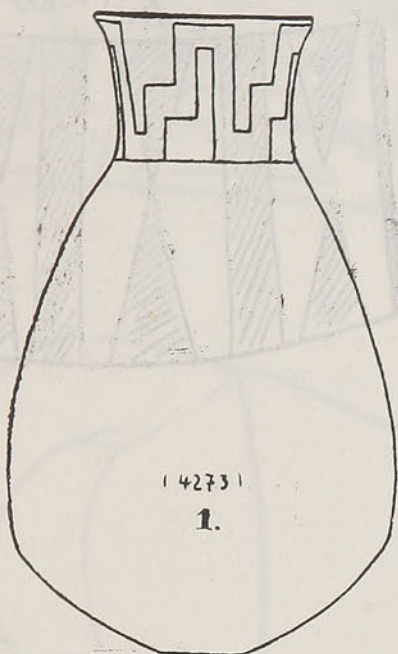
CONCLUSIONES FINALES

Conocemos, hasta ahora, una etapa más primitiva de este pueblo, cuyas huellas las encontramos, principalmente, en la costa (Infieles, Quebrada Honda y Los Morros), en que aparece el tembetá de tipo corto únicamente, la cachimba de dos brazos y una alfarería de uso doméstico, para poner al fuego; además, adornos de cobre (brazaletes) y collar de conchas.

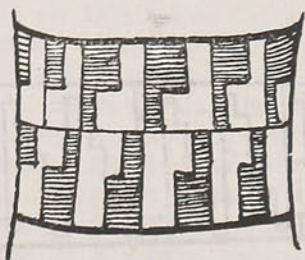
Luego, conocemos la etapa mucho más avanzada de ese pueblo, que dejó sus cementerios cerca de la población de El Molle; y en algunas partes más al norte (Cachiyuyo) con gran variedad de estilos en tembetás, entre ellas los bellos tipos largos, botelliformes; sus cachimbas de piedra, de diferentes colores, blancas, jaspeadas y rojizas; con objetos de cobre de diversas índole, como pendientes, brazaletes y un anillo; collares de discos finos, de una masa calcárea; adornos de conchaperla y otros.

La nueva etapa de esta cultura, cuyos elementos principales describimos más arriba, demuestra un progreso cultural que no se justifica con sólo un autodesarrollo, sino que se debe probablemente al contacto con otras culturas extrañas, posiblemente vecinas. Estas influencias o contactos, habrían durado un gran espacio de tiempo, para que fueran involucrados en las costumbres y en las actividades de ese pueblo; y deben haber dejado sus marcas en diferentes partes, por lo que creemos que muchos de sus cementerios aún no han sido hallados, y que éstos se encuentran en territorios andinos o antecordilleranos, como en Hurtado, pueblo que se encuentra unos 1.000 metros sobre el nivel del mar.

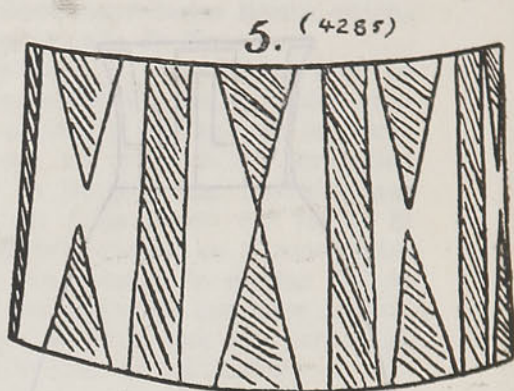
La Serena, noviembre de 1956.



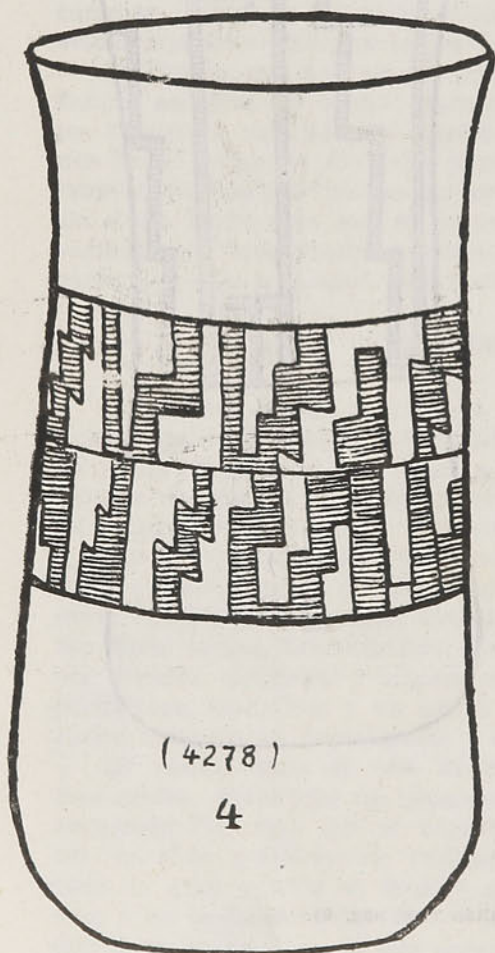
Tipo de cerámica Mollo Negro Pulido (ver pág. 9).



3
(4262)

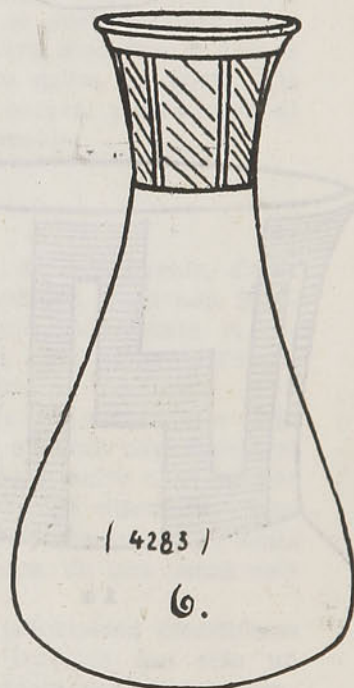


5. (4285)



(4278)

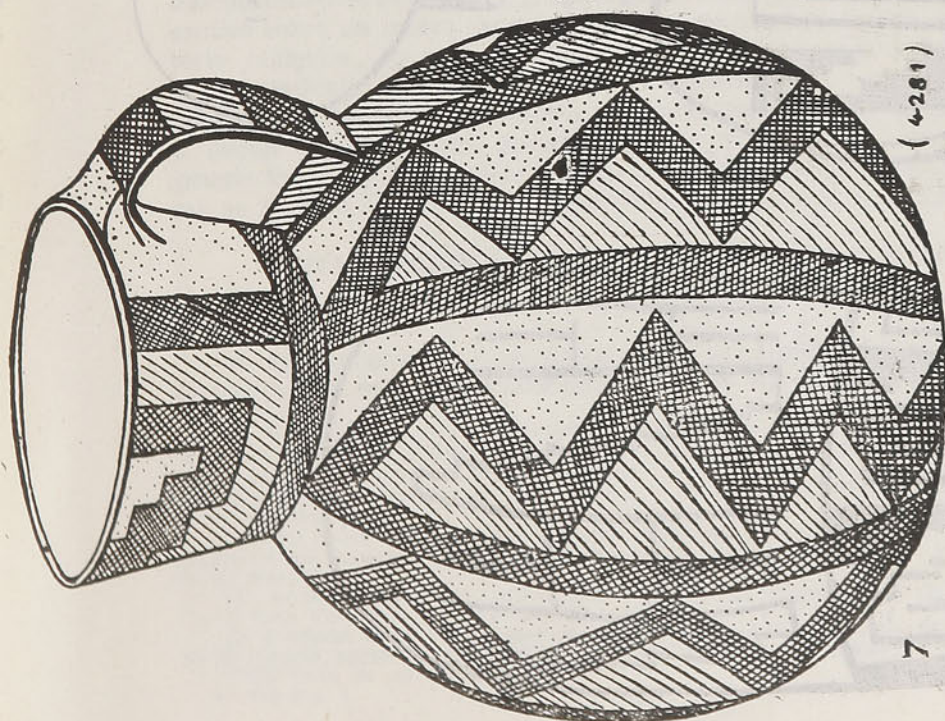
4



(4283)

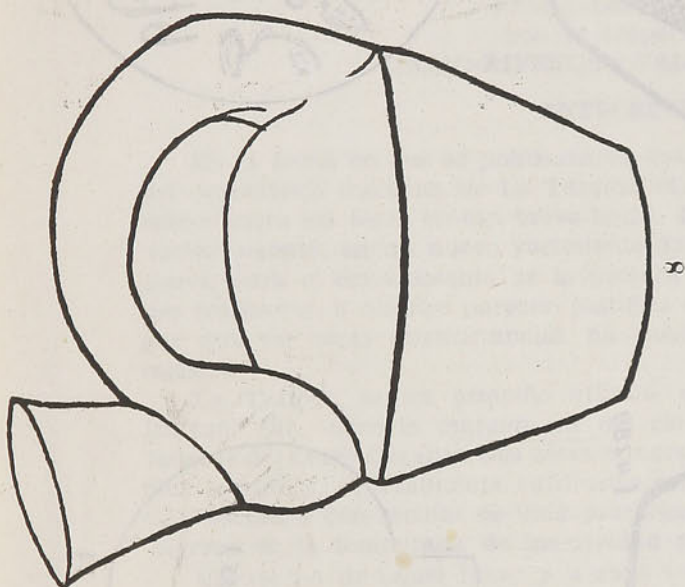
6.

3, Tipo Molle Negro Pulido; 4, 5 y 6: Tipo Molle Negro Pulido, que se caracteriza porque las líneas grabadas no aparecen blancas (ver pág. 10).

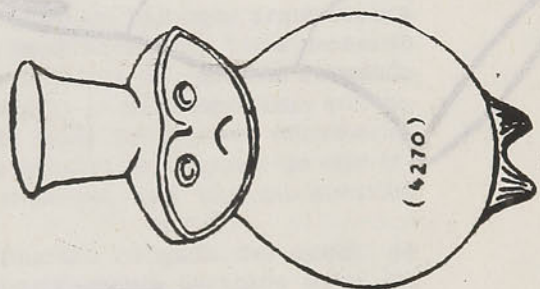


(4281)

7

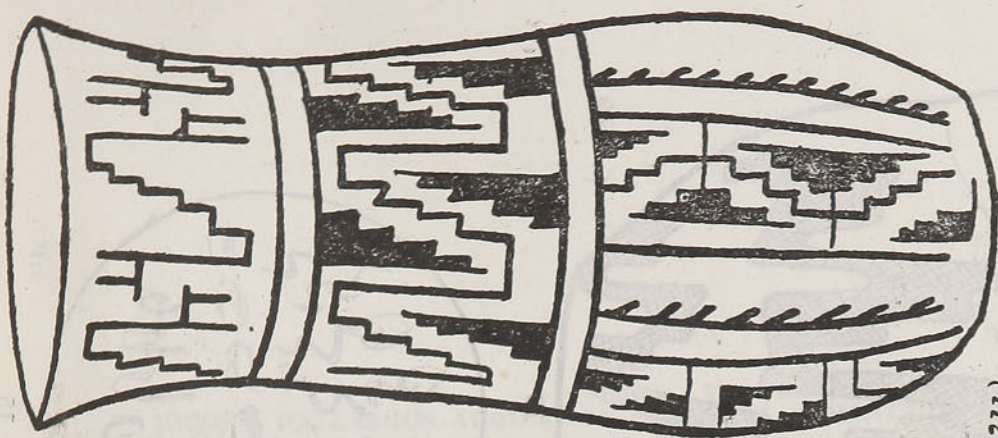


9



(4270)

9



(4277)

10

NUEVOS HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN EL CEMENTERIO INDIGENA DE LA TURQUIA-HURTADO *

por

JORGE IRIBARREN Ch

con la cooperación de

MARIO RIVEROS y VALENTIN ANGEL (1)

ANTECEDENTES

En la fecha en que se publicara un estudio sobre los hallazgos arqueológicos del cementerio indígena de La Turquía (2), no imaginamos que sería necesario volver sobre ese tema en tan breve lapso. La importancia del material colectado recientemente, en un nuevo yacimiento arqueológico, y las perspectivas que sugieren para el conocimiento de la Cultura de El Molle las diversas exhumaciones realizadas, a nuestro parecer, justifica sobradamente preocuparse de este lugar que en otras circunstancias no hubiere merecido una especial atención nuestra.

La Turquía es un pequeño villorio, continuación obligada del pueblo de Hurtado (3), sobre la margen sur del río y apaciblemente asentado sobre las laderas del Cerro Gigante. Sus escasos moradores se distribuyeron en diversos predios pequeños, generalmente cultivados como huertos frutales, con una producción escasa y con medios de vida precarios, si no cuentan con otras fuentes de ingreso en la temporada de inactividad agrícola.

Un vecino de aquel lugar y a cuya iniciativa se deben, en gran parte, los descubrimientos del primer grupo de sepulturas ya descritas, a mediados de 1953, excavó sobre un morro cercano a su casa la primera tumba de un nuevo cementerio indígena. El resultado inicial de esta exploración llegó tempranamente a conocimiento nuestro; una vez que obtuvimos el consentimiento de los propietarios del terreno, los señores Natanael García, Amanda Miranda de García y el doctor Juan Gregorio Miranda, y siempre contando con la cooperación del propio Valentín Angel, proseguimos las excavaciones, exhumando, en varios meses de trabajo, el abundante material que se expone más adelante.

DESCRIPCION DE LOS YACIMIENTOS ARQUEOLOGICOS **

Cementerio A

El primer grupo de sepulturas, que describiéramos en 1952, ocupaba parcialmente un terreno rectangular, entonces sin cultivos, que limitaba al Norte

(1) El señor Mario Riveros Martínez, practicante en el Servicio Nacional de Salud, con extraordinario entusiasmo realizó numerosas investigaciones personales en el yacimiento y tuvo a su cargo en diversos periodos las excavaciones generales.

Importantes observaciones obtenidas en el curso de las investigaciones se deben a su acucioso cometido.

El señor Valentín Angel, por iniciativa personal, investigó en el terreno obteniendo un importantísimo material que en parte obsequió y otras piezas fueron adquiridas por el Museo de La Serena.

(2) Jorge Iribarren Ch. 1952.— Nuevos Hallazgos Arqueológicos de la Cultura de El Molle—Revista Universitaria, XXXVIII, Nº 1, 191-219.

(3) Hurtado, aldea en el departamento de Ovalle situada por los 30° 19' Lat. y 70° 46' Long. en la margen norte del río Hurtado y a 89 Km. al E. de Ovalle.

* Ver nota de pp. 40.

** Ver Fig. 1.

con una acequia de regadío y una hijuela del potrero La Victoria; al Sur, con una pirca de piedra y las faldas del Cerro Gigante y por el Este y Oeste con los diversos predios de la Comunidad de los señores Miranda.

Valentín Angel, en el transcurso del año pasado, levantó su casa en un extremo del terreno y en el resto del cuadrilátero edificó diversas dependencias: horno del pan, corrales, "chiqueros" y aún cultivó algunas plantas frutales.

Cementerio B

Siempre al Sur, y fuera de los límites de la propiedad de Angel, como también del área de cultivo de los demás vecinos de La Turquía, en una longitud que se estima en varios kilómetros, se observa una serie de limitados cordones montañosos de baja altura que se desprenden del Cerro Gigante. Estos cordones tienen su origen más general en la erosión periódica de las faldas de la montaña y algunos se han generado accidentalmente, como cauces de los "huracanes", fenómenos de la naturaleza, resultantes de condiciones meteorológicas locales y que consisten en el desprendimiento súbito y violento de una regular masa de agua subterránea que irrumpe desde las alturas en alud, arrastrando grandes volúmenes de piedra y barro revueltos.

Uno de esos antiguos alvéolos, donde aún se reconoce el material removido, queda ubicado frente al grupo de sepulturas A, mencionado en un trabajo anterior. Los límites laterales de la torrentera, de aproximadamente 80 m. de ancho, lo constituyen dos morros de desigual altura. La pequeña loma, que se sitúa al Poniente y detrás de la casa nueva de Valentín Angel, termina su desarrollo reducida a muy contados metros; en ese tramo forma una pequeña explanada y desde allí asciende progresivamente hasta confundirse en las faldas del Cerro Gigante.

En la meseta existente sobre el morro y algunas veces en las laderas más inmediatas, hemos encontrado el grupo más importante de sepulturas indígenas del Cementerio B.

Cementerio C

Valentín Angel excavó 4 sepulturas, al otro lado de la quebrada, sobre la falda de la colina fronteriza. A ese grupo lo hemos denominado Cementerio C.

EXCAVACIONES EN LOS CEMENTERIOS B y C

OBSERVACIONES GENERALES

Sobre la explanada de cerca de 50 m. de longitud y 12 m. aproximadamente de ancho, en nuestra primera exploración del yacimiento, pudimos observar unas 12 áreas anulares de un diámetro de 2 y 3 m., y con una depresión cónica central. Su ruedo estaba señalado por algunas piedras semienterradas; 6, en círculos mejor conservados; 3 ó 4, en aquellos con menores vestigios. Durante el curso de la exploración se ubicaron las sepulturas restantes; en algunas circunstancias, sirvieron de posibles indicios algunas piedras dispersas.

En las excavaciones realizadas en esas pequeñas áreas circulares, en la generalidad de los casos, se encontró bajo una capa de tierra de 0,20 a 0,40 m. de profundidad una primera estratificación relativamente ordenada de piedras de diversos grosores (4). Este conglomerado de piedras yuxtapuestas o por lo menos estrechamente aproximadas, en nuestras libretas de notas las reconocemos con el nombre de "emplantillados". Ocupaban, por lo general, toda la estructura inferior delimitada por el ruedo de piedras superficial; aunque estimado siempre de considerable importancia, su espesor era bastante variable, interviniendo

(4) Estas piedras en su mayor parte graníticas las encontramos abundantemente en esos cementerios, tanto en esos horizontes estratigráficos interiores, como en los ruedos superficiales. Son en todo semejantes a las que existen en profusión en el cauce de la quebrada y no existe una razón aparente que nos permita poner en duda que éste haya sido el lugar de su inmediato aprovisionamiento.

entre las causas que alteraban estas cifras generales el diámetro de las piedras empleadas y el número de las capas en su disposición vertical. Sirva de ejemplo la sepultura N° 5 (Fig. 2), donde encontramos una triple estratificación de piedras no inferiores a 0,20 m. de diámetro cada una, y la fosa N° 3, donde ésta alcanzó un grosor aunque más limitado, en todo caso no inferior a los 0,40 m.

Una vez extraídas estas piedras, el terreno por lo general bastante compacto en el cerro, dentro del área excavada se presentó ligero y fácilmente laborable hasta una determinada profundidad, donde comenzaba un subsuelo fino, poroso y liviano, exento de piedras y guijarros y de consistencia semejante a arena muy fina o ceniza de color pardo rojiza. En el espesor de este último terreno se hicieron los hallazgos de esqueletos y aquellos objetos pertenecientes a su ajuar fúnebre.

En otras excavaciones, al primer estrato, que siempre resultó de mayor volumen, no sólo considerando el diámetro de las piedras, sino su cantidad en espesor, siguieron a diversos niveles otras capas sedimentarias de menor importancia. Tuvimos oportunidad de observarlas en las sepulturas 1-5 y 28.

También reconocimos, en otras sepultaciones, como continuación de la primera estratificación de piedras un horizonte de ripio e incorporado en el nivel de la tierra porosa final una determinada ordenación de lajas cortas, consistentes en un esquisto micáceo, y otras graníticas, de alrededor de 6 cm. de diámetro vertical (espesor).

En la excavación de la fosa N° 28, bajo un segundo horizonte estratigráfico con un muy excepcional espesor de 0,60 m., se observaron residuos desintegrados de maderas de algarrobo, en posición horizontal, y con un evidente propósito de formar una cubierta protectora en toda la extensión del cadáver.

También, como un ejemplo singular, tenemos el hallazgo en el espesor profundo de la fosa N° 20, de una hilera de piedras graníticas redondeadas sin señales de uso y del tamaño de una naranja.

En las fosas N.ºs 5 y 6, hemos reconocido fragmentos de algarrobo ubicados en forma vertical, junto a las osamentas; creemos identificar en esos maderos "las estacas", que encontró Valentín Angel, en algunas de las sepulturas del Cementerio A (5).

Otra particularidad, que anotamos con cierta frecuencia, tuvo relación con la posición del cráneo, muy comúnmente adosado a alguna roca o piedra. Sobre este particular no hemos querido insistir con otros pormenores, ya que ellos se encontrarán abundantemente detallados más adelante, en las respectivas descripciones que hacemos de las fosas observadas.

El orden en que se realizaron las excavaciones puede reconocerse en el plano adjunto, siguiendo la numeración que se asignó a las fosas: 31, en el Cementerio B, y solamente 5, en el grupo frontero.

Explicamos anteriormente que la superficie de la pequeña meseta donde se realizaron las diversas excavaciones del Cementerio B, tenía un área aproximada a los 600 metros cuadrados. En esa extensión y sobre un eje longitudinal más o menos exacto, los extremos distales los forman las fosas 5 y 11, distantes 24 y 25 m., respectivamente de la fosa 2. La fosa 12 se encontraría a 7 m. de la sepultura 8, sobre el eje transversal del paralelogramo.

Por otra parte, estimando las dimensiones generales de cada sepultura en una superficie no menor de 4 metros cuadrados o en un ruedo máximo de 9 m., y multiplicando el número de sepulcros verificados, tendríamos un total medio de 180 metros cuadrados ocupados, los que aún sin descontar las áreas libres intermedias, en el espacio reducido de 600 metros cuadrados permite comprender la singular frecuencia de las sepultaciones existentes en el Morro.

Necesariamente, la repetición de las sepultaciones en un espacio tan reducido tiene que haber exigido en la práctica la observación de un determinado orden y delineamiento y una señalización exterior, que no ha llegado a nuestro conocimiento sino en escasos vestigios.

(5) Jorge Iribarren Ch. 1952. —Nuevos Hallazgos Arqueológicos de la Cultura de El Morro— Academia Chilena de Historia Natural —Universidad Católica de Chile— Revista Universitaria, Año XXXVII, N° 1, pág. 193, 1953.

En algunos cortes, donde se observaron restos esqueléticos y fragmentos de alfarería dispersos en diversos niveles, es posible que haya ocurrido confusiones al hacerse inhumaciones secundarias.

A continuación exponemos, someramente, las observaciones recogidas en las excavaciones del Cementerio B y, en seguida, las correspondientes al Cementerio C.

DESCRIPCION DE LAS EXCAVACIONES *

Cementerio B

Fosa Nº 1

En ese corte, y a escasa profundidad, se encontró una de esas ordenaciones de piedras que hemos denominado "emplantillados", con un extraordinario espesor de 0,80 m. A esta primera estratificación le siguió otra de 0,50 m. terminando con una cubierta profunda de losa, en las condiciones generales que expusimos en un párrafo anterior. Bajo esas losas, y en el espesor de la tierra suelta, se exhumaron 2 esqueletos, sin ofrenda fúnebre. Los fragmentos de las calotas craneales rescatadas medían 11 mm.

Fosa Nº 2

En esta sepultura se observaron los restos de 2 esqueletos. Las paredes de los respectivos cráneos tenían un grosor superior a los 10 mm. Junto a los restos óseos se encontraron algunos fragmentos de alfarería negra, pulida y grabada.

Fosa Nº 3

A la profundidad de 1,90 m., aparecieron los restos de un esqueleto en posición dorsal semiflexionada, y a una mayor profundidad (2,30 m), un segundo esqueleto, en posición extendida lateral y con las piernas replegadas. El primer esqueleto tenía un cráneo que podía incluirse en la clasificación de aquellos de paredes gruesas, no así el segundo, que ofrecía un grosor normal de 5 mm. Junto a este último se obtuvo un vaso negro pulido con dos golletes y puente (pieza 4271 MLS) ** con un disco agujereado, obturando una de las bocas. Las características extraordinarias de este ceramio nos permiten señalarlo como un vaso escanciador o regadera, en la acepción más vulgar del vocablo.

Fosa Nº 4. Grupo sepulcral

En la profundidad de 1,80 m. se encontró un esqueleto en buen estado de preservación que, inmediato al hueso frontal, llevaba una planchita de cobre perforada de forma irregular aunque sus respectivas dimensiones la aproximan a una figura geométrica rectangular. A 2 m. apareció un segundo esqueleto acompañado con un vaso gris-pardo pulido (forma 3B) con decoración grabada (ver foto Fig. 12). (Objetos en la colección particular del Dr. Alvarez Andrew).

Fosa Nº 5. Grupo sepulcral (Fig. 2).

En esta fosa, con un diámetro de 2,80 m. y a la escasa profundidad de 0,20 m., se encontró un emplantillado de 0,70 m. de espesor. Una segunda estratificación de piedras, apareció a 0,25 m. más profunda, y finalmente anotamos una cubierta más delgada del mismo material.

El primer esqueleto fue encontrado a 1,60 m. en una posición dorsal, flexionada. Bajo la región pélvica, se encontraron los restos de un segundo cráneo, y un tembetá, fracturado del tipo "botellita". A los 2,15 m., y bajo una gran piedra que le cubría todo el tronco, se ubicó un tercer esqueleto. En las inmediaciones de ese cráneo, pudo retirarse una planchita de cobre de forma ovoidal.

* Ver formas de la cerámica excavada en Figs. 3 y 4.

** MLS: Museo Arqueológico de La Serena.

También se rescataron del estrato segundo de piedras, los fragmentos de un vaso Molle gris con decoración incisa. (Este material se encuentra también en la colección particular mencionada anteriormente).

Fosa Nº 6. Grupo sepulcral

Fosa cuadrada de 3 m. por lado. A 1,70 m. se reconoció, sobre la pared Noroeste de la excavación, un fragmento desintegrado de hueso largo humano, y en las proximidades de los 2 m. de profundidad, otros 5 fragmentos desarticulados, semidesintegrados. A medio metro de ese hallazgo, y en el mismo nivel de los 2 m. se encontraron algunos fragmentos del cráneo de un niño, trozos del cráneo de un adulto con paredes de gran grosor, fragmentos de un fémur y un premolar. En las proximidades de estos restos óseos se obtuvo un fragmento muy pequeño, de la mandíbula de un auquénido (llama o guanaco). En diversos niveles aparecieron algunos fragmentos de alfarería Molle, corriente.

Entre los escombros de las osamentas se descubrieron 3 cuentas discoidales de malaquita, de alrededor de 5 mm. de diámetro.

Fosa Nº 7

Un emplantillado de piedras a 0,40 m. al que le siguió un estrato de piedras medianas y pequeñas; entre esta cobertura se hallaron algunos fragmentos de alfarería Molle gris suavizada. A 0,50 m. se encontró un fragmento de alfarería Molle corriente con torus.

Un cráneo, con paredes de grosor normal, apareció a 1,60 m. reconociéndose en los restos esqueléticos subsistentes una posición extendida dorsal. A 0,40 m. de ese esqueleto, se encontró un segundo cráneo, también de grosor normal, que llevaba sobre el frontal una lámina discoidal de oro de 6 cm. de diámetro (Pieza Nº 4.172 MLS).

En un nivel ligeramente inferior, y en las inmediaciones de los esqueletos anteriores, se exhumaron los restos de un último esqueleto, sin ofrendas fúnebres, en posición también extendida.

Excavación Nº 8.

El corte se excavó hasta 1 m., alcanzándose en ese nivel el subsuelo virgen del cerro; sobre ese piso se encontraron algunos restos fragmentarios de huesos humanos, un premolar, y el cráneo de un animal carnívoro.

Anotamos este hallazgo infructuoso, por la razón que durante nuestra excavación iban apareciendo todos esos rasgos característicos que eran comunes a una sepultura: estratificación, tierra removida, etc.

Fosa Nº 9

Corte sin carácter especial. A 2 m., y junto a un cráneo muy desintegrado, aparece un cántaro rojo antropomórfico (pieza Nº 4.270 MLS). En el mismo nivel, y en las inmediaciones de esos hallazgos, se rescataron algunos fragmentos óseos que corresponden a los huesos de un antebrazo, con un brazalete de cobre. (Pieza Nº 4.253 MLS).

Fosa Nº 10

Aproximadamente a 1 m., apareció un esqueleto humano sin cráneo y con la armazón del tronco bien conservada. Esta parte del esqueleto descansaba sobre una piedra de cierto volumen, por lo que los restos humanos colocados en posición dorsal extendida se proyectaban hacia adelante, quedando en un nivel inferior las vértebras cervicales.

Excavaciones practicadas en otro sector de la fosa, dieron con el hallazgo de 2 vasos: uno globuliforme, negro pulido, y en forma de un fruto (lagenaria

o cucurbita) con cascos en bajorrelieve; además, de un asa que no se conserva, pero que tiene los vestigios de su implantación (Pieza N° 4.578 MLS). El segundo, también negro pulido, de paredes cilíndricas y base plana (tipo VI B), lleva como asa una figurita en forma de puma (Pieza N° 4.577 MLS).

Excavación N° 11

En el proceso de excavación del corte N° 11, encontramos todas las características comunes existentes en los demás lugares explorados: círculo exterior, emplantillados, tierra suelta, etc.; sin embargo, de ella sólo se obtuvo un único hueso metacarpiano, y algunos fragmentos de alfarería Molle, gris corriente.

Fosa N° 12. Grupo sepulcral

En esta fosa, excavada sobre la ladera oriental del yacimiento, se extrajeron 4 esqueletos a diversos niveles: 1,80, 2, 2,50 y el último a 3,40 m. de profundidad. De esa excavación, provienen: un vaso Molle corriente tipo II A (Pieza N° 4.290 MLS), y un cántaro con asa plana tipo II B), grabado y pintado después de la cocción, conservando aún los restos de pintura roja y verde cardenillo (Pieza N° 4.281 MLS). De esta misma sepultura colectiva, es posible que también hayan sido rescatados otros dos vasos pintados que pertenecían a la colección del Sr. Angel (Piezas N.ºs 4.287 y 4.277 MLS) del tipo I A, pintadas rojo, sobre crema, y con algunas estilizaciones de cuadrúpedos.

Fosa N° 13. Grupo sepulcral

En este corte se reconocieron 3 esqueletos; el primero, a 1,60 m.; el segundo, a 1,80, y el tercero, que correspondía a los restos de un niño, a 2,10 m. Pertenecen a la ofrenda sepulcral: algunos fragmentos de alfarería tosca y gruesa tipo Molle corriente y un tembetá corto con alas, forma transicional del tipo discoidal, con alas, de 16 mm. de altura y con un mayor diámetro en la base de 38 mm. (Pieza N° 1.244 MLS).

Fosa N° 14

Se extrajeron de la sepultura a 1,20 m. los restos de 3 esqueletos, dos de adultos y uno de niño; un tembetá discoidal, con alas, con 18 mm. en el diámetro del disco, altura 12 mm. y con un diámetro mayor en las alas de 33 mm. (Pieza N° 4.243 MLS), y un cántaro con gollete y puente, (forma VIII B), negro pulido, con casco en bajo relieve, posiblemente a imitación del fruto de una cucurbitácea o zapallo (Pieza N° 4.272 MLS).

Fosa N° 15

En esta sepultura se conservaban muy malamente los restos de 2 esqueletos de adultos, y los fragmentos de un cántaro Molle gris.

Fosa N° 16

Sepultura con esqueleto de niño, en posición dorsal, en el brazo llevaba una planchita perforada de concha perla (Pieza N° 4.292 MLS). De esta misma procedencia, un disco de oro de color rojizo, posiblemente en aleación con cobre (Pieza N° 4.576 MLS).

Fosa N° 17

De esta sepultura se extrajeron 3 esqueletos, sin alfarería; sólo se obtuvo 2 cuentas pequeñas, discoidales, de malaquita.

Fosas N.os 18 y 19

En estas sepulturas, que se excavaron en común, dada su proximidad, se obtuvo: un vaso negro pulido, grabado (forma I A), con la representación de cuadrúpedos (Pieza N° 4.291 MLS), y diversos fragmentos de alfarería, gris, suavizada. Los restos humanos, en cierta confusión, correspondían cuando menos a 6 sujetos, incluyéndose en el total, los restos de algunos niños.

Fosa N° 20

La fosa N° 20 contenía 5 esqueletos de adultos; uno llevaba sobre el hueso frontal una valva de choro (*Mytilus chorus*). Como ofrenda fúnebre, se rescataron los fragmentos de alrededor de 3 vasos, Molle gris, del tipo II, y una planchita discoidal, convexa, de cobre, con un agujero central (Pieza N° 4.254 MLS).

Excavaciones N.os 21, 22, 23, 24, 25 y 26

Excavaciones realizadas por el señor Valentín Angel, por iniciativa propia, desconociéndose otros pormenores. En estas sepulturas, debemos considerar la inclusión de los demás vasos que pertenecieron a su colección, y que fueron adquiridos con posterioridad por el Museo de La Serena.

Fosa N° 27

En esta fosa, y a la profundidad de 1 m., aparecieron los restos de 3 esqueletos adultos, acondicionados tan estrechamente entre sí, que en el espacio de 0.50 m. cabían los 3 cráneos. De esa sepultura, se extrajeron los fragmentos de un vaso negro, rústico, de base plana (torus), y con un asa en muñón, modelado y asimétrico, (Pieza N° 4.579, MLS), y otros fragmentos de un cántaro Molle corriente de la forma II.

Fosa N° 28

En esta sepultura, al círculo exterior de piedras de carácter general en aquellas fosas que conservaban sus formas exteriores, debe agregarse, para este ejemplo, una piedra única en el centro del ruedo.

Al primer emplantillado le siguieron otros dos horizontes de piedra, intercalándose entre ellos un manto de tierra y guijarros.

A la profundidad de 2 m., se reconoció una ordenada estratificación de lajas de esquisto micáceo, a las que le seguían otras piedras de mayor grosor, muy bien dispuestas, formando una losa en toda la longitud horizontal del esqueleto. Bajo estas rocas se hallaron vestigios de maderos de algarrobo, en una disposición que demostraba claramente un propósito deliberado de establecer tal cubierta protectora. A 2.70 m. estaba el esqueleto; en posición extendida, y con el cráneo reclinado sobre el tórax.

En las proximidades del cráneo se recogieron 2 cantaritos negros pulidos (tipo I B); 1 cántaro de la forma I A, pintado, bicromado, rojo sobre crema, con una decoración semejante a escalones en Z, (Pieza N° 4.284 MLS), y una planchita, discoidal, agujereada, de plata, con una ornamentación de puntos repujados, en relieve, en todo el perímetro del disco.

Sepultura N° 29

En una profundidad de 2.40 m., y bajo una segunda cubierta inferior de lajas, se encontraron los restos de 2 esqueletos adultos y uno de niño. La ofrenda fúnebre rescatada consistía en : 2 cántaros negros pulidos de la forma VIII A, gollete con puente, y un caso negro tipo I A, con decoración grabada (Pieza N° 4.282 MLS), en cuyo interior se guardaba una plaquita discoidal de oro,

con diversas figuras obtenidas con la técnica del repujado: una hilera vertical de serpientes, una segunda hilera de círculos y una última de ganchos (Pieza N° 4.240 MLS). Ver Cornely (ilustración N° 15 y pp. 11, en esta publicación). Las paredes de los cráneos acusaron un grosor de 11 y 8 mm. respectivamente.

Sepultura N° 30

En esta fosa, con una única zona inicial de piedras, se encontró a 1,80 m., un esqueleto en posición extendida, de orientación N a S, y con el cráneo reclinado sobre el hombro derecho; bajo el maxilar, o en sus proximidades, (el estado de desintegración casi completo de los restos óseos no permite una definición de posiciones muy exactas) se encontró una lámina discoidal, de oro, y un vaso negro, con decoración, grabado, forma I A (Pieza 4.285 MLS).

Fosa N° 31

En esta sepultura, y a la escasa profundidad de 1 m. se encontró los restos de un esqueleto adulto, sin ofrenda fúnebre

Cementerio C

Fosas N.os 1-2-3-4

Expusimos anteriormente que en las márgenes opuestas al Cementerio del Grupo B, sobre las faldas del morro frontero, el señor Valentín Angel hizo algunas excavaciones aisladas. Estas comprenden las sepulturas 1 al 4, cuyos detalles serían muy difíciles de reconstituir, por lo que preferimos agruparlos en general en una exposición conjunta.

En esas fosas, según las informaciones obtenidas, se observaron, cuando menos, 4 esqueletos adultos, y se obtuvieron 3 piezas de alfarería roja, bruniada, (Molle Rojo); 2 vasos del tipo IB (Piezas 4.175 y 4.176 MLS), y un vaso de la forma II F (Pieza N° 4.171 MLS).

Fosa N° 5

Una excavación realizada a continuación de las otras primeras cuatro, dio, a escasa profundidad, con los restos desintegrados de un niño, sin ofrendas fúnebres.

INVENTARIO DEL MATERIAL ARQUEOLOGICO EXHUMADO EN LOS CEMENTERIOS B Y C

I. Material lítico

A. Tembetás (Fig. 5).

1. Tipo discoidal con alas.
Pieza 4243 MLS., piedra silíceo blanca.
Altura 12 mm.
Diámetro del disco, 18 mm.
Diámetro mayor de las alas, 33 mm.
Diámetro menor de las alas, 16 mm.
2. Tipo de forma transicional.
Pieza 4244 MLS., piedra silíceo.
Altura, 16 mm.
Diámetro de la elipse, 16 mm.
Diámetro mayor de las alas, 38 mm.

3. Tipo "botellita".

Pieza 4246:	altura 73—	diámetro ápice 7—	diám. mayor alas 38—	p. 22 gr.
Pieza 4245:	altura 77—	diámetro ápice 7—	diám. mayor alas 35—	p. 20 gr.
Pieza 4252:	altura 70—	diámetro ápice 6—	diám. mayor alas 25—	p. 25 gr.
Pieza 4249:	altura (frag.)	diámetro ápice -	diám. mayor alas 40—	p. 16 gr.
Pieza 4250:	altura (frag.)	diámetro ápice -	diám. mayor alas 38—	p. 17 gr.
Pieza 4248:	altura (frag.)	diámetro ápice -	diám. mayor alas 36—	p. 15 gr.
Pieza 4247:	altura 34—	diámetro ápice 4	diám. mayor alas 35—	p. 9 gr.
Pieza 4251:	altura 45—	diámetro ápice 3	diám. mayor alas 31—	p. 10 gr.

Los tembetás: 4246, 4245, 4249, 4250 y 4251, fueron confeccionados en una piedra verde o blanca manchada de negro. El tembetá N° 4245 presenta en el extremo, y circunscribiendo al eje del objeto, una superficie grabada incisa de surcos cruzados de aproximadamente un centímetro. El tembetá 4252 es posiblemente un ónix y su forma presenta una gran curvatura.

B. Cuentas

Manufacturadas en una piedra verde, posiblemente un carbonato de cobre (malaquita), miden de medio a un centímetro de diámetro.

II. Material de Hueso

Punta de instrumento de 3 cm. (Pieza 4293 MULS), posiblemente inconclusa.

III. Material Marino

Planchita delgada de nácar de 2 cm. aproximadamente, de forma cuadrilátera, con un agujero central (Pieza 4292 MLS.).

IV. Metales (Fig. 5).

A. Oro:

1. Planchita discoidal de oro, de 6 cm. de diámetro y con un peso de 6 gramos, perforada en el centro, y con 2 agujeros pequeños, marginales (Pieza 4172 MLS.).
2. Ejemplar muy similar al anterior (Pieza 4241 MLS.).
3. Planchita con características y tamaño semejantes a las anteriores, con una serie de grabados repujados (Pieza 4240). Las figuras en relieve consisten en una franja de 7 figuras ofidiomorfas con dos secciones: una escutiforme con dos ojos en posición longitudinal seguidas de una cauda en ángulo casi rectos. Una faja central de seis figuras ovoidales y una última franja de 7 relieves en forma de ganchos (un trazo recto y luego una continuación replegada sobre sí misma).
4. Ejemplar de 4 cm. de diámetro, de un color rojizo, diverso a las anteriores. Presenta un agujero central y un único agujero marginal (Pieza 4576 MLS.).

B. Plata:

1. Planchita discoidal de plata de 10 cm. de diámetro con un agujero central y dos marginales, presentando en todo el contorno, a un centímetro del borde, una decoración en relieve (repujado) de puntos (Pieza 4242 (MLS.)).
2. Media planchita, similar a la anterior, pero de diámetro menor 5 cm. (Pieza 4288 MLS.). Peso 1 gr.

C. Cobre:

1. Planchita de forma elipsoidal de 6 cm. de largo, con un agujero en un extremo, colección particular, JAA.

2. Planchita cuadrangular irregular de 4 cm. Colección particular JAA.
3. Planchita de 2 cm. en forma de un losange, con un pequeño adorno lateral, (Pieza 4289 MLS.).
4. Disco convexo de 5 cm. de diámetro, (Pieza 4254 MLS.).
5. Pinza, constituida por dos planchitas convexas de 42 mm. de diámetro y una cinta doblada que las une de 36 mm. (Pieza 4255 MLS.).
6. Brazaletes de 16 cm. de largo y 3 cm. de ancho, con 17 gr. de peso (Pieza 4173 MLS.).
7. Brazaletes formado por una cinta de 18 cm. de largo y 5 cm. de ancho, (Pieza 4253 MLS.).

CERAMICA ENCONTRADA EN LOS CEMENTERIOS B Y C

Inventario de Especímenes:

Número del espécimen	Dimensión (altura)	Técnica	Procedencia (Fosa)
Fragmento	—	inciso— Negro pulido	2
4271	20 cm.	Negro pulido	3
Ejemp. en Colec. particular	13	Negro pulido	4
Fragmentos Colec. particular	—	Gris inciso	5
"	—	Molle corriente	6
"	—	Gris	7
"	—	Molle corriente	7
4270	19	Rojo	9
4578	10	Negro pulido	10
4577	22	Negro pulido	10
Fragmentos	—	Gris	11
4290	13	Molle corriente	12
4281	15,5	Molle Post cocido	12
¿ 4277 ?	22	Rojo/crema	12
¿ 4287 ?	20	Rojo/crema	12
Fragmentos	—	Molle corriente	13
4272	22	Negro pulido	14
Fragmento de un cántaro	—	Molle gris	15
4291	20	Negro pulido	18-19
Fragmentos	—	Molle gris	18
Fragmentos de 3 cántaros	—	Molle gris	20
???	—	¿ ?	21-26
4579	11	Molle gris	27
Fragmentos	—	Molle corriente	27
4260	13	Negro pulido	28
4261	12	Negro pulido	28
4284	22	Rojo/crema	28
4269	13	Negro pulido	29
4274	13	Negro pulido	29
4282	23	Negro pulido inciso	—
4285	18	Negro pulido	30

Cementerio C.

4175 y 4176	14 y 13	Molle rojo	1-4
4174	15	Molle rojo	1-4

Piezas que coleccionó el señor Valentín Angel, sin mayores detalles de su procedencia.

4256	Frag.	Negro pulido
4258	9 cm.	Molle Rojo inciso
4259	10	Molle corriente
4262	7	Molle gris
4263	16	Negro pulido inciso
4266	13	Negro pulido
4273	25	Negro pulido
4275	25	Negro pulido
4276	19	Rojo/crema
4277	19	Rojo/crema
4278	16	Molle corriente
4279	14	Molle corriente inciso
4283	15	Negro pulido inciso
4286	25	Negro pulido
4288	11	Molle Rojo
4289	17	Molle Rojo
4291	20	Negro pulido inciso

Formas Generales de la Alfarería de la Cultura de El Molle (Figs. 3, 4)

Descripción de las formas:

I.—Longilíneas: vasos con paredes semicilíndricas

A. Grandes.

B. Chicos.

C. Con cuello constreñido (reloj de arena).

II.—Globular con cuello largo.

A. Cuello y cuerpo en línea continua.

B. Cuello hace ángulo con el cuerpo.

C. Cuerpo angular (trizonal): tipo 2 Cornely.

D. Cuello alargado.

E. Cuerpo angular: variante grande.

F. Cuello constreñido.

III.—Globular de cuello corto.

A. Alargado.

B. Angular: tipo 11 Cornely.

IV.—Olla chata: tiene un torus como base.

V.—Escudilla divergente: tiene torus.

VI.—Cilíndrica: tiene base redondeada.

A. Sencilla: tipo 5, Cornely.

B. Con adorno.

VII.—De cuerpo ensanchado: tiene torus grande. Tipo 4 Cornely.

VIII.—Un gollete y puente.

A. Grande.

B. Chica.

IX.—Dos golletes y puente. (Uno de los golletes obturado por una plaquita con diversas perforaciones).

X.—Modelada biomórfica:

A. Antropomórfica.

B. Ornitomórfica

C. Zoomórfica. Tipo 14, Cornely.

D. Fitomórfica.

XI.—Miscelánea.

XII.—Puco: escudilla hemisférica de paredes altas.

A. Con base plana. Tipos 9 y 12, Cornely

B. Con base redonda.

Observaciones sobre bordes:

En los Cementerios B y C existiría una única y repetida representación de las formas plásticamente curvas.

Análisis de las asas:

Los puentes que enlazan a uno o dos golletes es difícil aceptarlos funcionalmente, en la general acepción de asas.

Tipos de bases:

1. Planas: es la forma más corriente.

2. Redondeadas: pieza 4259 MLS.

3. Torus: piezas 3086, 4264, 4265, 4262, 4579, 4268, 900, 3088 (formas VB, IV IIA, IV Misc | IIIA, VII, IIIB).

4. Cóncavo: 3085, 599, 4281 (formas IID, IIB, IIB).

5. Pie: (modelados): 4270-223.

Distribución de las formas alfareras en los yacimientos arqueológicos, incluyendo a El Molle.
Formas Localidades

		M	K25	Hta	QH	Mrros	G	HA	HB	HC	B	Bo	T
I	A	2							7				9
	B	2							6	2			10
	C								1				1
II	A	1						1	4				6
	B								3			1	4
	C	5	1				1		1				
	D							1	1				2
	E								2				2
	F									1			1
III	A								1				
	B	1									1		
IV									2				2
V	A								1				1
	B												1
VI	A	3											3
	B							1					1
VII		2			1	1			1				4
VIII	A												4
	B								4				1
IX									1				3
X	A								3				1
	B			2					1				2
	C	2											2
	D								1				1
XI		2							3				1
XII	A	2											2
	B								1				5

M: Molle; Hta: Huanta; QH: Quebrada Honda; Mrros: Morros; G: Guayacán; Ha: Hurtado A; Bo: El Bosque; T: Total. Para el significado de los signos que representan las formas, en la primera columna de la izquierda, ver Figs. 3 y 4.

CLASIFICACION DE LOS TIPOS DE CERAMICA PROVENIENTES DE LOS CEMENTERIOS B y C *

En los Cementerios B y C reconocemos los siguientes tipos:

Molle Negro Pulido: Cerámica de color negro, cocción reducida, pasta fina, de cocimiento uniforme, sin núcleo; como antiplástico, un material finamente pulverizado con algunas partículas de mica; grosor de las paredes varía entre 3 y 5 mm.; el tratamiento de la superficie usa una de las diversas técnicas: simplemente suavizado, bruñido, inciso, inciso con relleno blanco. Puede considerarse, un eventual engobe, en el tratamiento de la superficie.

En este tipo se presentan las siguientes formas:

Bruñido: IB, IIE, VIB, VIIIA, IX, XB.

Inciso: IA, IC, VA.

Molle Gris: como el anterior, pasta en algunos ejemplares más burdos, con un "grit" fino y grueso; grosor de las paredes varía entre 4 y 6 mm; la superficie, alterna desde las técnicas rústicas (ásperas), hasta el suavizado, aunque sin alcanzar el bruñido. Decoración a veces con incisión.

Formas: IIA, IIIA, IV.

Molle corriente: color pardo hasta rojizo; cocción aparentemente oxidada; pasta similar a la frecuente en el Molle Gris; grosor de las paredes de 4 a 5 mm. superficie tosca, con poco esfuerzo en suavizarla.

Puede tener decoración incisa.

Formas IIA (simples); IA, IIB, (incisas).

Molle Rojo: Color rojo (debido al uso del engobe); cocción aparentemente oxidada. Superficie altamente pulida; grosor de las paredes y pasta con técnica similar a la empleada en el Molle Negro Pulido. Ofrece las siguientes formas. IB, IIC, IIF, XA, IID, inciso.

Molle Rojo/crema: como el anterior, pero con campos blancos o cremosos y pintura roja encima. Tiene las formas siguientes:

IA, IX.

Molle Post cocido: Este tipo se constituye a base de un ejemplar único. En su técnica es semejante al tipo Molle Negro Pulido, pero con la aplicación superpuesta de dos colores: rojo bermellón y verde cardenillo, con espacios que conservan el color básico: un negro brillante. El rojo como el verde son tratados como colores decorativos, desempeñando el negro una función similar: las diversas áreas dibujadas han sido delimitadas mediante rasgos incisos.

La aplicación de los colores, después del cocimiento de la pieza, señala la característica que da lugar a la denominación del tipo.

Forma: IIB, variante con asa.

* Ver Figs. 3 y 4 para la tipología de las formas y significado de los signos con que se representan.

CLASIFICACION POR FORMA Y TIPO DE LA ALFARERIA DE LOS

CEMENTERIOS B y C *

Formas		Tipos						
		Negro Pulido	Gris	Corriente	Rojo	Rojo/crema	Post/Cocido	Totales
I	A	3		1	3	3		7
id	B	5						8
id	C	1						1
II	A		2	2				4
id	B	1		1			1	3
id	C				1			1
id	D				1			1
id	E	2						2
id	F				1			1
III	A		1					1
IV			2					2
V	A	1						1
VI	B	1						1
VIII	A	1						1
id	B	1						1
IX		2				1		3
X	A		1		1			1
	B	1						1
XI		2						3
XII	B		1					1
		24	7	4	7	4	1	47

De esta clasificación se desprende que no estarían representadas en los Cementerios B y C las formas alfareras siguientes:

IIIB — VB — VIA — VII — XC — XD — XIII

CEMENTERIOS B Y C Y LA CULTURA DE EL MOLLE

Observaciones generales

Las excavaciones realizadas en los denominados Cementerios B y C dieron, inobjetablemente, con un material de segura vinculación con los hallazgos del Cementerio A, ubicado en las inmediaciones y que reconocimos en 1952 como perteneciente al pueblo de la Cultura de El Molle (ver nota N° 2).

Estos nuevos hallazgos en B y C vienen a completar singularmente su patrimonio en una serie de materiales, implementos y técnicas desconocidos.

En la cultura de El Molle, hasta esa fecha, se reconocía como peculiar en su acervo cultural: a) el uso de un adorno labial; el tembetá, símbolo jerárquico relacionado con los ritos de tránsito en los cambios de estado, y de posible filiación con un origen totémico tribal (6); b) una alfarería con ca-

(6) Jorge Iribarren Ch.— 1950. Notas Preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes. el bezote, labret o tembetá, págs. 4 y 5.

Es interesante destacar la diversidad de formas de estos bezotes o tembetás, existentes en el yacimiento. En el Cementerio A, mencionamos en su oportunidad, la presencia del adorno de forma cilíndrica y el tipo muy característico de esta cultura en forma de "botellita"; ahora podemos agregar a esa nómina, el tipo discoidal con alas, una forma transicional, y algunos ejemplares, que pueden considerarse extremos, del tipo botellita.

También tenemos que recordar que, el tipo discoidal con alas, es una forma de escasa frecuencia en las sepultaciones arqueológicas investigadas en los valles interiores del norte del país.

* Ver Figs. 3 y 4.

raeteres propios, y c) el empleo de pequeñas láminas de cobre, cuyo destino todavía no estaba bien esclarecido y que ahora encuentra comprobaciones de su uso como aderezo y posiblemente, como una insignia, que singularizara la posición o rango de sus portadores.

Dentro de esta última identificación de uso, cabe incluir a aquellas planchitas discoidales metálicas en oro y plata, simples o exornadas con diversos grabados, obtenidos con la técnica del repujado.

La utilización de los metales y una rudimentaria técnica metalúrgica ahora acrece en importancia con los hallazgos de dos nuevos metales que no se incluían en su patrimonio cultural, y con el reconocimiento de la técnica del fundido, que teóricamente identificamos en un ejemplar de lámina discoidal de oro, con una posible aleación de cobre. Esta nueva técnica vendría a sumarse al trabajo de batido a golpes de martillo, que se le atribuía como único procedimiento.

Sus vinculaciones con un medio económico marítimo, virtualmente se reconoce en varios objetos de esa procedencia: una valva de choro colocado sobre el frontal de un esqueleto, y las planchitas de nácar, utilizadas como adornos, en los ajuares fúnebres.

Donde fracasaron las informaciones aclaratorias fue en lo concerniente a su controvertida posición de pueblo sedentario con conocimientos agrícolas. El sedentarismo podría inferirse del número de sepultaciones y el relativo orden y método empleados en las prácticas funerarias.

Implementos seguros, que nos demostrasen su vinculación absoluta con la agricultura, no los hemos hallado, salvo un ejemplar de mortero plano de piedra y algunas piedras semicúbicas o redondeadas, con sus caras presentando algún desgaste, que podría interpretarse, dubitativamente, como instrumentos utilizados para la trituration de granos. De todas maneras, su escasa frecuencia no permite asentar con seguridad la hipótesis de un medio agrícola muy activo.

Un instrumento de hueso, posiblemente una punta inconclusa, puede ser la respuesta a un interrogante que tendríamos alguna vez que plantearnos. Este pueblo de agricultura insegura tendría que haber contado con algún instrumento de caza adecuado y que al mismo tiempo serviría para su propia defensa.

En cuanto a la alfarería, que es el material colectado más importante, es excepcional el número de formas y técnicas nuevas.

Originalmente, la alfarería típica de la Cultura de El Molle fue descrita, por su primer descriptor, el señor Francisco Cornely, como una serie de formas longilíneas de base plana, sin asas o con ellas muy rudimentarias, de cuellos altos, cuerpos globulares, obtenidos en pasta fina, de color gris, gris negro o rojizo. Las observaciones contenidas en nuestro trabajo de 1952, publicado en la Revista Universitaria, agregaron, en forma irrecusable, a su cultura material la técnica del grabado inciso. En el Cementerio B encontramos, además de las formas típicas, algunos ejemplares que manifiestan una desviación hacia los ceramios de mayor extensión horizontal.

La propia ornamentación grabada, con mucha diversidad de formas, discurre dentro de normas permanentemente geométricas y con absoluto predominio de las figuras rectas y angulares: cuadrículares, triángulos, chevron, diagonales, figuras escalonadas o zigzagueantes, además de las propiamente figuradas.

Las figuras, realizadas en doble trazo, observan un relleno grabado también con rasgos paralelos muy repetidos, muchas veces sin guardar una absoluta uniformidad, como que se realizaron, según se puede deducir, con medios primitivos o rudimentarios. Existiendo, por excepción, algunos vasos en que la perfección de los trazos admite la presunción de haberse utilizado en el grabado un instrumento de múltiples puntas, posiblemente un peine o rascero. El hallazgo de otros fragmentos de alfarería de esta cultura, en diversos yacimientos del área, con una técnica similar, vendría a certificar el procedimiento mecánico, muy difícil de reproducir por otros medios manuales.

La observación de residuos blanquecinos, en el interior de los rasgos grabados, nos permitiría entrever diversas etapas en el cocimiento de las piezas de cerámica.

Totalmente excepcional, dentro de las técnicas publicadas, resultó el vaso grabado y pintado, con asa plana, encontrado en la fosa N.º 12. Los vestigios de color y su técnica imperfecta tuvieron al momento de hacerse la excavación, la importancia de la difusión de un nuevo carácter decorativo. El asa plana también significó conjuntamente con las asas mamelonadas de otro ejemplar, desarrollos no puntualizados anteriormente.

Con posterioridad, y en el mismo cementerio, conoceríamos otros vasos en que la decoración pintada superaba estas técnicas alcanzando las más perfectas del engobe y bicromía.

Los vasos con golletes y puente hueco, o bien la otra forma representativa de un puente horizontal, que une dos golletes, caracteres que existen en los vasos escanciadores o regaderas, son formas nuevas en esta cultura, y permiten establecer seguras correlaciones con otros yacimientos investigados, y aun, en su mayor parte inéditos, ubicados en Cartagena, Lillo y otros lugares de la Costa de la Provincia de Santiago (7), además de otros sitios en el Valle Central.

Con caracteres independientes, para el material alfarero conocido de esta cultura, aparecen en el yacimiento 4 vasos pintados bicromos: rojo sobre crema, y con una ornamentación geométrica angular en que puede reconocerse una guarda de cuadrúpedos, muy estilizados (llamas o guanacos), y otros ornamentos geométricos de dudosa identificación.

Desde luego, rechazamos toda hipótesis que pretenda explicar la presencia de estos vasos pintados, como ejemplo de trueque primitivo, y consideramos como argumento suficiente, para esta negativa, las similitudes existentes entre la decoración pintada y otras formas grabadas similares, contenidas en los demás vasos de la misma procedencia. Por otra parte, en las formas de los vasos existe una evidente analogía.

El vaso antropomorfo, y que es único ejemplar en estos hallazgos de Hurtado, también ofrece todos aquellos caracteres conocidos en la alfarería del yacimiento: cuello ensanchado, pasta fina, roja, bruñida, en un matiz que se repite en los 3 ceramios del Cementerio C.

SINOPSIS DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO DE LA CULTURA DE EL MOLLE

Presentamos en un cuadro sinóptico el material recogido en los diversos yacimientos arqueológicos de esta cultura. (Pág. 30).

El estudio de este resumen, a nuestro juicio, simplifica el conocimiento panorámico integral, y facilita la ornamentación de las deducciones comparativas.

En este esquema ergológico de la Cultura de El Molle, representamos en 9 columnas la totalidad de los yacimientos descritos. (Ver nota de pág. 40 con bibliografía).

Las iniciales que identifican los yacimientos explorados, son las siguientes:

Valle de Elqui.

M.: Cementerios 1, 2, 3, 4, 5 y 6, en El Molle y alrededores.

K. 25: Cementerio ubicado en el kilómetro 25.

- (7) a. Dr. Aureliano Oyarzún. 1910.— Los Kjoekenmoeddinger o Conchales de Melipilla y Casablanca. Imprenta Universo. Edición del autor.
- b. Revista Ercilla, artículo periodístico, aparecido el 26 de julio de 1953, en la que se da cuenta del material arqueológico perteneciente al señor Fernando Calvo Larraín, fundo El Peral, El Tabo.
- c. Ejemplares N.ºs 4.586, 4.587 y 4.588, procedentes de la hacienda La Laguna, de Cauquenes, pertenecientes al Museo de La Serena.
- d. Además existe material arqueológico, en las formas comparadas, en los Museos de Historia Natural e Historia Nacional, que provienen de la Zona Central.

Hta.: Huanta, propiedad agrícola a 100 kilómetros de La Serena, al interior del río Turbio, donde se han hecho hallazgos aislados.

Departamento de La Serena.

QH.: Yacimiento en Quebrada Honda.

Mrros.: Localidad al N. de La Serena, denominada Los Morros.

I.: Yacimiento en Los Infieles.

Departamento de Coquimbo.

G.: Guayacán, bahía al S. del puerto de Coquimbo.

Valle de Hurtado.

Mo.: Sepultaciones en Morrillos.

H. A.: Cementerio A, en La Turquí.

H. B.: Cementerio B, en La Turquí.

H. C.: Cementerio C, en La Turquí.

Bo.: El Bosque, propiedad agrícola a 10 kilómetros al E. de Hurtado.

B.: Cementerio en Las Breas.

El signo x tiene un carácter positivo, y el número, que algunas veces se indica, estipula la frecuencia de los hallazgos.

CUADRO RESUMEN DE LA CULTURA

	M	K25	QH	I	Mo	HA	HB	HC	B	T
A. MATERIAL LITICO										
1 Mortero horizontal ...	x						1		1	
2 Pipas en forma de T invertida ...	5			1						6
3 Tembetás: Tipos:										
a) Cilíndrico con alas...		3				1			1	5
b) Discoidal con alas...	9		1	2			1			13
c) Transición ...					1	1	1			3
d) "Botellitas" ...	9					5	10			24
Totales ...	18	3	1	2	1	7	12			45
4 Cuentas y collares	x			x			x			
B. MATERIAL OSEO										
5 Punta de instrumento.							1			1
6 Punzón ...	1									1
C.—MATERIALES MARINOS										
7 Planchitas perforadas de nácar ...	x						x			
8 Discos de collar de concha ...	x			x						
9 Valvas de moluscos	x		x	x			x		x	
D.—METALES.										
10 Láminas discoidales de oro ...							4			4
11 Láminas discoidales de plata ...							2			2
12 Planchitas de cobre ...	10					2	3			15
13 Anillos de cobre ...	1									1
14 Brazaletes de cobre ...	2			2			2			6
15 Pinzas depilatorias de cobre ...							1			1
16 Discos convexos de cobre ...							1			1

ANÁLISIS DEL INVENTARIO CULTURAL

I. Material lítico.

A. Morteros: aparecen escasos, y con una distribución no frecuente, tanto en El Molle, como en Las Breas y Hurtado A y B. Preferentemente, el material empleado es la roca granítica, y sus formas son las del tipo horizontal común, con un rebaje en un costado y con su mayor excavación en el extremo opuesto, lo que indica un sistema de trituración por fricción.

B. Pipas: las pipas en forma de T invertida, que aparecen como espécimen característico en los yacimientos de El Molle e Infieles, y sin otros antecedentes arqueológicos comparativos, por lo que ahora se conoce, en Guanaqueros y Vallenar, no han sido hallados en los yacimientos explorados del valle de Hurtado, por lo que se podría deducir que este elemento no fue absolutamente estable en la cultura.

C. Tembetás: el tipo cilíndrico, con alas, apareció con relativa frecuencia en aquellos yacimientos con alfarería pulida y grabada: K. 25, Breas y Hurtado A.

El tipo "botellita", con una distribución más permanente en todas las facies de la cultura, puede definirse como su tipo característico.

El tipo discoidal, con alas, tiene una distribución muy general, siendo de por sí más frecuente en los yacimientos de la costa, y muy escasamente representado en los yacimientos arqueológicos de los valles interiores.

Un tipo, con una forma derivada, que hemos denominado de "transición", tiene caracteres comunes con el tipo discoidal, con alas, y el tipo cilíndrico; el eje en este tipo es más largo, convergente y sin cintura, y el disco terminal adopta, por lo general, la forma elipsoidal. Su distribución es limitada; al hacerse una revisión más completa de su dispersión, es posible que se vea la necesidad de incluirla como un nuevo tipo.

D. Cuentas: discos perforados pequeños, en malaquita, los encontramos en Hurtado C., en varias sepulturas. Su frecuencia no sobrepasó el número de 3 ejemplares, en cada hallazgo, por lo que dificultosamente podríamos denominarlos en su conjunto como collares.

II. Material de Hueso.

A. ¿Punta de proyectil?: La punta única encontrada en Hurtado (pieza 4.293 MLS), es de factura tosca y gruesa (32 mm. de largo y 8 mm. de espesor), muy engrosada en la base, y basta en el extremo. Posiblemente se trate de un instrumento en una etapa inicial de ejecución.

B. Objeto de uso desconocido: hemos denominado, provisoriamente, punzón, a un objeto de hueso (4.004 MLS), de aproximadamente 10 cm. de largo, de forma cilíndrica (5 mm. de diámetro), con un ensanchamiento plano, cuadrangular, en un extremo, que fue encontrado en el cementerio N.º 4 de El Molle.

III. Materiales Marinos.

Las planchitas de nácar encontradas en El Molle y Hurtado, redondas o cuadrangulares, con una o varias perforaciones centrales y marginales, son planas y encurvadas. Un ejemplar de Hurtado apareció como un adorno en el brazo de un niño.

IV. Metales (Fig. 5).

Las laminillas de cobre, con perforaciones, y de formas rectangulares y elipsoidales, encontradas en los yacimientos de El Molle y Hurtado A y B, en algunas circunstancias formaban parte de un adorno en el brazo, o en la cara. Posiblemente, en tales circunstancias, iban unidas a un cordón o huincha tejida.

Ejemplares análogos, F. L. Cornely los identifica como aros. Tal denominación, creemos, debe circunscribirse a las láminas que hacen parejas, lo que no ocurre en Hurtado.

Un anillo de cobre ha sido reconocido en las sepultaciones de El Molle.

Los brazaletes ofrecen dos tipos diversos: en El Molle son angostos y de cierto espesor, en tanto que los correspondientes a Hurtado B son más anchos y batidos en forma laminar.

El único ejemplar de pinza depilatoria pertenece al tipo andino, de dos láminas convexas, de tamaño bastante grande, unidas por una lámina plegada.

Las láminas de plata y cobre, que en algunas circunstancias se observaron en una función de adorno, en otras formaron parte de la ofrenda fúnebre, dentro de un vaso de alfarería.

CORRELACION Y COMPARACION DE LA ALFARERIA DE LOS CEMENTERIOS B Y C, CON OTROS CEMENTERIOS DE LA CULTURA DE EL MOLLE

Comparada con la alfarería de los Cementerios 1-6, de El Molle, descritos por F. L. Cornely, se puede decir que los tipos Molle Negro, Pulido, Molle Gris y Molle Corriente se corresponden con los tipos descritos por él. Es posible que la alfarería descrita por Cornely como Rojo Enlucido (Cornely, 1953, fig. 5, pág. 12), sea el tipo Molle Rojo, del Cementerio B, pero sería necesario hacer una confrontación personal de la colección, con la proveniente del Cementerio B, para pronunciarse. El único tipo que describe Cornely, que no ocurre en el Cementerio B, es un tipo pintado. Aparentemente, es un tipo modelado y pintado (Cornely, 1953, págs. 13 y 14), distinto de la variedad del Cementerio B, que merece ser descrito ampliamente y considerado como tipo separado.

Como tipos nuevos del Cementerio B, anotamos al Molle Rojo, sobre Crema y al Post Cocido. Dentro de los tipos que existen en común, se puede apreciar una notable variación en la decoración y las formas.

En un cuadro de pp. 33 se indica la distribución de las técnicas de decoración por incisión, que Cornely observó en un fragmento encontrado en el Cementerio 3, y en la pieza ahora en Nueva York.

En cuanto a las formas, las siguientes son nuevas para esta cultura: IV (olla), V (escudilla con torus), VIII A (vaso con gollete y puente), IX (dos golletes y puente).

Dentro de las formas reconocidas en El Molle y Cementerio B, se observan variaciones en las formas siguientes: I (Longilínea), variante C (reloj de arena); II (vaso globular), variante B (cuello recto en ángulo con el cuerpo; variante D (cuello alargado), y F. (cuello constreñido); VI (cilíndrico), variante B (con adorno); dentro de las escudillas, sin torus (XII), la variante B de base redondeada. Dentro de los modelados biomórficos, la variante A, antropomorfa, y la variante D, fitomórfica, carácter del que en cierta manera también participa el ejemplar del tipo VIII B.

Asas, propiamente tales, son bastante escasas en esta alfarería. Entre esos contados ejemplares, pueden mencionarse las piezas 12.215 y 12.152, del Museo de Historia Natural en Santiago, descritos por Cornely (1953, figs. 6 y 10).

Otras formas, que pudieran incluirse en esa denominación, aunque mejor pueden confundirse con apéndices ornamentales, aparecen reproducidas en la figura 3, de esa publicación (pieza 12.085 MHN), y en nuestra anterior contribución sobre la arqueología de Hurtado, fig. 21.

Un ejemplar único de asa plana pertenece a Hurtado B; otro ejemplar singular guarda relación con la forma mamelonada, con rasgos impresos, que antes que asa es el apéndice de una figura modelada, con muy amplia difusión en los vasos asimétricos o heteromorfos, bastante generales en otras culturas andinas: atacameña, diaguita chilena y el NO. argentino.

Decoración en la alfarería por la técnica de la incisión

El grabado por incisión aparece con una mayor o menor complejidad en casi todos los tipos descritos: Molle Negro Pulido; Rojo Pulido; Corriente, Gris y Post Cocido, existiendo una pauta de diferenciaciones respecto a las circunstancias del proceso, antes o después del cocimiento, como la señala Cornely, en un trabajo de esta misma fecha y edición. Deduciéndose que las ornamentaciones más elaboradas fueron, seguramente, aquellas que se ejecutaron cuando la arcilla aún estaba blanda y, por lo tanto, que ofrecía una superficie más dúctil al trazo del instrumento burilador. En las circunstancias que se empleara un instrumento de múltiples puntas, como una condición indispensable, la pasta debería estar fresca.

La técnica del grabado inciso, con relleno del rasgo con pintura blanca, en algunos vasos del tipo Molle Negro Pulido con el incremento de nuevos ejemplos, eventualmente podría servir de base para crear un tipo nuevo.

Distribución de la técnica de decoración por incisión dentro de los tipos alfareros. *

Formas	Negro Pulido	Gris	Tipo Corriente	Rojo	Post. Cocido	Total
I A	3		1			4
C	1					1
II B	1 (Bo) ¹		1		1	4
D				1		1
E	1					1
II ?	1 (NY)					1
III B		1 (B)				1
IV		1				1
V A	1					1
Total	9	2	2	1	1	10

1BO Las letras Bo, entre paréntesis, indican que un vaso fue hallado en un yacimiento del fundo El Bosque, a 10 kms. de Hurtado.

NY Las letras mayúsculas, entre paréntesis, corresponden a un vaso posiblemente originario de alguno de los Cementerios ubicados en El Molle, o aledaños. Actualmente, pertenece al Museo de Historia Natural de Nueva York (ver Cornely, 1953, pág. 15).

B La letra mayúscula B, entre paréntesis, indica que el vaso fue exhumado del pequeño Cementerio ubicado en la localidad de Las Breas.

Los demás ejemplares comparados provienen del Cementerio B, en La Turquía (Hurtado).

LAS RELACIONES DE LA CULTURA DE EL MOLLE CON OTRAS CULTURAS ANDINAS. ALGUNAS OBSERVACIONES Y CORRELACIONES

La Cultura de El Molle: dos etapas:

Comparando los materiales exhumados en los diversos yacimientos arqueológicos de El Molle y aledaños, el cementerio ubicado en el kilómetro 25, también en el valle de Elqui, las sepultaciones en Quebrada Honda y Los Infieles, al Norte de La Serena; el Arenoso, el Pedrudo de Las Breas, el yacimiento de Morrillos y el Cementerio A, en La Turquía, todos en el valle de Hurtado, tenemos que reconocer que las analogías que se patentizan tan generales, sólo pueden atribuirse a un desarrollo cultural paralelo y, al mismo tiempo, cronológicamente contemporáneo.

El material extraído en los Cementerios B y C, de La Turquía, en cambio, ofrece tal evidente desarrollo en las formas y un cambio tan profundo en las

* Ver Figs. 3 y 5 para el significado de los signos que representan las formas.

técnicas, que no sería aceptable atribuirles su variación a un impulso de creación o evolución local.

Observando ese conjunto arqueológico de los Cementerios B y C, profundamente revolucionado en sus formas y sus técnicas, aunque preservado y tradicional, en algunos caracteres que delatan su origen común con el yacimiento A, se comprende que las inhumaciones se hayan efectuado en dos períodos diferentes, siendo cronológicamente más tardías las sepultaciones en B y C.

En ese período, en que el pueblo de esa cultura sufrió el influjo que modificara tan sustancialmente sus técnicas tradicionales, eventualmente abandonaría el primitivo lugar de sus sepultaciones, ubicado en el sitio que hemos denominado A, tan próximo a la torrentera y expuesto a su acción devastadora, encontrando un lugar de mayor protección en la explanada del morro y las faldas de la loma del frente.

Durante ese período, el pueblo asentado en las inmediaciones debió extenderse por los lugares circunvecinos y, aunque no tengamos actualmente evidentes vestigios de su paso o influencia, habrá llevado su cultura a regiones apartadas del área conocida.

Relaciones con Chile Central.

Participando de esos caracteres comunes que permiten identificarlos como de segura correlación, se conoce un cementerio arqueológico, descrito por el doctor Aureliano Oyarzún, en la costa de la Provincia de Santiago (7e). Este yacimiento, según el autor mencionado, se ubicaba sobre la falda izquierda de los cerros que van a morir en la desembocadura del estero de Llole, a unos 3 km. de la playa y en un rasgo a 50 m. de altura sobre la vía del ferrocarril. De ese cementerio, se habría extraído un abundante material, comprendiéndose: algunos cántaros negros o grises, con gollete y puente, que admiten una similitud bastante evidente con los 4 vasos de esa forma (tipo VIII A), provenientes del Cementerio B, en Hurtado.

También hemos tenido oportunidad de observar, por una gentil atención del profesor Richard Schaedel y provenientes de esos alrededores, un fragmento de cántaro con puente y doble gollete, homólogo en sus formas generales a los ejemplares que presentan una obturación cribada y que fueron descritos en esta contribución (forma IX). De la forma VIII A, y proveniente de la Zona Central del país, el Museo de La Serena posee un ejemplar procedente del fundo Laguna, de Cauquenes, a 20 km. de Rancagua (Provincia de O'Higgins).

Otros vasos de las mismas formas descritas pertenecerían a un pequeño Museo particular inédito, conservado en el fundo El Peral, por su propietario el señor Fernando Calvo Larraín, colección formada en diversas excavaciones realizadas en otros lugares inmediatos a la costa de la provincia de Santiago.

Las analogías que puntualizamos, las resumimos a continuación:

1. **Uso del tembetá.** Diversos tembetás, del tipo discoidal, con alas, han sido hallados en la zona, algunos como ejemplares aislados de referencias, y otros, en sepulturas. En la alfarería de la colección Calvo, a lo menos, hay dos figuras antropomórficas, con demostraciones de su uso.

2. **Relaciones de homología en las formas alfareras.** Existiría esa correlación de formas en:

Forma VIII A.

Forma IX.

Forma X C.

Forma II B. En la alfarería del Centro, esta forma presenta un asa lateral.

Forma VI A.

Las analogías existentes, por lo menos en dos formas bien diferenciadas de la alfarería de la costa, con dos de las formas más características del Cementerio B, el uso del tembetá, etc., establecen una evidente relación cultural entre esos pueblos indígenas, y de ello podría desprenderse una mayor extensión insospechada en el ámbito de la Cultura de El Molle.

7e) A. Oyarzún, 1910.

OTRAS CORRELACIONES

El NO. de Argentina.

1. **Uspallata.** Un vaso negro angular (con tres zonas bien diferenciadas: cuello, cuerpo y base, forma II B), con decoración grabada incisa, que acompañaba a un esqueleto femenino portador de un tembetá discoidal, y que fue encontrado por el profesor Carlos Rusconi, en las inmediaciones de Uspallata, en la Provincia de Mendoza, ofrece otras perspectivas de análisis, que por ahora no estamos en condición de formular, sino en condición de mera coincidencia (8); ver Fig. 15, N° 1.

2. **Hualfín.** Con las formas decorativas, y en especial con aquellas simplemente geométricas, resulta muy difícil establecer comparaciones o fijar parentescos formales. En dos de los jarros pintados, del yacimiento B, hemos precisado la forma sumariamente esquemática de una llama o guanaco (hay un tercer vaso del tipo I A, negro pulido, pieza 4.291 HLS, con la misma figura esquemática grabada), en que el cuerpo del animal se estiliza en una pirámide escalonada. Un animal así representado (aunque algunos autores argentinos lo identifican con felino) parece ser bastante común en la alfarería diaguita argentina, y lo encontramos varias veces reproducido en vasos Huilliche grabados, procedentes de los yacimientos arqueológicos ubicados en el valle de Hualfín, Provincia de Catamarca. (Ver Fig. 15, N.º 2).

El valle de Hualfín ha sido recientemente investigado, en forma certera, por el profesor Rex González; lamentablemente no hemos tenido un conocimiento exacto de sus conclusiones.

3. **Condorhuasi.** El aparecimiento de tembetás, de dos tipos, en los yacimientos arqueológicos de la cultura argentina Condorhuasi y la representación de su uso en vasos modelados de los mismos repositorios, según las más recientes investigaciones del doctor Alberto Rex González, como así también otras correlaciones de tipos de técnica y formas alfareras, suscitan la posibilidad de una efectiva vinculación con la Cultura de El Molle (10).

Esos eventuales nexos podrán establecerse con cierta seguridad; así lo esperamos, con la publicación de esos trabajos todavía inéditos.

Afiliaciones más generales: Perú (época formativa).

El vaso de doble gollete y puente, que tiene un indudable origen en las culturas meridionales del Perú, según Kroeber (11), es abundante, tanto en Paracas de las Cavernas, como en Ocucaje, en un horizonte chavinoide regional, en Nazca y Paracas Necrópolis, reapareciendo en otras facies culturales propias y tiahuanacoideas, en el Centro y Norte del Perú. Según ese autor, esta característica formal tendría un origen de iniciativa común con los vasos estribos, existiendo su relación, desde el momento que en ambas formas el enlace parte de dos puntos de un vaso.

Esta ingeniosa concepción nos permite establecer en nuestros ejemplos una mejor comprensión de la relación inyectiva, que puedan coexistir entre los vasos de doble gollete y puente, con la forma que lleva uno solo, reafirmando ese argumento en la observación que las dos formas anotadas en Hurtado, conservan el puente tubular, que es funcional en los vasos estribos, y que sólo se distribuye, por rara excepción, en los vasos de doble gollete y puente, peruanos.

La forma de las bases, en pedestal o anulares, y para las que nosotros utilizamos la expresión torus, según la misma información, aparece tempranamente en Kuntur Wasi, reapareciendo en Gallinazo, y siendo abundante en Callejón y Cajamarca.

(8) Carlos Rusconi. 1938— Viajes Arqueológicos por Uspallata. Revista Geográfica Americana, X (60), págs. 203-206.

(9) Eduardo Casanova. —1930— Hallazgos Arqueológicos en el Cementerio indígena de Huilliche, figs. 50, 51 y 53. Archivos del Museo Etnográfico N.º III. Buenos Aires, R. A.

(9a) Salvador Debenedetti. —1931— Ars. Americana. L'Antienne Civilisation Des Barreaux du Nord-Ouest Argentin. Pl. XIX, figs. a y b. Paris.

(9b) Antonio Serrano. —1943— El Arte Decorativo de los Diaguitas. Publicaciones del Instituto Dr. Pablo Cabrera N.º 1, Lam. XI, Córdoba, R. A.

(10) Bennett, Wendell C. y colaboradores. —1948— Northwest Argentine Archaeology. Yale University Publications N.º 38, pág. 148.

(11) Kroeber A. L. —1953— Paracas and Chavin. University of California Publications, 4 (8), págs. 319 y siguientes.

A esta distribución debemos también agregar que es una forma muy general en los tipos de Angualasto, Sanagasta, y otras facies culturales argentinas.

La técnica de la coloración con posterioridad al cocimiento, en zonas limitadas por áreas grabadas, con un único ejemplo en estos repositorios de Hurtado nos aproxima a una técnica característica del Paracas de las Cavernas.

Culturas andinas posteriores.

1. **Tallán.** Existe una posible relación que no estamos en condiciones de establecer fehacientemente por falta de antecedentes adecuados, y como consecuencia de la defectuosa reproducción de las figuras, en exceso esquemáticas entre los tembetás alargados, del tipo característico Molle (tipo botellita) y otros ejemplares, también de piedra, procedentes de ciertos repositorios arqueológicos ubicados en la Provincia de Paita y Departamento de Piura (Perú), y que su autor, el doctor Petersen, en una contribución al parecer todavía inédita, los atribuye al patrimonio de la cultura Tallán (12).

Estos objetos, de forma alargada, habrían aparecido en yacimientos de la cultura norteña, acompañados de otros tembetás o bezotes de oro, del tipo discoidal, con alas, y con finas inscripciones de pequeñas esmeraldas, además de otras piedras semipreciosas.

2. **San Pedro de Atacama (Tiahuanaco).** También reconocemos como un ejemplo de afiliación estilística, la decoración en forma de letra Z, que lleva en cada extremo un dibujo escalonado, reproducida en uno de los vasos pintados del cementerio de La Turquía (pieza 4.284 MLS); esta ornamentación la podemos comparar con aquella que forma parte de la decoración existente en un vaso de la cultura atacameña, para Latcham, de indudable influjo tiahuanacuense (13), (ver Fig. 15, N° 3).

Este ceramio procede de un antiguo cementerio ubicado en San Pedro de Atacama (Provincia de Antofagasta).

Confiamos que las publicaciones, que permanecen todavía inéditas, puedan aportar otros antecedentes que darán respuesta, así lo esperamos, a la multitud de interrogantes que se nos presentan.

Reconocer en estos hallazgos de Hurtado los antecedentes de un cambio básico en lo económico y eventualmente en lo político en este pueblo que conociéramos, a través de publicaciones anteriores, con medios ciertamente más homogéneos, aunque más elementales, lo consideramos aún prematuro, conociendo tan escasos elementos de juicio comparativos.

CONCLUSIONES

Esta Cultura de El Molle, con innegables elementos amazónicos: el adorno labial, la pipa en forma de T invertida, y eventualmente, la alfarería sin asas, a través de estas nuevas exploraciones, la reconocemos sujeta a una cultura de génesis andina.

Esta cultura, en un período inicial, debió distribuirse en los valles y lugares de la costa señalados en las diversas exploraciones arqueológicas y, posiblemente, ocupando otros sectores de la Provincia de Atacama, según se desprende de los hallazgos mencionados en una corta contribución, del profesor Matus (14).

El profesor Leotardo Matus habría reconocido en un cementerio de las afueras de Copiapó, algunas sepulturas que presentaban estratificaciones muy interesantes, exhumando en el plano más profundo, esqueletos con cestería. En un horizonte arqueológico intermedio, esqueletos con elementos primitivos, y con el uso del tembetá discoidal; y en el plano superficial, esquele-

(12) Petersen G. Dr., sin fecha. Adorno labial de oro usado por los Tallanes. Zorrillo —Perú— (copia mecanografiada en poder del profesor R. Schaedel).

(13) Latcham Ricardo L. —1938— Arqueología de la región atacameña. Universidad de Chile, fig. 13 d, pág. 51.

(14) Leotardo Matus Z. —1921— Exploración antropológica al Valle del Río Copiapó. Revista Chilena de Historia Natural. Año 25; 582-586.

tos, que se acompañaban con una alfarería pintada rojo, sobre negro, que, a través de las sumarias descripciones del autor, posiblemente, sean atacameñas o diaguitas del último período.

Otros elementos de la cultura material de El Molle se han colectado sin mayores referencias, en diversos lugares de esa Provincia. En nuestra publicación de 1952 hicimos un inventario descriptivo de los tembetás de esa zona; también reafirmarían nuestros conceptos de la mayor amplitud del ámbito de su dispersión, aquellas pipas en forma de T invertida, que mencionamos oportunamente.

Un período de consolidación de la cultura, con flujos y reflujos más o menos locales, podríamos aceptarlos como conclusión teórica.

En el siguiente período formativo, de aculturaciones andinas, esta cultura debe haber alcanzado su máxima extensión meridional.

Cronológicamente, según estas premisas, los períodos inicial y formativo se corresponderían con otros períodos iniciales y formativos en el pueblo de la cultura atacameña.

Las respectivas dispersiones de los tembetás del tipo cilíndrico, con alas, tanto en San Pedro de Atacama y otros lugares de la Provincia de Antofagasta, con los ejemplares de Coquimbo y algunas decoraciones estilísticas alfarearas, enlazan, aunque sea muy débilmente, esas correlaciones.

Como conclusión general, eventualmente tendríamos en el panorama étnico, al pueblo de la cultura de El Molle, coexistiendo con el pueblo atacameño en sus respectivas dispersiones geográficas.

Es posible que, en una determinada etapa, el pueblo de El Molle haya formado un horizonte cultural común, con los pueblos de alfarería grabada incisa, geométrica elemental, existentes en las provincias trasandinas argentinas de Mendoza y San Juan (Valle de Uco, Uspallata, zona lacustre de Guanacache y algunos niveles con similar característica, en el valle de Jachal y aledaños, Yacimiento de Pachimoco).

Los tembetás de piedra, en forma de tarugos, encontrados en plena región cultural Sanagasta o Capayán, pueden estimarse como dispersiones de ese mismo horizonte.

Otro tanto podría decirse de estas correlaciones, con las facies iniciales del complejo diaguita (15) argentino, y posiblemente, en un campo de especulaciones más amplias, y aceptando las conclusiones de los investigadores argentinos Ibarra Grasso y Antonio Serrano (16 a y b), esos nexos podrían extenderse hasta los tipos de alfarería rojo o negro, de la Candelaria, y el grabado inciso, existente en el complejo Chaco-Santiagoño.

Que estas correlaciones se profundizan con el Condoorhuasi, así parece desprenderse a través de las investigaciones más recientes de Rex González.

La ubicación cronológica de El Molle, como anterior al diaguita chileno, se funda en la ausencia frecuente y recíproca de un material arqueológico en los yacimientos de la otra cultura, un argumento que de por sí es excluyente, más que un elemento probatorio.

Los hallazgos de Bird (17) en los conchales de Punta de Teatinos y alrededores de Coquimbo, en que aparecen fragmentos grabados incisos, entre dos estratos pintados, diaguitas, nos permite considerar una secuencia general diferente.

En un mismo proceso de encasillamiento, los argumentos de Bird colaboran, en conjunto, con los razonamientos aportados en nuestra contribución de 1952, en que describíamos algunos tembetás, hallados en francas sepulturas diaguitas, formando parte de su ofrenda fúnebre; y otros, con una posible utilización como colgantes, como también lo ratificamos en una colaboración,

(15) Los vasos con decoración zoomórfica procedentes de Hualfin, y que hemos comparado con otros de Hurtado (ver figuras en el trabajo de esta misma fecha del señor F. L. Cornely), según una nota recibida de Rex González, pertenecerían al contexto Ciénega I, muy relacionada con Condoorhuasi.

(16a) Dick Ibarra Grasso. La más antigua cerámica indígena argentina (artículo). Aquí Está —23 de agosto de 1948. Buenos Aires.

b) Antonio Serrano. Consideraciones sobre el arte y la cronología en la región diaguita. Publicaciones del Instituto de Antropología de Rosario N.º 1 — 1953.

(17) Junius Bird. —1943— Excavations in Northern Chile. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. Vol. 38, 301-306, New York.

aún inédita, en que se señala la identificación de fragmentos de alfarería grabada, en yacimientos diaguitas, y alfarería pintada, con escasa frecuencia en repositorios de alfarería grabada, en diversos yacimientos arqueológicos del Valle de Hurtado y otros lugares de la Provincia.

Esta aparente distribución cronológica nos confirma en el concepto que tenemos que la cultura de El Molle es anterior, pero ofrece una corta etapa última, en que coexiste con la cultura diaguita.

Las vinculaciones estilísticas con las culturas peruanas, que se desprendrían de las investigaciones realizadas en los Cementerios B y C de La Turquí, no tendrían, por el momento, los argumentos suficientes que validen un juicio definitivo.

APENDICES

Hipótesis sobre la presunta población indígena.

El conocimiento estadístico obtenido en las diversas exhumaciones verificadas en los cementerios de La Turquí (Hurtado), lo hemos empleado en la preparación de una hipótesis de trabajo, relacionada con la presunta población indígena.

Para tal efecto, hemos considerado comparativamente algunos valores demográficos teóricos, que hemos puesto en parangón con otras cifras modernas recogidas en fuentes de información insospechadas.

En estos cálculos se partió en principio de la actual población de Hurtado, 350 habitantes, que se distribuyen en 3 km. de extensión, con un núcleo de mayor densidad, que abarca aproximadamente 1 km., y el resto, disperso en los villorios circunvecinos de La Turquí y Los Huapis. Según nuestras personales estimaciones, en ese período primitivo la población aborígen debió alcanzar un promedio, calculado aproximadamente, en una cifra inferior a la mitad de la población actual. Estas reducciones las hacemos derivar del valor que le asignamos al medio social-económico de aquel entonces, prácticamente reducido a una eventual ganadería de llamas y alpacas y caza mayor, y a una agricultura rudimentaria, con cultivos escasos en extensión, sin los sistemas adecuados de regadío que conocieran otras culturas más evolucionadas; contando solamente, como circunstancias favorables: una fauna muchísimo más abundante que la existente en la actualidad, y los productos naturales de una flora, que en épocas históricas se ha, prácticamente, agotado, en razón del mayor progreso agrícola y de sus exigencias de cultivos. Por otra parte, tenemos que sumar a esas condiciones ecológicas favorables, el mejor aprovechamiento de ciertos frutos, que hoy no tienen importancia en la dieta normal de las poblaciones. Especies que conocemos con el nombre de chañar, algarrobo, mollaca, guillave, maqui, etc.

Los restos de 64 individuos, sepultados en las 36 fosas de los Cementerios B y C, y a los que deben sumarse los 15 del Cementerio A, y aquellas sepulturas que excavara Valentín Angel, sin llevar anotaciones, con cálculos muy prudentes darían una población aborígen, radicada en los contornos, no superior a 200 habitantes.

Resumen de la exhumación de cadáveres en los Cementerios B y C.

A continuación se expone, en forma esquemática, el detalle de las exhumaciones realizadas, tanto en el Cementerio B como en el que denominamos C.

El orden que se sigue es el mismo a que nos hemos ceñido en el capítulo de las descripciones.

Fosa N° 1: 2 esqueletos, con cráneos gruesos.

Fosa N° 2: 2 esqueletos, con cráneos de paredes gruesas.

Fosa N° 3: 2 esqueletos; 1 con paredes gruesas, y 1 normal.

Grupo sepulcral N° 4: 2 esqueletos, con cráneos de paredes de grosor normal.

Grupo sepulcral N° 5: 3 esqueletos (sin anotaciones).

Grupo sepulcral, N° 6: 3 esqueletos; 2 de adultos y 1 niño (paredes gruesas).
 Fosa N° 7: 3 esqueletos, con paredes craneanas normales.
 Excavación N° 8: ¿1 esqueleto?
 Fosa N° 9: ¿2 esqueletos? al parecer normales.
 Fosa N° 10: 1 esqueleto, con paredes craneanas normales.
 Excavación N° 11: ¿1 esqueleto?
 Grupo sepulcral N° 12: 4 esqueletos, sin anotaciones anatómicas.
 Grupo sepulcral N° 13: 3 esqueletos; 2 adultos y 1 niño.
 Fosa N° 14: 3 esqueletos; 2 adultos y 1 niño.
 Fosa N° 15: 3 esqueletos, sin anotaciones.
 Fosas N.os 18 y 19: 6 esqueletos, algunos niños.
 Fosa N° 20: 5 esqueletos, sin anotaciones.
 Excavaciones 21 a 26: sin anotaciones.
 Fosa N° 27: 3 esqueletos con paredes craneanas normales.
 Fosa N° 28: 1 esqueleto de niño.
 Fosa N° 29: 3 esqueletos; 2 de adultos y 1 de niño.
 Fosa N° 30: 1 esqueleto con paredes craneanas de grosor normal.
 Fosa N° 31: 1 esqueleto con paredes craneanas gruesas.
 Total: 59 esqueletos.

Cementerio C.

Fosas N.os 1 a 4: 4 esqueletos, sin anotaciones.
 Fosa N° 5: 1 esqueleto de niño.

Total: 5 esqueletos.

Suplemento del señor Francisco L. Cornely.

Posición de una osamenta de la cultura de El Molle, en el Cementerio N° 1, al lado del pueblo del mismo nombre.

Consideramos el Cementerio N° 1, del planito publicado en la monografía del autor: "Cultura de El Molle" (edición del Museo de La Serena), el más antiguo de los 6 Cementerios alrededor de esa población, por contener muy poca alfarería, en su mayoría primitiva, y, en general, escaso ajuar funerario. También los emplazamientos exteriores son de menor diámetro y de piedras de río, blancas, más pequeñas que en los Cementerios 2, 3, 4, 5 y 6. Los restos óseos, muchas veces, consisten solamente en pequeñas astillas. Este Cementerio tiene una considerable extensión; sus marcas exteriores en parte ya están muy borradas. Hemos hecho, en repetidas ocasiones, tentativas para localizar sepulturas no cavadas, con un resultado pobrísimo; pero últimamente tuvimos la suerte de descubrir una osamenta mejor conservada, que nos sirvió para sacar una fotografía "in situ". Aunque esta fotografía no es muy buena, permite apreciar, perfectamente, la posición en que fue enterrado el individuo, que es la dorsal, con las piernas flexionadas, en las rodillas, y las manos juntas sobre el sexo.

El cráneo ingresó con el N° 4.166 a las colecciones del Museo de La Serena. No había ajuar, encontrándose la sepultura con las características ya conocidas, a 1.60 metros de profundidad.

* Después que este trabajo fue terminado en 1953 se han realizado muy numerosas excavaciones en diversos yacimientos, publicándose algunas contribuciones importantes que amplían el conocimiento que se tiene acerca de esta cultura.

En la provincia de Coquimbo, las exploraciones se continuaron en el valle de Hurtado, Choapa y Elqui y luego por la costa en la Caleta Arrayán y Guanaqueros. En una zona intermedia se exploró en Piritas, Gualcuna y alrededores, al Norte de La Serena. Los valles de Huasco y Copiapó en la provincia de Atacama suministraron también un importante aporte a estos conocimientos.

De estas investigaciones, que en parte ya se han publicado se desprende que la cultura de El Molle aparece ampliamente distribuida en las dos provincias. La fase inicial o formativa de la cultura de El Molle está bastante generalizada, siendo más restrictivas la dispersión de la fase segunda, que hemos llamado floreciente. Tanto en los valles de Huasco y Copiapó nos hemos encontrado con la novedad que los enterramientos se efectuaban en sepulturas bajo túmulos artificiales, no siendo posible todavía determinar su correlación cronológica con respecto a las anteriores divisiones en que hemos separado la Cultura de El Molle.

Entre las publicaciones más recientes y principales que se relacionan con la Cultura de El Molle, podemos citar:

- Cornely, F. L. Cultura Diaguita y Cultura de El Molle. Editorial del Pacífico. Santiago.
Iribarren Ch., Jorge. 1956. Alfarería Grabada Incisa en el área Diaguita. Revista del Museo Histórico Nacional, tomo II, N.º 3.
Iribarren Ch., Jorge. 1957. Arqueología en el Valle de Huasco. Revista Universitaria, año XL y XLI, N.º 1.
Iribarren Ch., Jorge. 1958. Nuevos Aportes sobre la Arqueología de la Cultura de El Molle. Revista Universitaria (en prensa).
Niemeyer, Hans, 1956. Investigación Arqueológica en el Valle Huasco. Notas del Museo Arqueológico de La Serena N.º 4.

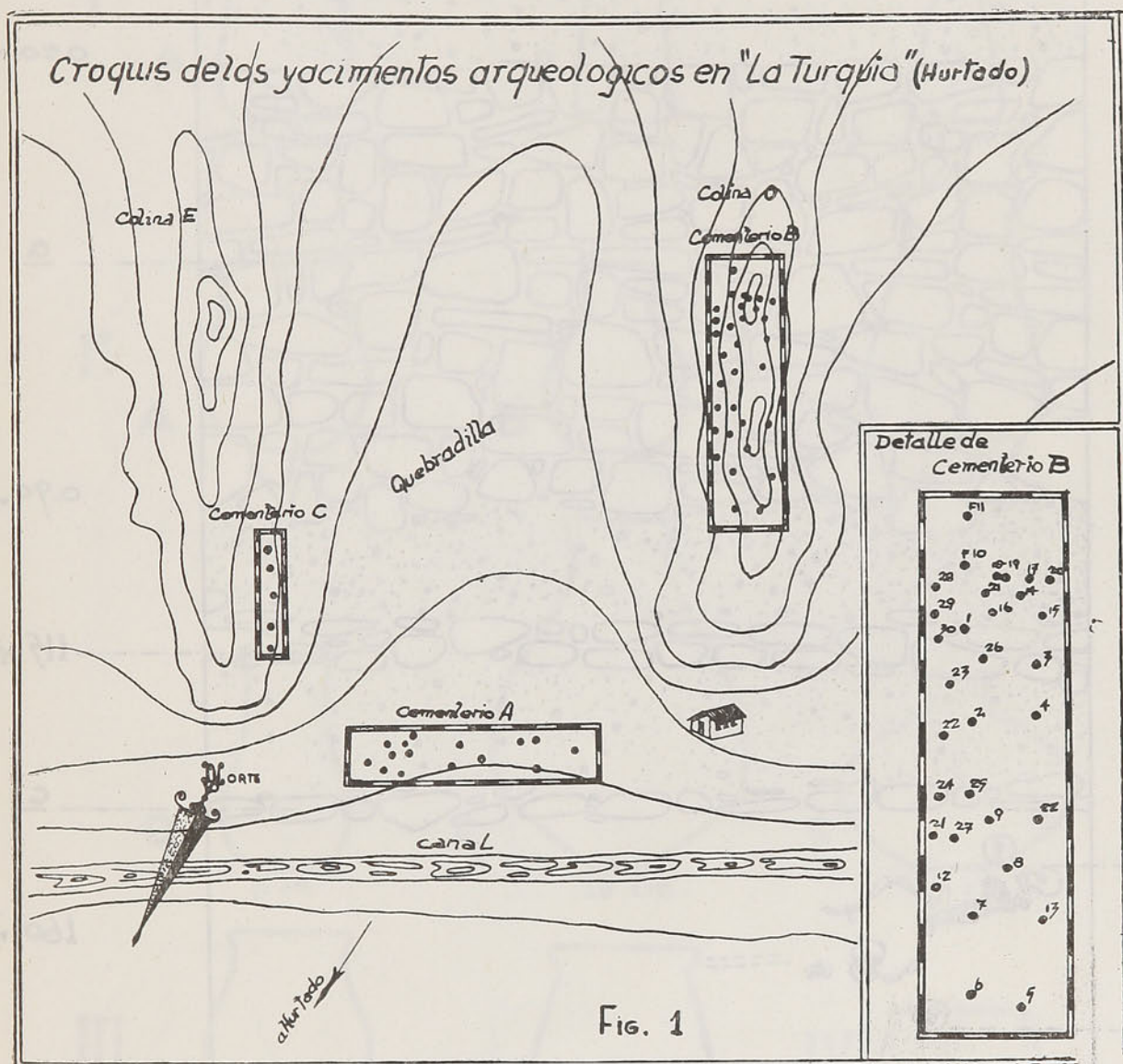


Fig. 1. — Croquis con la situación de los Cementerios A, B y C. (Pág. 13).

FIG. 2

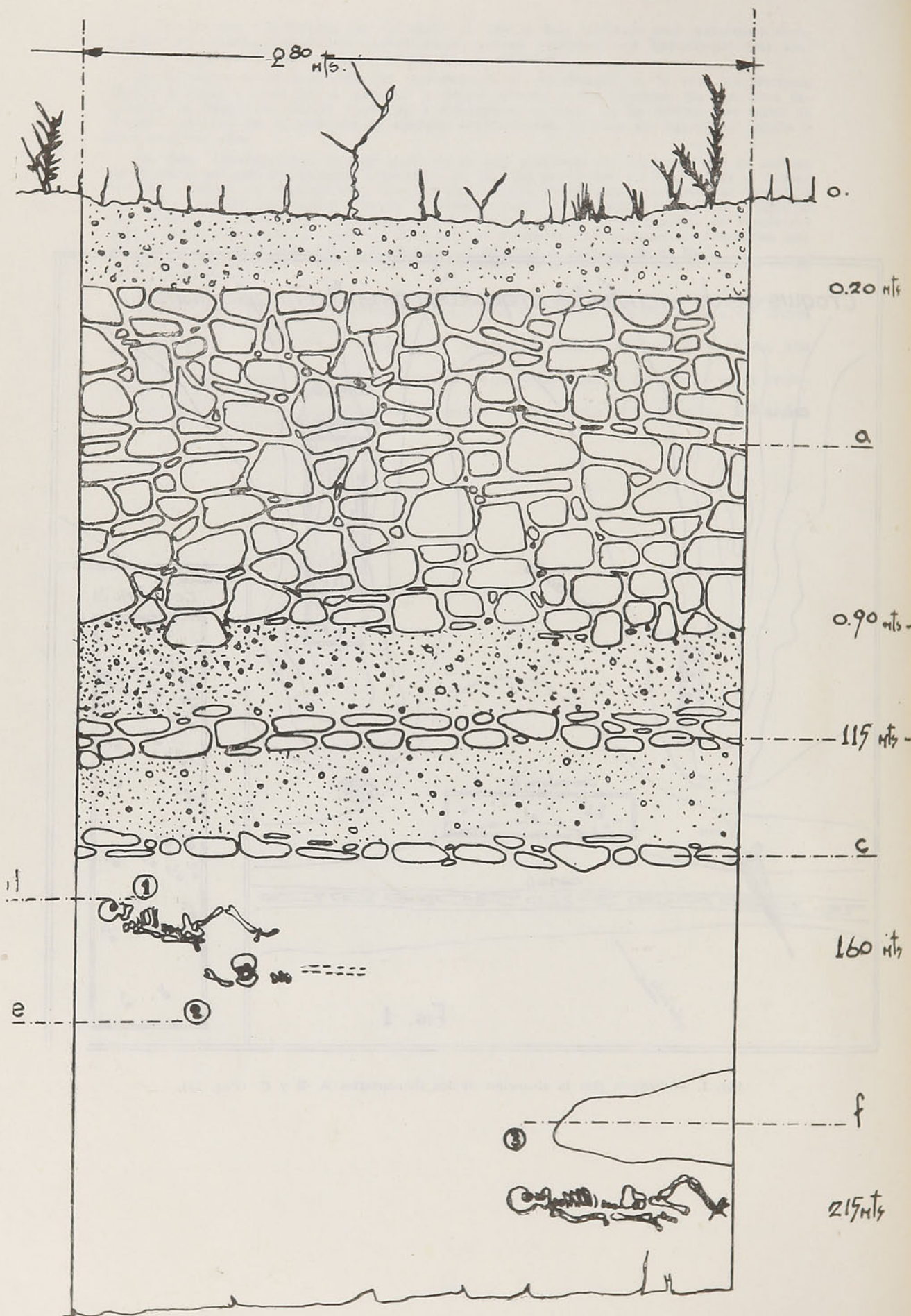
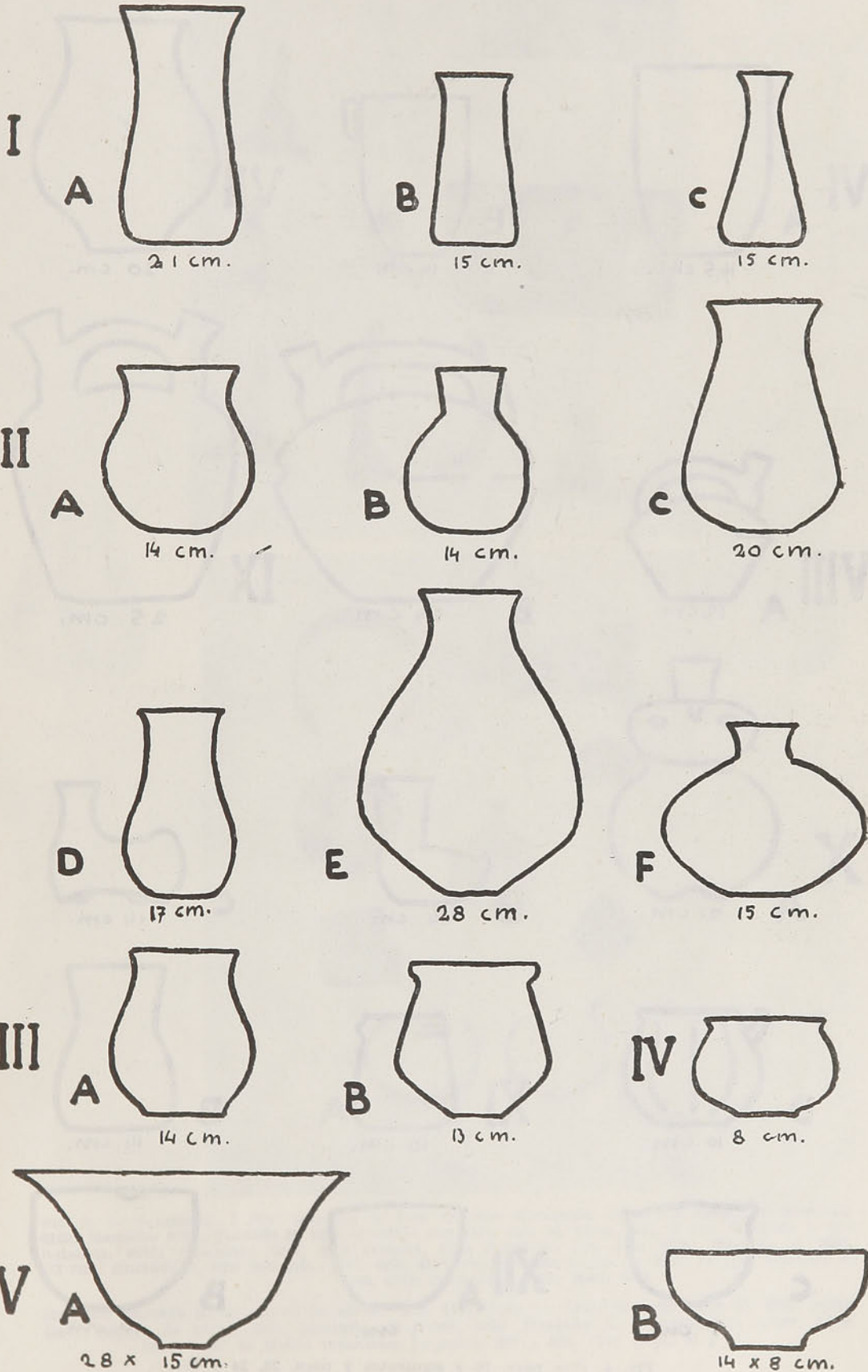


Fig. 2. Corte en la Fosa N.º 5. (Ver págs. 15 y 16).

FORMAS DE ALFARERIA



FORMAS DE ALFARERIA

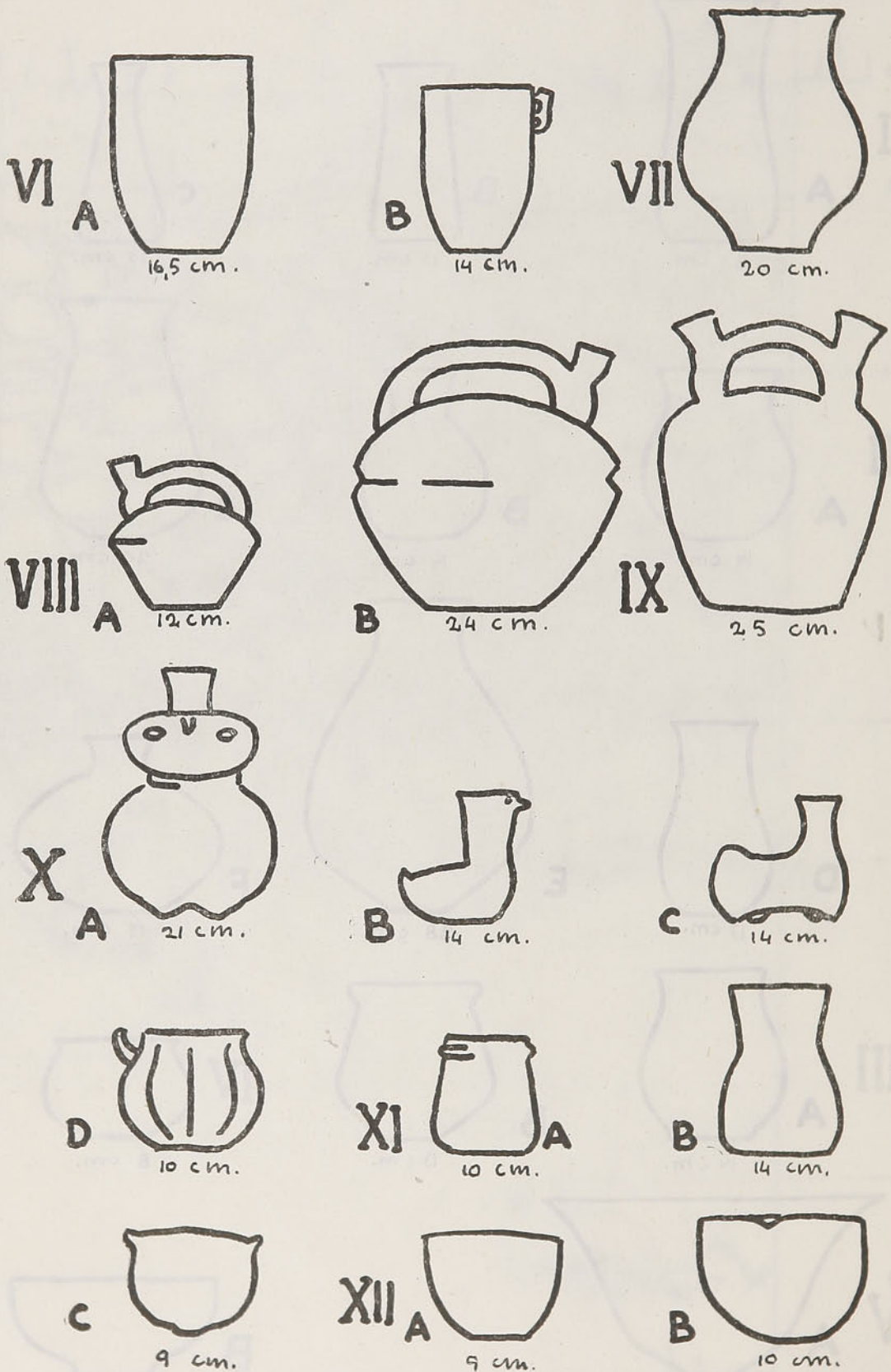


Fig. 4. (Ver págs. 16 y siguientes y págs. 23, 24 y 25).

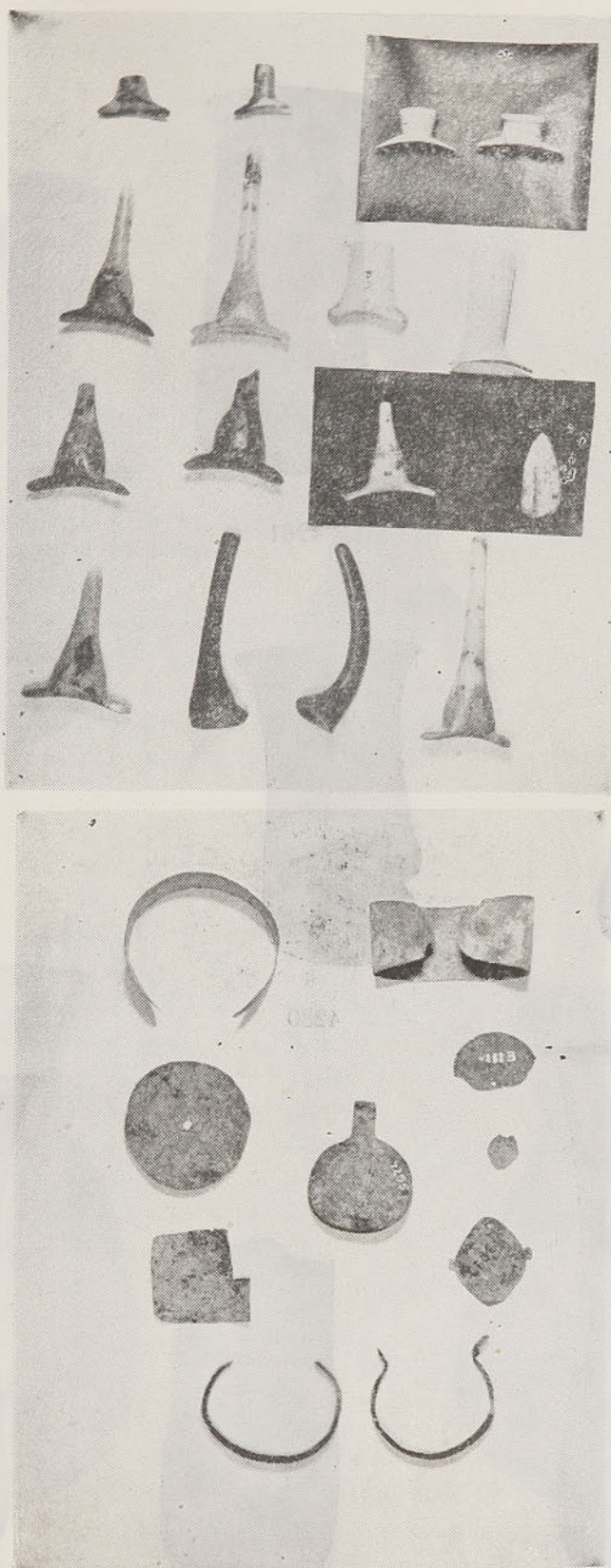


Fig. 5. — Tembetás: I fila: Hurtado B, fosa 13, tipo transición 4244; Las Breas (El Arenoso) 4102; Morrillos 4101; Hurtado B, tipo discoidal con alas, fosa 14, pieza 4243. II fila: Hurtado B tipo botellita, 4248; (grabado) 4246; K25 (Elqui), tipo cilíndrico con alas 3098; Hurtado A, 3098. III fila: Hurtado B, tipo botellita: 4247, 4250, 4259. Proyectil de hueso (?) 4293. IV fila: Hurtado B, 4245, 4252; Cachiuyo, 2065; Molle 4001.

Metales: Hurtado B, brazaletes de cobre; 4253, 4173 (fosa 9); disco convexo, fosa 20, 4254; pinza 4255; lámina de plata, 4288; laminita de cobre, 4288. Hurtado A: planchita de cobre, 4.000, idem 3099. El Molle: brazaletes de cobre: 857 y 858. (Ver págs. 20 y '21).



4257



4261



4260



4292



4280



4283



4282



4285



4291

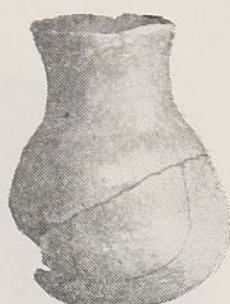
Fig. 6. — Molle Negro Pulido: I fila: Formas IB: 4257, 4261 (fosa 28), 4260 (fosa 28). II fila: Formas IB: 4292, 4280; Forma IC: 4283 Inciso. III fila: Formas IA: 4282 Inciso con relleno blanco (fosa 29), 4285 Inciso sin relleno (fosa 30), 4291 Inciso con relleno blanco (fosas 18-19). (Ver pág. 22)



4279



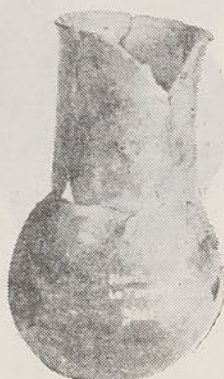
4258



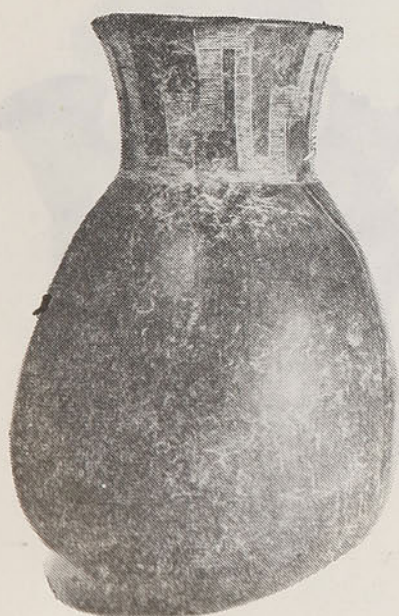
3084



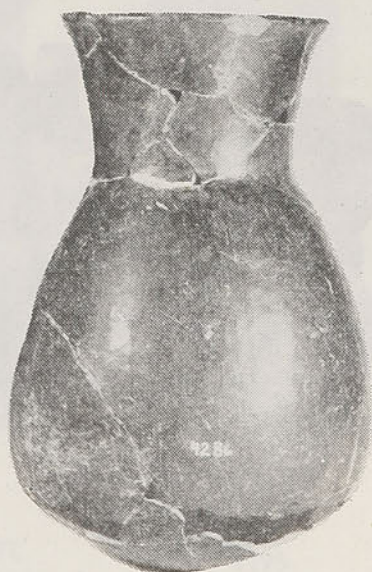
3087



3085



4273



4286

Fig. 7. — Molle Corriente y Molle Negro Pulido: Forma II, I fila: Forma IIB 4279 rojo ladrillo inciso. Forma IIA: 4258 pardo manchado negro; Hurtado A: 3084 rojo-ladrillo. II fila: Forma IIC: Km. 25 (Elqui): Negro Pulido 3087, Forma IID: Hurtado A: 3085 Negro Pulido. III fila: Forma IIE: 4273, con relleno blanco, 4286 simplemente bruñido. (Ver pág. 23).



4274



4272



4269



4271



4275

Fig. 8. — Molle Negro, Pulido: Formas VIII y IX. I fila: Formas VIII A y B: 4269, fosa 29, 4272, fosa 14, 4274, fosa 29. — II fila: Forma IX: 4271, fosa 3, 4275. (Ver pág. 22).



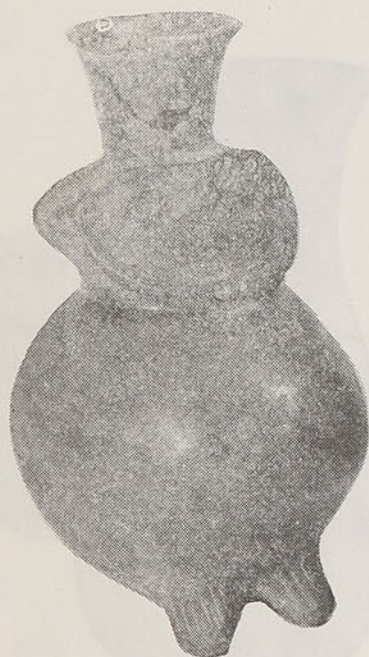
4289



4288



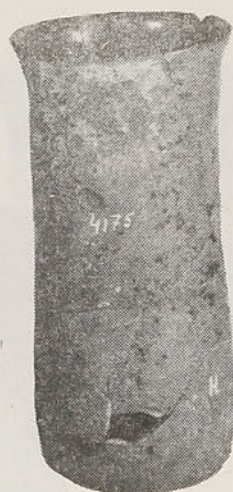
4174



4270



4176



4175

Fig. 9. — Melle Rojo, Pulido: Formas varias. I fila: Formas II C, D y F: 4289, 4288, inciso; Hurtado C, 4174. — II fila: Formas XA e IB: 4270, fosa 7; Hurtado C 4176 y 4175. (Ver págs. 22 y 23).



4276



4287

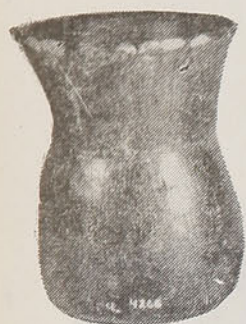


4277



4284

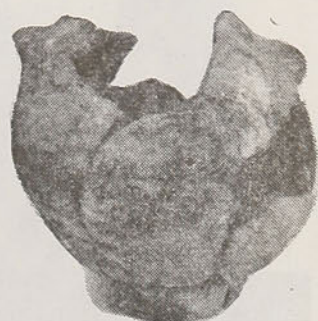
Fig. 10. — Molle Rojo-Crema. I fila: 4276, 4287, fosa 12. — II fila: 4277, fosa 12, 4284, fosa 28.
(Ver págs. 22 y 23).



4266



3089



4579



4578



4267

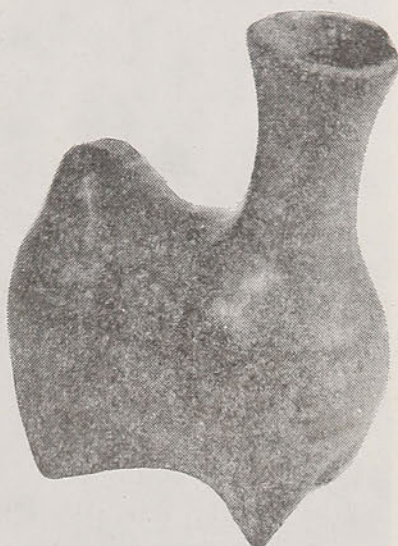
Fig. 11. — Molle Negro Pulido y Molle Gris: Formas varias. I fila: Formas Misceláneas: XIB 4266, IA: Las Breas 3089. XIC: 4579, fosa. 27. — II fila: Forma XD: 4578, fosa 10.—Forma IIA, 4267, (Ver págs. 22 y 23).



Fig. 12.— Tipo Molle Negro Pulido: Forma IIB: Cántaro perteneciente a la colección particular del Dr. Jorge Alvarez Andrews. Fosa N.o 4, Grupo sepulcral, Hurtado B. (Ver pp. 16).



866



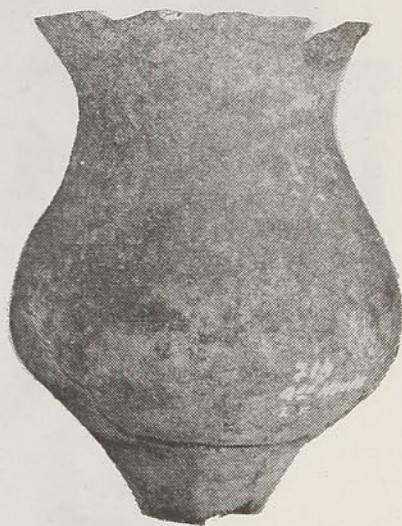
223



2331



599



714

Fig. 13: Alfarería de otros Cementerios de la Cultura de El Molle. Fila I: Forma XB: Huanta Molle Negro Pulido, 886. Forma XC: El Molle. Tipo innominado 223, color marrón-chocolate, zonas C, naranja bajo los dibujos, pulido. — Fila II: Forma IID: Guayacán Negro Pulido, 2331. Forma IIB: El Bosque (La Cancha) Negro Pulido, inciso 599. Forma VII: Quebrada Honda, Molle Gris, 714.

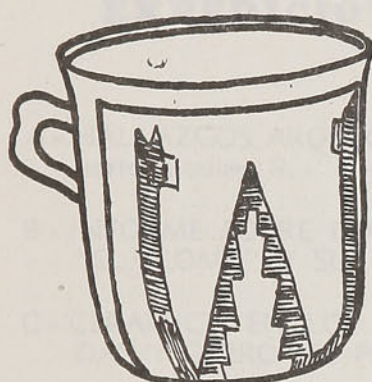


Fig. 14.— 1.a Foto.— Esqueleto encontrado en una sepultura excavada por F. L. Cornely, en el Cementerio 1, de El Molle. 2.a Foto.— Cráneo del mismo esqueleto. 3.a Foto.— Cráneo, procedente de la fosa N.º 12, Hurtado B, 4294 MLS.

1.



2.

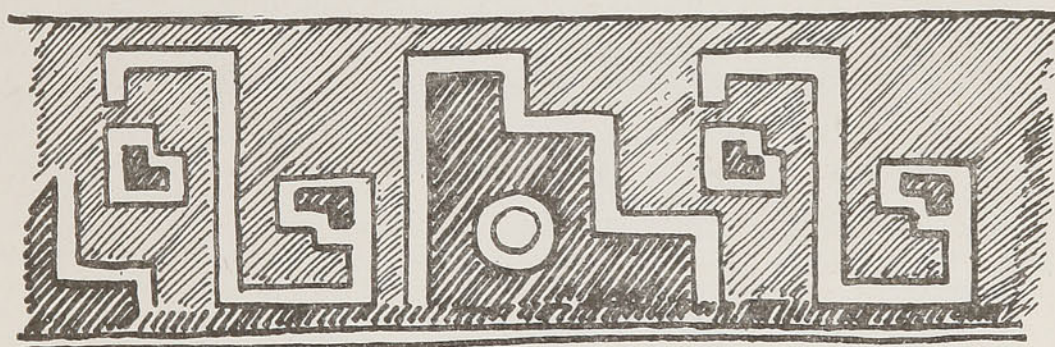


La Ciénaga



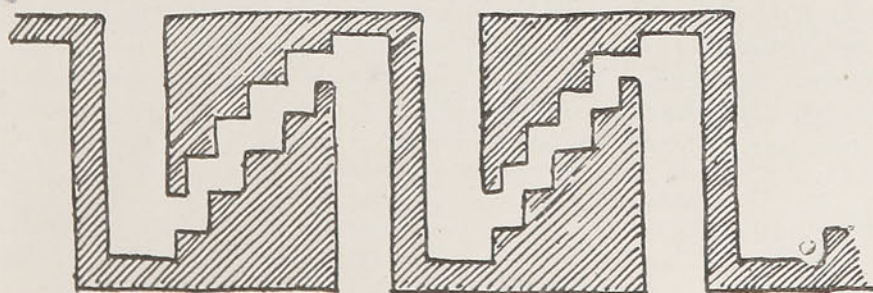
Huilliche

3.



San Pedro de Atacama

4.



Hurtado

Fig. 15.— 1.—Vaso negro con decoración incisa, dibujo del Prof. C. Rusconi, (ver pág. 35).
2.—Figuras esquemáticas grabadas de cerámica Huilliche (ver pág. 35).
3.—Motivos de cerámica de San Pedro de Atacama (ver pág. 36).
4.—Motivos de la cerámica de Hurtado (ver pág. 36).

EXPEDICION AL CERRO EL PLOMO

- A - HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN EL CERRO "EL PLOMO", por Alberto Medina R.
- B - INFORME SOBRE CONSTRUCCIONES EN LA CUMBRE DEL CERRO "EL PLOMO" Y SUS ALREDEDORES, por Francisco Reyes C.
- C - CERAMICA EN LOS SITIOS ARQUEOLOGICOS "PIEDRA NUMERADA" Y CERRO "EL PLOMO", por Gonzalo Figueroa G-H.

HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS EN EL CERRO EL PLOMO

ALBERTO MEDINA ROJAS, investigador
del Centro de Estudios Antropológicos.

I — INTRODUCCION Y ANTECEDENTES

El Cerro El Plomo

El Plomo es una de las más altas cumbres del trozo cordillerano de los Andes, que se eleva frente a la provincia de Santiago (5.430 metros). Ubicado al N. E. de la ciudad, a 33° 13' de latitud S. y 70° 13' de longitud O., viene a ser la más alta cumbre que se divisa desde la capital de Chile.

El Plomo dista de la ciudad de Santiago, en línea recta, unos 45 kilómetros; observada esta cumbre desde la Plaza Baquedano, de esta ciudad, durante los días de atmósfera clara, sus ventisqueros relucen en invierno y verano. Puede decirse que Santiago de Chile tiene por respaldo esta montaña que domina y sobresale en su paisaje. El célebre panorama cordillerano de Santiago lo integran fundamentalmente el grupo de altas cumbres formado por El Plomo, El Altar y La Paloma, últimas estribaciones de la cadena de Quempo, cordón andino que corre de norte a sur al centro mismo de la cordillera.

Don Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago en las márgenes del río Mapocho. Los habitantes indígenas con que aquí tropezó regaban sus sembreras mediante canales que tomaban de ese río, cuyas aguas nacen al pie del ventisquero de El Plomo. Quien desee remontar hasta las fuentes del Mapocho, forzosamente arribará al pie de este gran macizo. Huellas antiquísimas penetran desde el valle de este río siguiendo la quebrada de Molina (nombre que toma en esta parte la corriente) y continúan más arriba por el Cajón de El Cepo, donde ahora el Mapocho adopta ese nombre para arribar hasta sus fuentes al pie de El Plomo, en el borde del ventisquero visible desde Santiago.

El Plomo desde la ciudad de Santiago tiene su acceso natural por el camino descrito. No obstante, existen otras rutas más cortas; entre ellas, la actual y más recomendable, comienza en el viejo caserío de Las Condes, al N. E. de Santiago, se dirige por carretera hacia Farellones, balneario de invierno, a 2.000 metros de altura. Desde aquí se prosigue por un sendero de mulas, cruzando cordones de montañas que oscilan entre tres y cuatro mil metros de altura hasta caer al cajón del río Cepo, ya mencionado, en un punto donde éste forma un vallecito que los andinistas conocen por "Piedra Numerada" (3.100 metros). Desde aquí la ruta pasa a la ribera Este del Cepo por un sendero que se dirige hacia el N. E. por el que se puede llegar hasta una altura de 4.700 metros, un poco más arriba de la base del ventisquero de El Plomo. Desde este lugar, la ascensión sólo es posible continuarla a pie, por lo escarpado y abrupto que se torna el sendero. Es mucha altura para los animales de carga y comienza la "puna", mal inherente a la alta montaña. Los Andes en esta latitud, pasando de esta altura, se presentan completamente desprovistos de vegetación y la vida orgánica parece no tener asidero permanente allí. (Fig. 1)

La ascensión a El Plomo por esta ruta o por la anterior, siguiendo las antiguas huellas, al alcanzar los 5.200 metros de altura, tropieza obligadamente

con una construcción semiderruida que los andinistas llaman "Pirca de los Indios" (1). A partir de este lugar, si se quiere continuar a la cima de El Plomo, es preciso atravesar una pequeña depresión cubierta de hielo (se está ya en el filo de la cordillera de Quempo), especie de istmo que une el ventisquero de El Plomo, que cae hacia el S. O. y el ventisquero Esmeralda, que vierte hacia el S. E. Una vez atravesado este campo de hielo, se llega a la llamada "cumbre falsa", a 5.380 metros. La cumbre propiamente tal está a poca distancia de allí, unos 50 metros más alta, y no es visible desde Santiago por hallarse más al Este y detrás de la cumbre falsa. Entre ambas cumbres, en la ladera nor-este de la falsa, existen otras construcciones derruidas como la anterior.

Las primeras ascensiones

Como los Alpes, los Himalayas y otras montañas, los Andes tienen sus cultores a los cuales las cumbres ostentosas también desafían "porque están allí" (2).

El Plomo ha sido escalado con esta aspiración deportiva desde hace muchos años. El se alza frente a Santiago provocando a su conquista.

Con el tiempo, la ascensión de esta montaña ha tomado el carácter de una verdadera competencia. En un comienzo, dieron el ejemplo alpinistas suizos, alemanes e ingleses avecindados en Chile. Antes, seguramente, llegaron a él mineros, buscadores del "tesoro del inca" y los que andaban en pos de un legendario tesoro atribuido a cierto capitán argentino llamado Picarte, de quien se dice que extraía piezas de plata de una región cercana al ventisquero Olivares, al S. E. de El Plomo. (Existe una cumbre llamada de Picarte detrás de El Plomo, hacia el Este, dominando la sierra Esmeralda). La leyenda fantástica del reino de Paititi debió también atraer a muchos aventureros hacia esta cumbre, ya que la palabra "paititi" proviene del quechua y traducido al castellano significaría "aquel plomo". Por otra parte, el vocablo castellano "plomo", que encontramos como denominación de numerosas alturas cordilleranas chilenas, tendría su origen en la acepción que la jerga minera da a esta palabra, pues suele llamarse "plomo rico" al mineral argentífero. Podemos comprobar que ya en el siglo XVII el cronista Fray Martín de Murúa habla de "minerales plomizos" para referirse a las minas de plata del Perú (Murúa, 1590).

Los antecedentes acerca de ascensiones deportivas a la cumbre de El Plomo datan del año 1895, fecha en que, con ese carácter, fue ascendido por primera vez por los señores Brant y Luck. Los triunfadores en esta ascensión creyeron ser los primeros en realizar tal hazaña; pero al encontrarse con las construcciones de piedra, además de una lata de sardinas, comprendieron que alguien se les había anticipado.

Posteriormente, en el año 1900, llegó a la cumbre el Dr. Reichert, técnico de la Comisión de Límites Chileno-Argentina y, poco después, el profesor suizo Alberto Malsch y el danés O'Esdrup.

Como un ejemplo del hechizo que produce El Plomo sobre los habitantes del valle del Mapocho y en especial sobre las personas que pasan por la ciudad de Santiago, conviene citar aquí las expresiones que el profesor Malsch dejó estampadas en su crónica sobre Chile, publicada en 1907. En efecto, allí nos narra que para él era un gran placer observar con su telescopio el grandioso macizo que limita el valle de Santiago. Dice que su más alta cima lo tentaba con sus repliegues blancos y su cumbre majestuosa, alzándose sobre escarpadas pendientes cubiertas de bruma. Observando la montaña desde Santiago, la caracteriza como el remate del valle en cuyo centro se encuentra la

(1) Este nombre data de muy antiguo. Se originó probablemente a raíz de las generalizaciones con que se explicaron la presencia de estas construcciones los primeros exploradores.

(2) Palabras con que contestó Mallory al ser interrogado sobre su afán por escalar el Everest, poco antes de morir en la empresa.

principal avenida de la ciudad (3). Hace hincapié el autor: la más alta de las cumbres que se alzan allá arriba, al fin de La Alameda, no El Altar, sino el más alto del grupo, el de la derecha, El Plomo (Malsch, 1907).

Malsch, refiriéndose en particular a su ascensión de El Plomo, nos describe su cumbre como una vasta plataforma barrida por el viento, espectáculo banal si no se hubiera erigido sobre ella "tres construcciones humanas, tres rectángulos cuyas paredes han sido hechas con las piedras de la altura más baja, mientras que la superficie está pavimentada con guijarros de la cumbre. El más grande de estos rectángulos tiene cuatro metros de largo por dos de ancho; los otros dos, distantes de ése, algunos pasos, tienen las dimensiones de las tumbas de nuestros cementerios: sesenta centímetros de altura. Están ligeramente orientados hacia el norte" (Malsch, 1907).

Debo anotar que Malsch se pregunta si estas construcciones podrían ser túmulos o sepulturas de algún jefe indio. Dice, además, que esta suposición la discutió con personas entendidas, quienes no la encontraron descaminada.

Hay noticias de que en 1910 el coronel alemán Hans von Kiessling escaló el cerro y habría encontrado en las pircas de la cima unos "ídolos" de plata.

En 1914 el ingeniero inglés N. Ridley Temperley realizó una ascensión a El Plomo, alcanzando hasta las construcciones de los 5.200 metros (Pirca de los Indios). En un artículo publicado en el "South Pacific Mail", el 11 de febrero del mismo año, bajo el seudónimo de "Wayfarer", hace una descripción muy interesante de ellas:

"En la ladera existe un muro perfectamente circular de piedras sin trabajar, pero cuidadosamente dispuestas, recogidas del mismo sitio.

El muro tiene 1 metro de espesor y la circunferencia exterior es de 15 metros, dejando en su interior un espacio perfectamente circular, revestido también de piedras muy bien arregladas. El costado sur del muro es del alto de un hombre, pero debido a la pendiente el lado norte sería más alto si no fuera porque está abierto como una entrada, de modo que se puede subir fácilmente la ladera y penetrar en este edificio sin techo. Aquí las piedras están derrumbadas y estorban el paso. El piso es parejo y a nivel y está cubierto de una capa de sal blanca, como si la nieve evaporada a través de las edades hubiese dejado un depósito blanco o como si los leños de miles de fogatas hubieran dejado sus cenizas. Pero no hay señales de fuego en las piedras, ni de habitación humana".

Temperley, además, se pregunta si se habría encontrado en presencia de un atalaya, de una plataforma de señales, de un fanal, un lugar de sacrificio o un adoratorio para pasados dioses. Indica que la luz proyectada por un fuego en este lugar sería visible no sólo en Santiago sino también en Argentina. Se pregunta otra vez si este edificio fue construido por los españoles o por los incas.

Lo escrito por Temperley es una página llena de sugerencias poéticas y sugerencias históricas (4).

En el año 1922, buscando una mina abandonada, llegaron hasta El Plomo los mineros chilenos Guillermo Chacón y Ascensio Carrasco. Siete años después, Chacón fue entrevistado por reporteros del diario "La Nación" y "Los Tiempos". Declaró que en la fecha indicada había hecho un viaje a la cordillera tras una mina de plata que trabajó su padre y que, mientras exploraba un planchón de nieve, se había encontrado con una "pirca", que al escarbarla descubrió unos "monitos" consistentes, al decir del reportero, en pequeños ídolos, algunos de plata maciza, otros "finamente tallados en piedra, mármol rosado o basalto".

(3) Avenida que hoy se llama Bernardo O'Higgins y que el fundador de Santiago trazó a lo largo de la depresión formada por un brazo marginal del río Mapocho, al costado Sur de la ciudad. La ampliación de Santiago terminó por cegar este cauce y transformó su lecho en la avenida más central de la capital.

(4) El señor N. R. Temperley, que actualmente reside en Inglaterra, nos escribió en abril de 1954, a propósito del hallazgo del cadáver de El Plomo, expresándonos que cuarenta años después de su ascensión él ha pensado que la realidad resultó más elocuente que su imaginación romántica.

Chacón, en aquella oportunidad, especificó que también había hallado en la cordillera un guanaquito y una estatuita de oro que representaba una persona masculina, objetos que no tenía en el momento de la entrevista en su poder, pues se los había entregado a su compañero de empresa. Precisa el reportero que Chacón le mostró dos ídolos, uno de plata y otro de basalto (5); de ambos, el vespertino "Los Tiempos", el 20 de mayo de 1929, publica una mala fotografía. En el diario "La Nación", de la misma fecha, se relata que Chacón observó en la cumbre de El Plomo una construcción extraña; un pequeño cuadrado de pircas, no superior a un metro, cubierto de tierra que eran como una especie de "casitas de piedra", tres en total, de las cuales él registró sólo dos.

Durante los primeros intentos de ascensión a El Plomo, la montaña parecía casi inaccesible. Fue así como fracasaron prestigiosos escaladores, como los señores Fickenscher y Trehwela; pero tenemos conocimiento que en 1929 lo consiguieron dos alpinistas: el suizo Duddle y el alemán Shuerig, que en 1930, pretendiendo lo mismo fracasaron los señores Lüders, Conrads (hijo) y Pfenniger. Sabemos que al año siguiente el mismo Pfenniger y Duddle llegaron a la cumbre.

Otra expedición en demanda de este objetivo reviste especial interés para nosotros: la que integraron Jürgens Lüders y Sebastián Krückel, en abril de 1931. Las primeras fotografías publicadas de la Pirca de los Indios se tomaron en esta ascensión (Fig. 2). Posteriormente, el señor Lüders publicó un artículo sobre dicha empresa en la revista "Andina", órgano de la Deutschen Ausflug Verein, de Noviembre-Diciembre de 1931. Allí el señor Lüders, junto con relatar vicisitudes y dificultades técnicas del escalamiento, hace referencia a las construcciones de la cumbre propiamente dicha, esbozando a la vez una descripción de la Pirca de los Indios donde él supone deben haber estado los ídolos del Inca que existían antes que los retirara el minero Chacón.

Después del hallazgo del cadáver de El Plomo, cuando el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile y el Museo de Historia Natural de Santiago preparaban una expedición de carácter científico a ese lugar, los señores Lüders y Krückel fueron entrevistados por nosotros y declararon que la cumbre de El Plomo estaba formada por una especie de pequeña meseta ondulada donde existían varias construcciones, más de dos, fabricadas a modo de pircas.

Dijeron que la cumbre, a su juicio, permanecía parcialmente sin hielo a consecuencia de los fortísimos vientos, por lo que dichas pircas siempre se han observado libres de nieve. Manifestaron que en opinión de los arrieros y mineros de la región, tanto como en la de los escaladores Duddle, Pfenniger y Brant, que habían estado junto a esas pircas, estas construcciones habían sido hechas a la antigüedad por los indígenas, opinión que ellos compartían ampliamente.

La construcción, cuya fotografía aparece en la revista "Andina" (Pirca de los Indios), la ubican los entrevistados al sur de la cumbre. La describen como una herradura abierta hacia el N. E., formada por dos murallas concéntricas hechas de grandes piedras puestas encima una de otra y el espacio entre ambas murallas relleno de cascajo mezclado con tierra. Recordaban que la estructura formada por esta especie de pared constituida por las dos murallas y su relleno interior alcanzaba a un metro de alto por dos o tres de espesor, herradura que dejaba en su interior un espacio libre donde se había levantado una pequeña pirca que la atravesaba de muro a muro, como si se le hubiese querido dar la forma de un asiento o una mesa de unos 50 centímetros de alto, otro tanto de ancho y 1.50 m. de largo, aproximadamente.

(5) Tuve ocasión de conocer uno de estos ídolos, el que los periodistas citados, por ignorancia, describen como esculpido en basalto o mármol rosado. La figurita en cuestión la encontré en poder de una hija de Chacón. Es una estatuita que representa una persona de sexo femenino, tallada en una concha marina (Spondylus), de color rosado, vestida con ropas y adornos en miniatura, muy semejantes al de la figurilla de plata encontrada junto a la momia, en el hallazgo de 1954 (Fig. 2).

A partir de estas últimas ascensiones, la montaña se tornó más accesible y la ruta de Duddle se utiliza casi todos los años en la temporada de alta montaña para llegar a la cumbre.

En un guía para los andinistas de la zona central de Chile, destinada a popularizar este deporte, su autor, Kurt Klemm, relata una expedición a El Plomo, siguiendo la ruta de los ríos Mapocho, Molina y Cepo, destacando como premio del esfuerzo el arribo hasta las construcciones de la cumbre, lugar donde él recuerda los hallazgos del minero Chacón en el año 1922.

El interés científico encauza el espíritu de muchos exploradores de los Andes chilenos, geólogos, botánicos, etc., y desde el descubrimiento de este país se suceden expediciones de carácter semejante. Sin embargo, las noticias sobre la existencia de las misteriosas construcciones de la cumbre de El Plomo no habían conseguido conmover a los arqueólogos. Aficionados a esta ciencia, allá por el año 1940, se acercaban a su cumbre sin los medios adecuados ni la experiencia suficiente como para conducir a una investigación más satisfactoria de los problemas planteados. Nosotros efectuamos varias excursiones a sitios cercanos con el objeto de conocer la ruta: una el año 1945 en compañía del entomólogo Luis Peña Guzmán, en la cual alcanzamos hasta el cajón del río Cepo, por la ruta del Molina. Posteriormente, siguiendo el mismo camino anterior, realicé dos expediciones que me condujeron hasta Piedra Numerada, donde hicimos campamento. En la primera de ellas, alcanzamos en El Plomo, por la ruta de Duddle, hasta una altura de 4.800 metros, y en la segunda llegamos hasta el portezuelo de las Pircas (nombre que no debe confundirse con el de Pircas de los Indios) paso de la cordillera de Quempo, ubicado un poco al sur de El Plomo, que conduce desde el cajón del Cepo hasta el río Olivares hacia el Este.

En el verano de 1948 realizamos una cuarta expedición que integraban, entre otros, los arquitectos Julio Machicao y René Brenes. Nos proponíamos esta vez alcanzar la cumbre; fue un viaje apresurado que no permitió la aclimatación, razón por la cual sólo llegaron a la cima Brenes y Machicao. Ellos hicieron observaciones que confirmaban de un modo irrefutable la existencia de construcciones cuya descripción coincidía con las que se habían publicado. No se pudo hacer en aquella oportunidad un estudio más detenido, pues el tiempo amenazante y la proximidad de la noche los obligó a regresar al campamento.

A partir de esa época, nuestro interés por el problema que representaban las construcciones de El Plomo se avivó con el conocimiento que tuvimos de un hallazgo realizado por el señor Eliseo Peña Villalón, algunos años atrás, en La Serena. En la cumbre del cerro Juan Soldado, ubicado en la caleta El Arrayán, distante 6 kilómetros del mar, había descubierto una especie de trazado de piedras donde practicó una excavación y encontró el esqueleto de un auquénido acompañado de varios idolitos zoomorfos y antropomorfos, de oro, plata y concha: un pectoral de láminas de oro, un collar de láminas de plata y otro hecho, al parecer, con láminas obtenidas del carbonato de cal de conchas fósiles (6).

El cerro Juan Soldado es una cumbre aislada que domina un amplio espacio de la costa y los llanos vecinos, donde estaba el asiento de una de las más importantes concentraciones indígenas que los conquistadores españoles encontraron al arribar a la zona donde fundaron la ciudad de La Serena.

A principios del año 1953, el entomólogo Luis Peña, después de cumplir una exploración científica en la zona cordillerana de Atacama, Tarapacá y Antofagasta, trajo informaciones muy valiosas obtenidas de los indios Kunza respecto de construcciones erigidas en las altas cumbres por los antepasados de este pueblo. Los guías indígenas hablaban de una misteriosa "fortaleza" existente en el cerro **Licancabur** a 5.930 metros de altura, ubicado en la cordillera de los Andes, provincia de Atacama, al norte del poblado de Toconao.

(6) Gran parte de estos objetos estarían actualmente en poder del Museo de La Serena, al cual fueron donados por la familia del difunto señor Peña, según información de don Gustavo Peña A. P.

Esta fortaleza era conocida desde antiguo y se hace referencia a ella como a un "pucará" para refugio de los pobladores del llano en caso de peligro. Se dice que allí había antiguamente gran acopio de leña. De mayor importancia aún, eran las informaciones acerca de otra construcción existente en el volcán Llullaillaco, de 6.723 metros, ubicado en la provincia de Atacama, al este del salar de Punta Negra. El interés principal de la información de estos indígenas residía en que ellos no consideraban ambas construcciones como fortalezas, sino como lugares especiales para la adoración del sol, donde en tiempos antiguos se habrían depositado ofrendas. Los informantes manifestaron, además, que los Incas habían hecho otro tanto en algunas cumbres de más al sur, especialmente en aquellas que se destacaban del conjunto y eran visibles desde los poblados inmediatos.

Todos estos antecedentes evidenciaban la existencia de una costumbre precolombina de erigir estructuras en las altas cumbres desde donde adorar al sol u otras deidades.

En el Perú se conocían construcciones similares, pero las chilenas se distinguían por las ofrendas que de una u otra manera, con una u otra característica, venían siendo descubiertas en ellas. Los arqueólogos habían explorado numerosas cumbres peruanas famosas como lugares sagrados (huacas), sin encontrar en ellas nada de importancia, a excepción de estructuras semiderruidas. Arqueólogos chilenos y de otros países, al ser consultados sobre las construcciones de El Plomo, sostuvieron que la experiencia peruana hacía innecesaria su exploración, pues si durante el periodo incaico contuvieron ofrendas, la destrucción y el saqueo de los conquistadores españoles las habrían hecho desaparecer. Se argumentaba que durante la conquista, en los Reinos de Chile y Perú, fue necesario dictar disposiciones que reglamentaban la explotación de las huacas, estableciendo impuestos sobre su producto. Además, los propios indios desmantelaban sus santuarios para defenderlos de la profanación durante la campaña para la extirpación de la idolatría iniciada por el Virrey del Perú, Francisco de Toledo, a mediados del siglo XVI.

El cadáver congelado de El Plomo

La noticia del hallazgo realizado en El Plomo por unos arrieros, el 1.º de febrero de 1954, no podía pasar inadvertida para el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile. En efecto, el día 17 de marzo de 1954, consultada mi opinión por la señora Grete Mostny, arqueólogo del Museo de Historia Natural de Santiago, tocante a un hallazgo efectuado en la cima de El Plomo, del cual había sido informada por un zapatero de Puente Alto de apellido Ríos, y después de una descripción y croquis que me hizo de una figurita de plata que éste le mostrara, no tuve más que recordar mis investigaciones sobre las construcciones de la cumbre de ese cerro y el hallazgo realizado anteriormente por el minero Chacón, para valorar la importancia de la noticia. El informante había insistido en que, entre otras cosas, descubiertas en El Plomo, guardaba en Puente Alto el cadáver de una indiecita, y la señora Mostny me pidió que la acompañara a esa localidad al día siguiente.

Ese mismo día informé sobre el particular al doctor Richard Schaedel, a la sazón Director del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, quien destacó al señor Jorge Kaltwasser, ayudante de ese Centro, para que se dirigiera también a Puente Alto a fotografiar el hallazgo.

La investigación resultó sorprendente: las especies halladas en El Plomo estaban en casa del propio Guillermo Chacón, el de los legendarios hallazgos anteriores en esa cumbre, quien, nuevamente esta vez, había tenido la iniciativa y encabezado la expedición.

Interrogado por mí sobre el destino corrido por los objetos del primer hallazgo, manifestó que conservaba sólo uno, y estaba en poder de su hija. Lo hice traer y me mostraron la misma figurita tallada en una concha de *Spondylus* a que nos referimos en páginas anteriores.

Enseguida se nos condujo a una pieza donde estaba el misterioso descubrimiento, que resultó ser el cadáver semicongelado de un aborigen americano en el más extraordinario estado de conservación. El señor Kaltwasser procedió a tomar las primeras fotografías del hallazgo (Fig. 3) y regresamos a Santiago, donde dimos cuenta al doctor Schaedel del valor excepcional que, a nuestro juicio, tenían los objetos inspeccionados.

En la tarde de ese mismo día, don Humberto Fuenzalida, Director del Museo de Historia Natural de Santiago, el doctor Schaedel y los integrantes del Centro de Estudios Antropológicos, señores Gustavo Peña, Ruperto Vargas y yo, nos dirigimos a Puente Alto. En esa oportunidad solicité a los arrieros una relación de su expedición ante una carta geográfica de la zona. Luego se hizo la adquisición del hallazgo y se transportó el cadáver a los frigoríficos del Instituto de Anatomía de la Escuela de Medicina de Santiago, desde donde se llevó, posteriormente, al Museo de Historia Natural.

Dos días después obtuvimos de Chacón una relación más detallada y explícita de sus diversos viajes y descubrimientos. El viejo minero nos declaró que años atrás, en fecha que no recordaba con precisión, explorando la cumbre de El Plomo en una incursión en busca de minas, había tropezado con unas construcciones que no le parecieron obra de la naturaleza; pensó que ahí había "mano de hombre" y se puso a escarbar en ellas. Encontró cuatro "monitos", uno de los cuales, de plata maciza, pesaba más de tres kilos. Este lo perdió, en una casa de empeños de Puente Alto. Los otros, una figurita masculina de oro hueco y un "guanaquito" de concha, se los dio a un compadre que lo acompañó en el viaje; la cuarta figurita se la regaló a su hija y era aquélla a la cual me referí en otros párrafos.

Agregó Chacón que había realizado un segundo viaje, encontrando esa vez, en las mismas pircas de la cumbre falsa, cuatro "medallones" hechos de láminas de oro. Estos se los había obsequiado a un capitán de apellido Meza, que fuera el primer jefe del Retén de Carabineros de Puente Alto, recién inaugurado en aquella fecha.

El tercer viaje, el último, en el cual descubrió el cadáver, lo hizo acompañado de sus amigos Gerardo y Jaime Ríos. Partieron el 27 de enero de 1954 desde Bocatoma, poblado cercano a la desembocadura del río Olivares, en El Colorado. Chacón, debido a su edad, no se sintió capaz de afrontar la ascensión y se quedó con las mulas en Piedra Numerada. Siguiendo las indicaciones del viejo, sus compañeros prosiguieron hacia la cumbre premunidos de un chuzo y una pala; después de grandes esfuerzos arribaron por fin a las pircas de la cumbre falsa, muy extenuados, casi sin fuerzas para excavar.

La descripción de Gerardo Ríos es como sigue: las pircas estaban situadas al noreste de la cumbre falsa. Eran tres, dos de ellas erigidas paralelamente una a la otra y orientadas, a lo largo, de norte a sur; la tercera, ubicada perpendicular a las primeras, se hallaba orientada de este a oeste. Chacón explicó que en sus expediciones anteriores los hallazgos habían sido hechos en una de las pircas paralelas, la situada al oeste. Ríos señaló que el hallazgo de febrero de 1954 lo hizo en la pirca del este. Esta última pirca media entre tres y cuatro metros de largo, un metro de alto y 1.80 metro de ancho, aproximadamente. El cadáver estaba enterrado a más de un metro de profundidad, más abajo de la tierra con que estaban rellenas las pircas, en un hoyo practicado bajo el nivel de la superficie del cerro, de suerte que las pircas podrían ser una construcción erigida como señal sobre el enterratorio. Dijo Ríos que hubo de remover muchas paladas de tierra, entre las cuales salieron el guanaquito de oro y el guanaquito de concha; al fin, después de levantar unas piedras lajas, apareció el cadáver, y junto a él, la figurita de plata.

Manifestó Ríos que la pirca paralela del oeste se encontraba totalmente destruida y casi no se distinguía su forma. En cuanto a la pirca perpendicular a las dos paralelas, parecía no haber sido excavada.

Concluida su tarea, Ríos bajó a Piedra Numerada cargando su hallazgo. Despojándolo de los objetos que les parecieron de más valor, el cadáver fue escondido en ese mismo lugar, en un hueco entre las rocas, que cubrieron con

piedras. Allí permaneció hasta el día 11 de marzo, fecha en que decidieron ir a buscarlo, con la intención de hacer en Puente Alto una exhibición pública pagada del extraño hallazgo.

II

EL CADAVER DE EL PLOMO Y ALGUNOS ELEMENTOS DE SU CONTEXTO ARQUEOLOGICO

Aspecto físico exterior

De acuerdo con la relación de sus descubridores, el cadáver de El Plomo fue entregado al Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile y al Museo de Historia Natural de Santiago, en idénticas condiciones físicas y en la misma posición en que fue encontrado en el enterratorio. El ajuar también estaba en su disposición original, a excepción de un cintillo con plumas que se dañó en el viaje y el cambio de ubicación de un símbolo de plata en forma semejante a una H tendida, el cual los arrieros sacaron del cuello donde colgaba, pendiente de un cordoncillo de lana, para amarrarlo sobre la frente, ante la imposibilidad de retornarlo a su verdadero sitio.

Rígido, como se encontró en el momento de su descubrimiento, el cadáver de El Plomo mantenía la misma posición en que seguramente fue enterrado. Daba la impresión de una persona sentada sobre el suelo, con las piernas cruzadas, atraídas en flexión hacia el pecho mediante la tracción de los brazos que las rodeaban, entrelazando las manos delante de las rodillas. (Fig. 3).

La cabeza se reclinaba, descansando sobre los muslos. Su rostro, con los ojos cerrados, daba la sensación de una persona sumida en profundo sueño.

El abundante cabello, lacio y negro, había sido íntegramente dividido en gran cantidad de pequeñísimas trenzas. Este curioso peinado parece haber sido característico de varios grupos indígenas de la cuenca del Lago Titicaca, y aún hoy es usado por algunos individuos de grupos étnicos aborígenes sobrevivientes en Bolivia.

Al referirse a los estilos de peinado entre los antiguos Aymará, Harry Tschopik Jr. señala que en el área Lupaca, esto es, en la ribera oeste del Lago Titicaca, mujeres y hombres se peinaban el cabello en múltiples trenzas. (Tschopik, 1946).

A este propósito, conviene recordar las descripciones sobre el tratamiento del cabello que nos hace el cronista Pedro Pizarro, tocante a otros indígenas del Altiplano, cuando dice que los charcas traen el cabello hecho "triznejas" (Pizarro, 1571). También Cieza de León nos habla en su Crónica acerca de los huanca, que llevaban los "cabellos entrenchados" (Cieza, 1551).

Esta costumbre parece haber estado muy esparcida en el Imperio de los Incas, pues aún persiste entre los Uro-Chipaya, habitantes de los márgenes del Titicaca y del río Desaguadero. Weston La Barre (1946) confirma esta opinión apuntando que entre los uros, actualmente, algunas mujeres usan el antiguo estilo de "trenzas del Titicaca", consistente en innumerables trencillas en toda la cabeza (Fig. 8).

Los chipayas adoran aún a la deidad de la Tierra, Pachamama (Tierra Madre), diosa femenina muy importante en todas las creencias primitivas del Altiplano. Arthur Posnansky afirma en su famosa obra sobre Tiahuanaco, que la estatua de Pachamama, la "diosa de la tierra de panllevar", excavada y analizada por él en el año 1932, tiene esculpido un peinado de numerosas trenzas y lo compara con el de una mujer chipaya actual (Posnansky, 1945).

El rostro del cadáver aparecía pintado de rojo con rayas amarillentas cerca de los ojos. Considerando las escasas noticias existentes acerca de la pintura facial entre los incas (Rowe, 1946), la pintura de este rostro es de mucho interés para la antropología. Hasta aquí, por las menciones de algunos cronistas, se deduce que los incas acostumbraban a pintarse el rostro para las actividades guerreras y ciertas ceremonias. Se supone que los colores más

empleados para este objeto eran el rojo del cinabrio (sulfuro de mercurio), llamado "paria" por los incas, y que se extraía de las minas de azogue de Huancavélica (Arriaga, 1621), y el rojo, obtenido del fruto del achiote (Bixa Orellana). El Padre Bernabé Cobo se refiere a la costumbre de los sacerdotes incásicos de marcar el rostro del ofrendante con la sangre de las llamas sacrificadas durante las ceremonias propiciatorias dedicadas a algunas divinidades (Cobo, 1653).

Prendas de vestir y ornamentos

La vestimenta del cadáver de El Plomo, en rasgos generales, corresponde al tipo característico usado por los pobladores de las regiones sujetas al inca, los súbditos del Tahuantinsuyo, el Imperio de las Cuatro Partes (7).

De su atavío, se destaca, en primer lugar, una especie de camisa o túnica de lana, no muy larga, sin mangas. Su confección es la misma de un saco: un trozo de tela doblado con ambos lados unidos por una costura, dejando, en este caso, una abertura en la parte superior, para dar paso a la cabeza, y, en ambos costados, un trozo sin coser en las partes correspondientes para pasar los brazos. Los únicos adornos de esta prenda lo componen cuatro cintas de piel blanca cosidas en la parte inferior de la túnica, y una orla de flecos que rodea su borde. Esta prenda se asemeja en todo al característico ropaje masculino de los quechuas, el "unku"; sin embargo, en este caso, la camisa no lleva dibujos alrededor de la abertura del cuello, ni su adorno más usual, que consistía en una banda con dibujos tejidos alrededor de la cintura.

La prenda femenina, el "anaku", correspondiente a la túnica masculina, consistía en una especie de manta rectangular que se arrollaba alrededor del cuerpo por debajo de los brazos, levantada y sujeta en la zona de los hombros por dos alfileres o "tupus". Era más larga que el "unku" masculino y llegaba casi hasta los tobillos. Además, las mujeres acostumbraban a usar una faja tejida enrollada en la cintura, el "chumpi". Es evidente, por lo tanto, que las prendas de vestir del cadáver revelan características indudablemente masculinas.

Sobre esta saya llevaba el cadáver un manto de lana cuyos dos extremos superiores se hallaban atados sobre el pecho mediante un nudo, prenda típica de la indumentaria incásica masculina, al que denominaban "yakolla". Las mujeres se cubrían también con un manto semejante, más pequeño, la "lliclla", y en tanto que los varones lo sujetaban por medio de un nudo sobre el pecho o el hombro, ellas prendían los dos extremos sobre el pecho con un alfiler de oro o plata que denominaban "quipqui" (Murúa, 1590). Este alfiler, conocido generalmente por "tupu", se caracteriza por una cabeza aplanada, con los bordes muy afilados, y tal vez lo utilizarían las mujeres para cortar los hilos en sus habituales trabajos de telar. (Fig. 4, fotos 1 y 3).

El calzado consistía en unos mocasines de cuero, al parecer sin curtir, en los que todavía se ve el pelaje del animal en la parte del empeine. Los adorna una cinta bordada alrededor de la abertura (Fig. 3). Esta forma de calzado ofrece características valiosas para la arqueología, debido a que, como es el caso de la pintura del rostro, contribuye al esclarecimiento de ciertas incertidumbres sobre este tipo de prenda.

Se sabe que en el Imperio incásico el calzado más corriente no eran los mocasines, sino unas sandalias de cuero cuello de llama, sin curtir, con todo su pelaje, provistas de amarras complicadas hechas de tirillas de lana trenzada y cardada: las "ushutas" (de donde derivan nuestras actuales ojotas). Sin embargo, los investigadores modernos señalan que en las tierras altas del sur del Imperio, la provincia que los incas denominaban Collasuyo, en la cual se comprendía Chile, usábanse una especie de mocasines en vez de estas "ushutas", aunque los arqueólogos reconocen carecer de antecedentes sobre su forma precisa y confección. J. H. Rowe se refiere al hallazgo de algunos mocasines en

(7) Tahuantinsuyo: Imperio de las Cuatro Partes o de los Cuatro Rumbos que partían de la Plaza Central del Cuzco hacia los cuatro puntos cardinales. Comprendía las provincias de Chinchasuyo, al norte; Condesuyo, al oeste; Antisuyo, al este; Collasuyo, al sur.

tumbas de la costa peruana y afirma que todavía se fabrican y usan en la provincia de Chumpivilcas, al sureste de El Cuzco; añade que un estudio sobre el particular sería materia de interés para los arqueólogos (Rowe, 1946).

Félix Guamán Poma de Ayala, en su *Crónica Ilustrada* de los albores del siglo XVII, nos proporciona muchos dibujos descriptivos de los habitantes del Collasuyo (Figs. 4 y 5). Todos ellos se distinguen por calzar mocasines de manufactura indefinida. En otras ilustraciones también aparecen ciertos personajes del Contisuyo (provincia oeste), calzados de la misma manera, lo que aclararía, en parte, el hallazgo de esta variedad de calzado en tumbas de la costa peruana. Reproducimos del álbum "*Kunst und Kultur von Perú*" (Schmidt, 1929), una zapatilla encontrada en Ica (región de la costa peruana central, muy semejante a la que calzaba el cadáver de El Plomo (Fig. 6, foto 3).

Otro elemento importante del atavío es aquel símbolo de plata en forma de letra H tendida a que nos referimos anteriormente. Su exacta posición en el atavío del cadáver nos fue descrita por sus descubridores. Ellos encontraron este símbolo sujeto al cuello del cadáver, colgando como de un barbiquejo militar, mediante un cordón negro, bastante largo. Al desprender el objeto, desbarataron la forma en que estaba colocado el cordón en la cabeza y el cuello, y luego optaron por amarrar el símbolo en cuestión sobre la frente, utilizando el mismo cordón. (Fig. 3).

Guamán Poma de Ayala nos presenta en los dibujos de su *Crónica* a los naturales de la provincia del Collasuyo, portando esta misma insignia en forma de letra H tendida, idéntica a la ostentada por el cadáver de El Plomo. En los dibujos del cronista, este símbolo distintivo viene a ser el remate de un cordón que baja desde la cabeza y pasa por debajo de la mandíbula (Fig. 4, foto 4 y Fig. 5). Guamán muestra en otros dibujos a individuos del Imperio incásico ostentando una especie de barbiquejo militar, pero sin la insignia por remate (Guamán, páginas 244 y 261).

Sin entrar a suponer demasiado, sólo como una observación curiosa, me parece interesante hacer notar que el gigantesco ídolo identificado por Posnansky como la representación de Pachamama, ostenta esculpido un símbolo pectoral que tal vez, mediante una estilización evolutiva, pudo dar origen al símbolo que nos preocupa, y que parece propio de las tribus del Altiplano. En efecto, Posnansky nos presenta un dibujo de la estatua en cuestión en la cual el collar que sostiene el pectoral baja sobre la mandíbula, saliendo desde la cabeza. Posnansky se limita a decir que "en la estatua hay un signo de muchísima importancia que parece colgar del collar, se extiende debajo de la quijada y es algo como un "emblema". (Posnansky, 1945).

En cuanto al uso de los cordones de lana en el tocado de los súbditos del Imperio incásico, existen relaciones de algunos cronistas que se preocupan de explicar esta costumbre.

Pedro Pizarro dice que los indígenas de la provincia del Collao (parcialidad comprendida en el Collasuyo) y de ellos, los charcas en particular, sujetaban las trencillas de su cabellera con unas redes enrolladas alrededor de su cabeza, confeccionadas con unos cordones de lana de los cuales una parte les bajaba por debajo de la barba, permaneciendo asido a la redecilla (Pizarro, 1571).

La mayor parte de los habitantes del Imperio incásico acostumbraba a amarrarse el pelo, ya sea con una cinta tejida o trenzada, "el llauto", o simplemente con un cordel. Rowe aclara que la curiosa corona de oro que se ve en algunos antiguos retratos de los incas, proviene de una errada interpretación de los primitivos dibujos que se hicieron de ellos, en los cuales la pretendida corona de oro no era más que un "llauto" de lana amarilla. Agrega Rowe que el "llauto" no era por sí mismo una insignia de realeza, sino un simple tocado usado corrientemente por los hombres de muchas tribus del Perú (Rowe, 1946). Esta conclusión resulta evidente después de un análisis de los

dibujos en que Guamán Poma de Ayala nos muestra los tocados de los naturales de diferentes regiones y tribus del Imperio incásico.

Además del cordón que envolvía la cabeza, el cadáver llevaba un cintillo de cordones de lana negra, del cual colgaban cantidad de flecos también negros, a modo de casquete.

La indumentaria de los pueblos primitivos casi siempre lleva signos representativos de la condición tribal, del sexo, edad y rango del individuo a quien pertenece. El cronista Pedro Pizarro sostiene que los naturales del Imperio de los incas "eran conocidos por sus trajes, porque cada provincia los traía diferentes de la otra y tenían por afrenta llevar traje ajeno" (Pizarro, 1571). Entre los actuales aymará, la edad y condición social (status) se reflejan en el traje: "Los niños varones usan gorras blancas; las guaguas mujeres las usan rojas. Los niños pequeños usan sayas envueltas, blancas o rojas, según el sexo. Las muchachas solteras llevan un tipo especial de gorra y saya. Los muchachos, gorras rojas tejidas; los viejos, blancas" (Tschopik, 1946).

Cieza de León afirma que los súbditos del Inca usaban, en todo el reino, señales en la cabeza que los diferenciaban a los unos de los otros: "Porque si eran yuncas, andaban arrebozados como gitanos, y si eran collas, tenían unos bonetes como hechura de mortero, hechos de lana, y si canas, otros bonetes mayores y más anchos; los cañares llevaban unas coronas de palo delgado como un aro de cedazo; los guancas, unos ramales que les caían por debajo de la barba y los cabellos entrenchados; los canchis, unas vendas anchas coloradas o negras por encima de la frente; por manera que, así éstos como todos los demás, eran conocidos por estas señales que tenían por insignia, que era tan buena y clara que aunque hubiera juntos quinientos mil hombres, claramente se conocieran los unos a los otros" (Cieza, 1553).

Al hacer entrega del cadáver, los arrieros pusieron también en nuestras manos otro cordoncillo donde estaban prendidas plumas negras y blancas. Nos manifestaron que este elemento estaba sobre la cabeza, pero no pudieron precisar con exactitud en qué forma, porque en el transporte a Puente Alto se salió de su lugar, desprendiéndose y dañándose las plumas. Probablemente este cordoncillo o diadema formaba parte del tocado distintivo.

El cadáver de El Plomo lucía un brazalete de plata en su antebrazo derecho. Sobre el uso de esta joya entre los incas, sabemos por las crónicas que los hombres acostumbraban a llevarla, fabricada de oro y plata (Cobo, 1653). Después de analizar la obra de Guamán Poma de Ayala, se puede afirmar que dichos brazaletes los usaban como distintivo el inca, sus principales capitanes, algunos jefes, los curacas y los hechiceros; estos últimos lo portaban en el antebrazo izquierdo, mientras el inca y sus capitanes, en el derecho (Fig. 4, foto 2 y Fig. 5, fotos 3 y 4). Se desprende como conclusión que esta joya era usada sólo por los varones, nunca por las mujeres, e indicaba un alto rango social, pues los individuos comunes nunca lo llevan en los dibujos de Guamán. Se podría deducir, entonces, que el cadáver de El Plomo, además de pertenecer al sexo masculino, ocupaba un status elevado, o, tal vez, se le dio esta última condición antes de su muerte.

Entre los incas, los hombres usaban unos entrepiernas llamados "huaras", consistentes en un trozo de tela de más o menos 15 centímetros de ancho que se pasaba por entre las piernas y se sujetaba con un cinturón. Esta prenda era símbolo de virilidad y se colocaba a la edad de catorce años, como parte del rito de madurez, en una fiesta llamada "huarachicoy" (fiesta de las "huaras"). La ausencia de entrepiernas en el cadáver de El Plomo, nos indicaría que su muerte debió producirse antes de la pubertad, antes de la fiesta del "huarachicoy".

Para limitar el lapso en que debió ocurrir la muerte, son útiles otros objetos que acompañan el cadáver. Entre ellos una bolsa de lana tejida que, de acuerdo con los descubridores, estaba terciada sobre el pecho, colgando del hombro por medio de una cinta tejida (Fig. 6, foto 2). Es la característica "chuspa" de los pueblos del Altiplano, que los incas utilizaban para guardar

coca, amuletos y herramientas pequeñas y que Murúa (1590), describe diciendo: "Traen debajo del brazo (los incas), unas chuspas muy galanas, ceñidas por una cinta a manera de liga, por encima del hombro derecho; sirven de faltriquera para guardar sus menudencias y algunas traen coca". El contenido de la "chuspa" del cadáver de El Plomo presenta interés en este caso: consistía en algunas hojas de coca y cinco bolsitas pequeñas que guardaban recortes de uñas, de pelo y dientes de leche (Fig. 6, foto 2). Si la ausencia de entrepiernas indica que el deceso se produjo antes de los catorce años, el contenido de las bolsitas encontradas dentro de la "chuspa" lleva a la conclusión de que el niño inca ya había pasado por las ceremonias correspondientes al primer corte de pelo, que se realizaba a los cinco o seis años y constituía la fiesta llamada "rutuchicoy" (reunión para trasquilar, de "rutuni": trasquilar).

Cieza de León describe el "rutuchicoy" en los siguientes términos: "Jun-tándose la mayor parte de los parientes y amigos del padre, bailan a su usanza y beben que es su mayor fiesta, y, después de pasado el regocijo, uno de ellos, el más anciano y estimado, trasquila al mozo o moza que ha de recibir nombre y le corta las uñas, las cuales, junto con los cabellos, guardan con gran cuidado" (Cieza, 1551). En algunas regiones, el cabello cortado se ofrecía a las huacas, y, en otras, se guardaba en las casas como cosas sagradas (Arriaga, 1621).

El "rutuchicoy" se practicaba todavía en todos los valles Calchaquís, aun a fines del siglo XIX. Según Juan B. Ambrossetti, la fiesta se efectuaba cuando el primer hijo llegaba a la edad de seis o siete años. Los padres habían cuidado con esmero que el pelo le creciera en abundancia a la criatura y el día de la fiesta el niño aparecía ataviado con su mejor traje y con la cabellera arreglada en innumerables pequeñas trenzas que iban siendo cortadas, una a una, por la madrina, el padrino y los invitados más importantes, hasta dejarlo enteramente trasquilado. (Citado por Latcham, 1929). Agrega Latcham que esta fiesta era idéntica a las que todavía se celebran en Bolivia y en los valles interiores de Tarapacá.

Entre los aymará se practicaba aún ritualmente el primer corte de pelo de los niños, alrededor de los dos años de edad. Antiguamente, esta costumbre era precedida por una ceremonia llamada "sukulu", que se efectuaba al cumplir el primer año de edad. En ella se llevaba a los niños a la plaza, donde se les untaba la cara con sangre de vicuña, rito del cual estaban encargados los tíos paternos, si la criatura era varón, y las tías paternas, si era mujer. (Tschopik, 1946).

Existía también entre los quechua otra ceremonia que correspondía a la salida del primer diente, una fiesta llamada "quiruchicoy" (de "quiru": diente), pero no hay información acerca de alguna fiesta relacionada con el cambio de dentadura de los niños. Sin embargo, el hecho de que hubiera dientes de leche dentro de las bolsitas mencionadas, indicarían una edad superior a los siete años para el niño de El Plomo. En consecuencia, el lapso en que debió ocurrir la muerte queda delimitado entre los siete y los catorce años de edad.

Otros elementos del contexto arqueológico

En el mismo enterratorio fueron encontradas algunas estatuillas y una bolsa tejida cubierta de plumas blancas y rojas. Los descubridores no pudieron precisar, sin embargo, las exactas condiciones de su ubicación con respecto al cadáver.

Se trata de dos figuritas zoomorfas y una antropomorfa, a saber: una llamita de oro laminado, hueca, de 7 cms.; otra, más pequeña fabricada de concha de spondylus, y una estatuilla femenina, de plata laminada, hueca, de 10 cms. de alto. Esta última estaba ataviada con dos mantitas rectangulares, de lana, tejidas primorosamente, con las orillas rematadas por un filete hecho, al parecer, con aguja. Dos fajas o ceñidores en miniatura, de un tejido igualmente pri-

moroso, ornadas con motivos geométricos de colores vivos, tres alfileres o "tupus" pequeños y un tocado de plumas rojas y amarillas que caía sobre la espalda como una ancha coleta, completaban la vestimenta de la figurita de plata (Fig. 6, fotos 1 y 2).

Estas figurillas no son extrañas para los arqueólogos: llamitas de oro y concha, así como figuritas antropomorfas de ambos sexos, se han encontrado en Chile, Argentina, Perú y Bolivia (Fig. 7). José Toribio Medina reproduce en su obra "Los aborígenes de Chile" una llamita de oro y otra de concha, halladas en Freirina, y una figurita antropomorfa femenina, sin vestimentas, proveniente de Elqui, que en nada difieren de las descubiertas en El Plomo. (Medina, 1882, figs. 108, 109 y 133). Medina considera estas piezas arqueológicas como ejemplares de "conopas", nombre que los Incas daban a sus ídolos familiares. Las "conopas" eran, efectivamente, dioses domésticos y se les llamaba también "huasicamayoc" (cuidadores de la casa). Se heredaban en la familia y servían para proteger, a modo de santos patronos, las siembras de papas, maíz y asegurar el aumento del ganado. Tenían formas que representaban el producto al cual propiciaban, y las del ganado recibían el nombre de "caullama" (Arriaga, 1621). Después de la conquista española, con la aparición del ganado ovino, las "conopas" tomaron también estas formas, como consta por algunas figurillas actuales que representan ovejas machos, usadas entre los indígenas contemporáneos del Altiplano.

La adoración de las "conopas" era secreta para los de cada casa; no obstante, todos los sacrificios estaban rodeados de estos idolillos. Los hechiceros los ofrecían a sus huacas, junto con oro, cinabrio, metales fundidos o "llacsa" y principalmente, una gruesa concha de mar que llamaban "mullu" o "mollo", de la cual los Incas acostumbraban a tener pedacitos, pagados a altos precios (Arriaga, 1621).

Fray Martín de Murúa da aún más luz sobre el carácter de ofrenda de todos estos objetos. Luego de describir los carneros (llamas) vivos que se dedicaban para el sacrificio, señalando que los llevaban "vestidos de pies a cabeza con unas ropas chicas muy pintadas de colores", continúa diciendo: "también ofrecían bultos de estos carneros, de oro y plata, macizos y pequeños; otros bultos de hombres y mujeres de oro y plata... ofrecían polvos de almejas de mar, molidas, que llamaban "pancarmollo" y "yarguarmollo", y cantidad de ropa de hombre y mujer, muy fina, pequeñita, a la medida de los ídolos, de muchos colores, de plumería, con otras muchas curiosidades que ellos usaban para este efecto (Murúa, 1590).

Durante su campaña para la extirpación de la idolatría, el padre José de Arriaga, relata que en la provincia de Huarochiri, habiéndose informado del asesinato de un indígena por no participar de las creencias idólatras, se demostró que entre los naturales de ese lugar se adoraba a más de seiscientos figurillas pequeñas, de forma humana, vestidas con pequeñísimas ropillas y ornamentos de "cumbi" (8), muy curiosas. Estas figurillas de piedra eran imágenes y representación de algunos cerros, montes y arroyos, tanto como de sus progenitores, de quienes esperaban el bien y la felicidad. (Arriaga, 1621).

La bolsita de plumas

Completaba el ajuar del cadáver de El Plomo, una bolsa de lana, recubierta de plumas blancas y coronada de plumas rojas en la parte que formaba la tapa. En líneas generales, su confección es la de un saquito de 20 cms. de alto por 10 cms. de ancho, aproximadamente; tenía colocado un cordoncillo de lana para su suspensión (Fig. 6, foto 1). Una observación superficial, parece indicar que las plumas usadas serían de una variedad de flamenco. En cuanto al contenido, se trata de hojas de coca.

(8) El "cumbi" era la tela de calidad más fina, tejida por los Incas. Tenía terminación en ambas orillas y se tejía en muchos colores, con gran número de pequeñas bobinas. (Rowe, 1945).

Se sabe que los Incas hacían una variedad de tela, agregando superficialmente plumas al material tejido, tela que era particularmente fina. Cobo (1653) hace hincapié en que el "cumbi" se fabricaba también insertando pequeñísimas plumas en la trama del tejido. La importancia de esta pieza reside en que los arqueólogos declaran tener cierto desconocimiento acerca de la técnica del trabajo de plumas, en el período **específicamente incaico** (Rowe, 1946), pues sólo se conocen ejemplos de ella por el hallazgo de piezas de este tipo en tumbas de la costa peruana.

El carácter de ofrenda que posee esta bolsita de plumas, portadora de coca, se confirma a través de las páginas de los cronistas. Murúa dice que los Incas ofrecían en sus sacrificios "toda suerte de lanas, algodón, **plumería y costalicos de coca**... ofrendas que repartían desde la ciudad del Cuzco hasta llegar a los llanos y a lo postrero de los Andes, de modo que era general en todo el reino y cada provincia y pueblo sacrificaban como mejor podían a sus huacas, a las que tenían puesto nombre y señaladas cada uno en su término". (Murúa, 1590).

La ofrenda de plumas hecha en los sacrificios, consistía especialmente en una variedad de plumas coloradas, blancas y amarillas que se traían de los Andes, llamadas "paucarpillco parahuana", según Murúa (1590), o bien "parihuana o pariana", de acuerdo con Arriaga (1621).

La Parina o Pariguana, es el nombre local del flamenco Andino (*Phoenicoparrus Andinus*), denominado también Parina Grande. Esta variedad de flamenco se distribuye en la zona de la Puna, desde Atacama hasta la frontera peruana, habitando también idéntica zona argentina, sur del Perú y Bolivia. Es de mayor tamaño que el común; las plumas de toda la parte anterior del cuello y del pecho son de un rojo vinoso, con la parte inferior menos rosada; la punta de las alas es negra; las cubiertas alares son más claras y menos color sangre. (Philippi, 1951).

III.— REFERENCIAS HISTORICAS

Construcciones en las cumbres

Carlos Darwin, con gran perspicacia, había observado a su paso por Chile, en el año 1834, restos de construcciones indígenas en muchas partes de la cordillera, donde no parecía probable que hubiesen sido destinadas a simples lugares de habitación, porque la tierra era allí extraña a toda clase de cultivo. Oyó hablar de que en la Quebrada de Jahuel, cerca de Aconcagua, donde no había resto de senda, quedaban demostraciones de construcción, a gran altura, donde el frío era intenso. Comenta el gran naturalista en sus memorias de viaje que no ignoraba que los indios peruanos frecuentemente habitaban las regiones más frías y elevadas, pero le parecen casi inexplicable la función de estas construcciones en el límite de las nieves eternas, en partes donde no existen pasos, donde la tierra no produce absolutamente nada y, lo que es más extraordinario, donde no hay agua. (Darwin, 1839).

El padre Diego de Rosales (1674) dice que, además de los tambos y lugares de alojamiento que el Inca erigía a modo de postas a lo largo de caminos y senderos y en los pasos cordilleranos, había otras construcciones distantes de los caminos, en los cerros y cordilleras; presume que éstas se construyeron como refugio para los mineros del Inca, porque en algunas partes quedan señales de hornillos, lavaderos y piedras en que molían sus metales.

Los cronistas de la conquista del Perú hablan de famosas huacas erigidas en la cumbre de los cerros. El poder sobrenatural de un cerro variaba en proporción directa a su altura y todas las cumbres coronadas de nieve eran tenidas por deidades importantes. Los poderosos picachos de Ausangata (visible desde el Cuzco), Vilcanota, Coropuna y Pariacaca eran ampliamente reverenciados. La montaña es un elemento muy importante en la religión quechua contemporánea. En los tiempos actuales, los picachos de las montañas son lla-

mados "apo" (señor), aunque este título no parece haber sido usado en la religión antigua. (Rowe, 1946).

El cronista Fray Martín de Murúa (1590) dice que era muy común entre todos los indios peruanos adorar huacas, ídolos, quebradas, cerros y cumbres de monte, en especial aquellas cosas de la naturaleza que se destacaban de las demás. Tenían reverencia particular por las altas sierras, especialmente las nevadas. Los mineros adoraban a los cerros y a las propias minas, velando de noche, bebiendo y bailando, para que la naturaleza, a través de estas deidades, les brindara su metal. Afirma el cronista que los indios, entre las cosas que sacrificaban en sus santuarios, la primera y principal eran niños de diez años para abajo, aunque esto no era común, pues se practicaba siempre que se tratara de asuntos de mucha importancia, como para aplacar la peste, la mortandad u otras calamidades.

En el Cuzco, la veneración por la huaca del cerro Guanacaure sucedía en importancia al culto del santuario de Curicancha. Cieza de León (1553) refiere que había en este cerro un oráculo por donde hablaba el demonio; estaban enterrados a su alrededor gran suma de tesoros y se le sacrificaban hombres y mujeres, los que se ponían muy galanos y ataviados con sus ropas de lana fina, llautos de oro, patenas y brazaletes. Los sacrificados ofrendaban voluntariamente sus vidas: los sacerdotes les daban de beber chicha en grandes vasos de oro, les colgaban en el hombro la maletilla de camino, para después ahorgarlos y enterrarlos, finalmente, a la redonda del oráculo en sepulturas, donde serían venerados como santos.

El interés de los españoles por las huacas no tenía sólo relación con la extirpación de la idolatría; les interesaba sobremanera dar con los tesoros que allí se escondían, de los cuales explotaron algunos muy valiosos. Las huacas de las cumbres fueron las que más fácilmente se salvaron de la profanación, porque los españoles no siempre eran capaces de llegar a ellas por sí mismos o porque los naturales las guardaban en el más profundo secreto.

Cieza (1553) nos habla de una huaca muy famosa llamada Coropuna, en la provincia del Condesuyo (región occidental del Incanato), erigida en un cerro de gran altura cubierto de nieve eterna, pero que, a pesar de ello, era visitada por los reyes del Perú con sus principales para hacerles ofrendas y presentes. Entre los dones para este santuario se destacaban muchas cargas de oro, plata y pedrería, guardados en un lugar que, hasta esa fecha, permanecía desconocido para los españoles, pues, a causa de la nieve, los indios peruanos no podían subir a lo alto, ni atinaban a encontrar su ubicación.

El cronista Polo de Ondegardo (1561) también da detalles sobre sacrificios humanos consumados por los Incas en las altas cumbres. Relata que en la cordillera de los Andes veneraban los cerros sacrificándoles hombres o niños y que en la huaca del cerro Guanacaure y en la de Chuquipalpa, erigida en un cerro de gran altura, se perpetraba un sacrificio universal de niños junto con ofrendar figuritas pequeñas hechas de oro. Explica que cuando asumía el poder un nuevo soberano y se le entregaba la insignia real (la borla), entre otras celebraciones realizadas, se sacrificaba hasta la cantidad de doscientos niños de cuatro a diez años.

En ciertas oportunidades, el Inca llamaba a los sacerdotes de las cuatro provincias del Imperio para repartirles las ofrendas destinadas a los sacrificios hablándoles de esta manera: "Tomad cada uno de vosotros su parte en estas ofrendas y sacrificios y llevadla a la principal huaca vuestra y allí sacrificadla"; los sacerdotes obedecían llevándose las ofrendas, entre las que había niños que estrangulaban y enterraban en sus huacas, junto con figurillas de oro y plata que representaban ovejas y personas. (Molina, 1570). Este sacrificio se efectuaba al comienzo del reinado del Inca para que las huacas le concediesen salud y paz. Para este efecto se elegían cerros, lagunas y árboles, aunque Molina señala que cuando algunos cerros, por su aspereza, impedían la ascensión, hacían llegar las ofrendas hasta la cumbre, lanzándolas mediante una honda. Deja constancia el cronista que las criaturas sólo se sacrificaban a las principales huacas sustentadas por las provincias o las generaciones.

Se tiene conocimiento de que en la provincia del Collasuyo (donde se hallaba incluido Chile) existieron famosas huacas. Entre otras, la de Hatuncolla, al norte de Puno; la de Purinacolla, cerca de Arequipa; la de Urucolla; la de Pacaxi, al sur del Titicaca; la de Pomacanchi, la de Quispi, la de Llacta, de Callahuaya, Charcas, Chui, Chiriguana. En toda esta provincia se sacrificaban comúnmente auquénidos (llamas, guanacos, vicuñas), cestos de cocas, cuyes, plumas de suri y niños de corta edad. Según Guaman Poma de Ayala, a la Huaca del Titicaca le ofrendaban con oro, plata, vestidos y con veinte niños de dos años. Los pomacanches, en esta provincia, según el mismo cronista, sacrificaban en el cerro de Canchi ofrendas de la misma especie quemándolas o enterrándolas con un niño y niña de dos años. Cada pueblo, cada provincia, sacrificaba todos los años como estaba ordenado por el Inca a quien respondían del cumplimiento del ritual a través de corregidores (tocticoc) y de jueces (michoc), quienes informaban a su soberano de su labor por medio de los correos de pos-tas (chasquis).

El padre Bernabé Cobo escribe en su crónica que en el camino del Collasuyo, en una huaca llamada Churucana, cerro pequeño y redondo encima del cual había tres piedras tenidas por ídolos, los quechuas ofrendaban de ordinario plumas, coca, ropa y también, niños para que el sol no perdiera su fuerza, y en la huaca del cerro Llucpacturo, dice, se le ofrecía a Ticciviracocha un sacrificio de niños, mayor que en otras partes, y que éste, como otros a los que se refieren cronistas ya citados, iba acompañado de la ofrenda de vestidos en miniaturas y figuritas de niños fabricadas de oro y plata.

Ceremonias religiosas en las huacas

Conforme a sus costumbres religiosas, los Incas celebraban diversas ceremonias destinadas a propiciar sus divinidades. Estos actos de adoración se realizaban por diferentes motivos, ya sea en fechas determinadas o en casos de necesidad inmediata, e iban desde la veneración manifestada en actos personales y privados hasta las grandes ceremonias religiosas efectuadas en sitios especialmente destinados para el objeto. Estas últimas eran las más importantes y adquirían los caracteres de una fiesta colectiva dirigida por un oficiante designado por el Inca.

En las ceremonias de mayor significación había cierta distancia entre el oficiante y el pueblo. Este último no tenía, en estos casos, acceso directo a la huaca; sólo el sacerdote estaba en contacto con ella, y cuando dentro del ritual estaba contemplado un sacrificio humano, dicha separación debe haber sido, indudablemente, mucho más grande.

El padre José de Arriaga, uno de los más activos participantes en la campaña de extirpación de las antiguas creencias religiosas de los naturales del Perú, efectuada a fines del siglo XVI, dice que todas las huacas principales de cada región eran consideradas como guardas y abogados de sus pueblos, y su nombre era conocido y reverenciado por todos los habitantes. En cuanto a la forma de adoración de estas huacas, agrega textualmente Arriaga: "Estas huacas tienen todas sus particulares sacerdotes que ofrecen los sacrificios, y aunque todos saben hacia donde están, pocos las ven, porque ellos suelen quedar atrás y sólo el sacerdote es el que habla y ofrenda". (Arriaga, 1621).

El día señalado para la ceremonia, el sacerdote con sus ayudantes se dirigía a la huaca principal y, sentándose en el suelo, tendía la mano izquierda hacia ella, la invocaba por su nombre y hacía con los labios un sonido como el que se produce al chupar (que era lo que propiamente llamaban "mochar", aunque esta palabra se convirtió en sinónimo de adorar). Enseguida decía: "Aquí vengo y te traigo estas cosas que te mandan tus hijos, recibelas y no estés enojado. Dales vida, salud y buenas chacras"; al mismo tiempo untaba la huaca con la sangre de las llamas y cuyes degollados para el sacrificio. Las demás ofrendas, consistentes en chicha, coca, plumas, sebo, metales preciosos, conchas marinas, eran derramadas, quemadas o esparcidas alrededor de la huaca.

Los sacrificios humanos no eran cosa común, y sólo se cumplían en oportunidades muy especiales. Es de suponer, entonces, que el ritual sería mucho más rígido en estos casos y mayor la trascendencia de la ceremonia, aumentando el misterio y la veneración que rodeaban a la huaca. El cadáver del sacrificio pasaba a ser, por así decirlo, tabú; objeto de reverencia unida al temor. De igual manera, ciertas tumbas se transformaban en sitios sagrados, a los que se rodeaba de igual misterio. El mismo José de Arriaga (1621) nos relata en su obra que el cura Hernando de Avendaño, su colaborador en la empresa de desarraigar la idolatría del Perú, descubrió en un cerro muy escarpado, dentro de una cueva, en la provincia de Charcas, a una legua del pueblo de San Cristóbal de Rapaz, una huaca muy famosa, temida y reverenciada en una extensa comarca, a la cual nadie había osado mirar. Consistía en el cadáver de un curaca antiquísimo que yacía debajo de un estandarte donde se había figurado un halcón; el cuerpo estaba tocado con una diadema de oro en la cabeza y vestido con siete camisetas muy finas de "cumbi", que, al decir de los naturales, habían sido enviadas como presente por los reyes Incas antiguos. El cronista refiere que, cuando se llevó este cadáver a Lima y se le quemó, causó gran espanto y reverencia entre los naturales, que no le habían visto jamás.

La religión incásica en Chile

Tal como ha ocurrido con los diversos criterios sostenidos acerca de la extensión, duración e influencia general que la dominación de los Incas tuvo en Chile, está en teja de juicio la magnitud e importancia de su penetración religiosa.

El historiador José Pérez García (1810) sostuvo que los reyes del Perú, en sus conquistas de Chile, no introdujeron la adoración del sol, ni construyeron templos, ni tuvieron sacerdotes, ni cultos, ni sacrificios. Sin embargo, después, el ilustre historiador José Toribio Medina (1882) cree indudable que los Incas erigieron en Chile a sus divinidades "uno o más templos", los que no se hallarían edificadas en los pueblos, sino en sitios relativamente aislados. Cita en favor de su opinión el testimonio del jesuita José de Acosta (1590), quien escribió que "en cada provincia del Perú había una principal huaca o casa de adoración", y el testimonio del historiador Mariño de Lovera, cuando relata que Pedro de Valdivia, a su llegada a Copiapó, en signo de posesión, hizo plantar una cruz en una huaca, "lugar que los españoles miraban como adoratorio del demonio" (Mariño, 1549). Se apoya también José T. Medina en un pasaje de la obra del padre Rosales, que dice: "Yendo a Colina el capitán Rodrigo de Orgóñez (que vino a Chile con Almagro), llegando al lugar en que residían los caciques y el gobernador del Inca, se aposentaron los soldados en una gran casa de paja, que era templo y adoración de los indios peruanos, donde hallaron nuevos ídolos, de manera que les pegaron fuego y derribaron los altares" (Rosales, 1674).

Se encuentran en la historia de Diego de Rosales otras referencias relativas a prácticas religiosas de los Incas en Chile. Al describir el período prehispánico del reino de Chile, señala que las huestes conquistadoras del Inca, después de cruzar el río Maule y de penetrar en las tierras del gran señor Quintichipai, a cinco leguas de la ciudad de Concepción, luego de erigir una fortaleza, levantaron en dicho lugar una especie de pirámide, utilizando siete piedras labradas, e hicieron la ceremonia anual, que él la denomina "Colpa Inca", para la salud de su rey; explica enseguida que este rito consistía en el sacrificio de dos niños, varón y mujer, de edad de seis años cada uno, los que, vestidos en traje de Inca, después de embriagados y atados entre sí, eran enterados vivos para que los pecados cometidos por su señor fuesen pagados con ese sacrificio.

Más adelante, cuando trata del arribo de las avanzadas de Almagro al valle del Mapocho, el padre Rosales nos proporciona una notable información: "...los españoles robaron las casas de sus depósitos (de los Incas) en el Mapocho y se apoderaron de las vírgenes mamaconas que acá había en un mo-

nasterio y estaban consagradas a la deidad del sol en Chile, como en el Perú, de las doncellas que acá habían nacido a los indios peruanos”.

Ricardo E. Latcham piensa, por su parte, que en Chile no se estableció el culto al sol por los conquistadores Incas, porque en ninguna parte se han encontrado restos de sus obras de arte y de sus grandes templos. Estima que los idolillos y otros objetos referidos a ese culto serían una manifestación de la religión profesada en forma particular y privada por las fuerzas que durante sesenta u ochenta años dominaron el territorio (Latcham, 1924).

En cambio, don Tomás Guevara sostiene a este respecto que si bien los Incas no alcanzaron a cimentar su culto solar entre los aborígenes chilenos, las representaciones heliográficas halladas en varias localidades indicarán claramente que ese culto “estuvo implantado en el territorio”. Critica a don Ricardo E. Latcham por su rechazo de la influencia incásica en Chile y le tacha de despreciar la autorizadísima opinión de José T. Medina: “La influencia que la conquista peruana ejerció en Chile fue, por lo general, benéfica, y debida sobre todo al grado superior de adelanto que habían alcanzado los pueblos del Inca” (Guevara, 1929).

Por nuestra parte, pensamos que si se aceptan las cronologías más recientes y autorizadas que señalan el año 1480 para la conquista de Chile por Topa Inca Yupanqui, el corto lapso comprendido entre esa fecha y la llegada de Pedro Valdivia en 1540, unido a la enorme extensión de ese territorio hacia el sur, se hace perfectamente comprensible la debilidad de la influencia religiosa incásica entre los aborígenes de este país.

Tiene razón Medina, en opiniones vertidas en seguida del párrafo citado por Guevara, y que éste omite. En efecto, dice Medina que, sin tiempo para consolidarse y distraída la dominación incásica, a cada paso por las necesidades de la guerra, y los dilatados desiertos a través de los cuales debía asentar su dominación, bastó el primer empuje de los soldados castellanos para que el edificio que comenzaba a levantarse fuera dispersado en muy pocos días. “De aquel tiempo de señorío de una nación extraña en Chile, inmediatamente anterior a la conquista española, no queda sino una que otra palabra en el idioma del pueblo, cuya conquista se intentó, usos y costumbres alterados por el tiempo, piedras ligadas con deleznable barro en las alturas de algunos cerros y uno que otro utensilio de arcilla y de metal confundidos con los cadáveres de sus dueños en las honduras de las fosas sepulcrales... Apenas si al concienzudo trabajo del historiador le es dado descifrar un recuerdo... De aquella decantada civilización, apenas si el arqueólogo puede desentrañar, arrancando a la podredumbre, unos cuantos objetos que conserven su figura original”. (Medina, 1882).

Analizando los resultados alcanzados por la arqueología durante el tiempo en que escribió su extraordinaria obra sobre los aborígenes de Chile, el historiador se pregunta si todos los ídolos producto de esos hallazgos, son de procedencia peruana; considera explicable que, por la duración y asentamiento de la conquista incásica en el Norte de Chile, sea allí donde estas figuras se encuentren más corrientemente. Culpa a las lluvias más frecuentes en las provincias centrales y al mayor desarrollo de la agricultura, del desaparecimiento más rápido de estos vestigios. Dice textualmente: “Sea como quiera, el hecho es que, salvo los objetos de cobre, los de plata y oro han debido conservarse igualmente bien en Copiapó, como en Santiago. ¿Cómo es pues, que los de esta clase faltan totalmente al sur de Coquimbo?

El ceño que los virreyes del Perú demostraron en desarraigar todo rastro de religión nativa entre los antiguos pobladores de ese reino, no parece haber tenido mayor trascendencia en Chile, lo que se explicaría también por la poca importancia que dicha religión debe haber alcanzado en este país.

A la llegada de los conquistadores a Chile, las prácticas religiosas de los Incas habrían, si no cesado completamente, por lo menos disminuído a consecuencia de la guerra civil entablada entre los sucesores del Inca Huayna Capac, sus hijos, Huáscar y Atahualpa, nietos de Topa Inca Yupanqui.

Se sabe que Huáscar durante aquella contienda se vio obligado a levan-

tar ejércitos en todas las provincias, a excepción de la parte norte del imperio que obedecía a su hermano. Sarmiento de Gamboa escribe que como consecuencia de esta guerra, Huáscar dividió su campo en tres partes, obteniendo de los naturales del Condesuyo, Charcas, Collasuyo, Chuys y Chile, la tercera parte de sus fuerzas. (Sarmiento, 1572).

En Chile, esta circunstancia debilitó al resto de las fuerzas del Inca ante los ataques de los araucanos, nueva dificultad que se tornó en otra razón más para abandonar el país y desamparar aquí su influencia. El capitán Miguel de Olaverria tuvo noticias por boca de indígenas viejos que encontró en su viaje a Chile, de una batalla ocurrida cerca del río Maule, donde los araucanos derrotaron a las fuerzas del Inca, las que, tanto por huir del vencedor, como por las noticias de la entrada de los españoles al Perú, se fueron hacia el otro lado de los Andes por el cajón del río Putagán.

El padre Diego de Rosales nos dice que a la llegada de Almagro a Chile, los indígenas peruanos de dotación en esta provincia, al comprobar que los Incas le habían dado la tierra a este capitán español, la fueron desamparando, encaminándose unos a su patria, y otros hacia los puelches de la otra banda de la cordillera y sólo quedó en Colina, Culacante Inca.

Significación de los hallazgos de El Plomo

En los distintos trabajos que forman parte de esta publicación, se comprueba fehacientemente el origen incásico de la momia de El Plomo, y su contexto ceremonial.

El padre Diego de Rosales refiere que en Colina, lugar situado al norte del Mapocho, en las inmediaciones de la región donde se fundó la ciudad de Santiago, había un templo dedicado al culto incásico, más propiamente un recinto techado, una especie de casa de los dioses, que fue quemada por los españoles.

Don José T. Medina describe y juzga como incásicos, una serie de pequeños ídolos de formas zoomorfas y antropomorfas hallados en distintas oportunidades en Chile, siempre en regiones ubicadas al norte de Coquimbo. Le sorprende que hallazgos similares no se hubieran realizado también más al sur, donde se sabía que también alcanzó la dominación incásica. El historiador Medina busca para este hecho diversas explicaciones, que citamos igualmente.

El antropólogo Ricardo E. Latcham, concede escasa importancia a dichos hallazgos los estima esporádicos y, en cierta manera, más bien fetiches personales, que elementos de un culto establecido.

Admitido sin discusión el origen incásico de los hallazgos de El Plomo, se infiere de ellos que la religión de los Incas se extendió y dejó vestigios también en Santiago, constituyendo, entonces, el eslabón cuya falta hacía notar José T. Medina.

Podemos afirmar que el hallazgo de El Plomo viene a ser la comprobación arqueológica de ritos sobre los que tanto escribieron los primeros cronistas del Perú. Las aseveraciones de las crónicas encuentran aquí una correspondencia arqueológica notable.

Asimismo, a falta de otros descubrimientos de esta naturaleza, el hallazgo de El Plomo es, hasta este momento, una comprobación, al margen de las crónicas, de que en Chile, igual que en otras localidades del imperio incásico, existía por lo menos un templo dentro de los poblados —como se desprende de la crónica de Cieza, recién recordada— y había, además, huacas en las cumbres nevadas, sobre todo en alguna, notable por su altura y situación respecto del valle habitado.

Al llegar a Santiago de Chile, inmediatamente llama la atención de los viajeros la magnificencia de El Plomo. Tal debe haber ocurrido con los Incas, a quienes no podemos atribuir entusiasmo por el paisaje, pero sí interés y veneración por los accidentes notables de la naturaleza que los rodeaba.

Aparte de la gran significación arqueológica del hallazgo, él tiene una enorme importancia científica, si se considera que el indiecito permaneció guar-

dado en su "sarcófago" de pircas, en las cumbres de El Plomo, por lo menos durante cuatrocientos años, en el más extraordinario estado de conservación, tanto de sus ropas, como de su propio físico. En este aspecto, el hallazgo posee también un carácter sensacional, pues no se trata propiamente de una momia, sino de un cadáver congelado encontrado a una altura que lo convierte en un descubrimiento arqueológico único en el mundo.

Por último, el descubrimiento arqueológico de El Plomo constituye algo así como un ejemplar típico del genio que animaba toda la tradición espiritual de las "culturas andinas", especialmente del Altiplano, la región de los Collas, donde mucho antes se encontrara el centro de la cultura Tiahuanaco.

El Plomo, con su magnificencia y enorme altura, su proximidad al valle del Mapocho, y su visibilidad desde los poblados, representaba el habitat ideal para el misticismo de un pueblo, cuya religión surgía principalmente del misterio ofrecido por la naturaleza árida, empinada y hostil que rodeaba sus valles regados.

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA, JOSE DE

1590 Historia Natural y Moral de las Indias. (Citado por Medina, 1882).

AMBROSSETTI, JUAN B.

1899 Notas de Arqueología Calchaquí.

ARRIAGA, JOSE DE

1621 Extirpación de la Idolatría en el Perú. Ed. H. Urteaga y C. A. Romero. Lima, 1920.

CIEZA DE LEON, PEDRO

1551 Parte Primera de la Crónica del Perú. Buenos Aires, 1943.

1553 Segunda Parte de la Crónica del Perú. Del Señorío de los Incas. Buenos Aires, 1945.

COBO, BERNABE

1653 Historia del Nuevo Mundo. Sevilla, 1890.

DARWIN, CARLOS

1839 Viaje de un Naturalista Alrededor del Mundo.

GUAMAN POMA DE AYALA, FELIPE

1513 Nueva Crónica y Buen Gobierno. Ed. del Institut d'Ethnologie de l'Université de Paris, 1936.

GUEVARA, TOMAS

1929 Chile Prehispánico.

LA BARRA, WESTON

1946 The Uru Chipaya. Handbook of South American Indians. Vol. 2.

LATCHAM, RICARDO E.

1924 La Organización Social y las Creencias de los Antiguos Araucanos. Publ. Museo de Etnol. y Antrop. de Chile. T. III, N.º 2-4.

1929 Creencias de los Antiguos Peruanos.

- MALSCH, ALBERTO
1907 El Ultimo Rincón del Mundo. Santiago de Chile. Ed. Ponce Hnos.
- MARIÑO DE LOVERA, PEDRO
1549 Crónica del Reyno de Chile. Col. de Hist. de Chile. T. VI.
- MEDINA, JOSE T.
1882 Los Aborígenes de Chile. Ed. Fondo Hist. y Bibliograf. J. T. Medina, 1952.
- MOLINA, CRISTOBAL DE
1570 Relación de las Fábulas y Ritos de los Indios. Col. Doc. Hist. del Perú. T. I. Lima, 1916.
- MURUA, MARTIN DE
1590 Historia del Origen y Genealogía de los Reyes Incas del Perú. Madrid, 1946.
- CLAVERRIA, MIGUEL DE
Informe. Publicado por Gay, en Documentos.
- PEREZ GARCIA, JOSE
1810 Historia de Chile. Col. de Hist. de Chile. T. 22-23.
- PHILIPPI, RODULFO
1951 Las Aves de Chile. T. II, 1951.
- PIZARRO, PEDRO
1571 Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú. Buenos Aires, 1944.
- POLO DE ONDEGARDO, JUAN
1561 Tratado sobre los Errores y Supersticiones de los Indios. Revista Histórica. T. I. pp. 207-231. Lima 1906.
- POSNANSKY, ARTHUR
1945 Tihuanacu, Cradle of American Man. New York. 1945.
- ROSALES, DIEGO DE
1674 Historia General de Chile.
- ROWE, JOHN H.
1946 Inca Culture. Handbook of South American Indians. Vol. 2.
- SARMIENTO GAMBOA, PEDRO
1572 Historia Indica. Buenos Aires, 1947 (Historia de los Incas).
- SCHMIDT, MAX
1929 Kunst und Kultur von Peru. Berlin, 1929.
- TSCHOPIK, Jr. HARRY.
1946 The Aymara. Handbook of South American Indians. Vol. 2.



Fig. 1. — Fotografía aérea del Cerro El Plomo. (Ver pág. 43).



Fig. 2. — Foto superior: estatuilla tallada en concha marina, descubierta en El Plomo, en 1922. (Ver pág. 46). Foto inferior: la Pirca de los Indios, en 1931. (Foto Sebastián Krückel). (Ver. pág. 46).

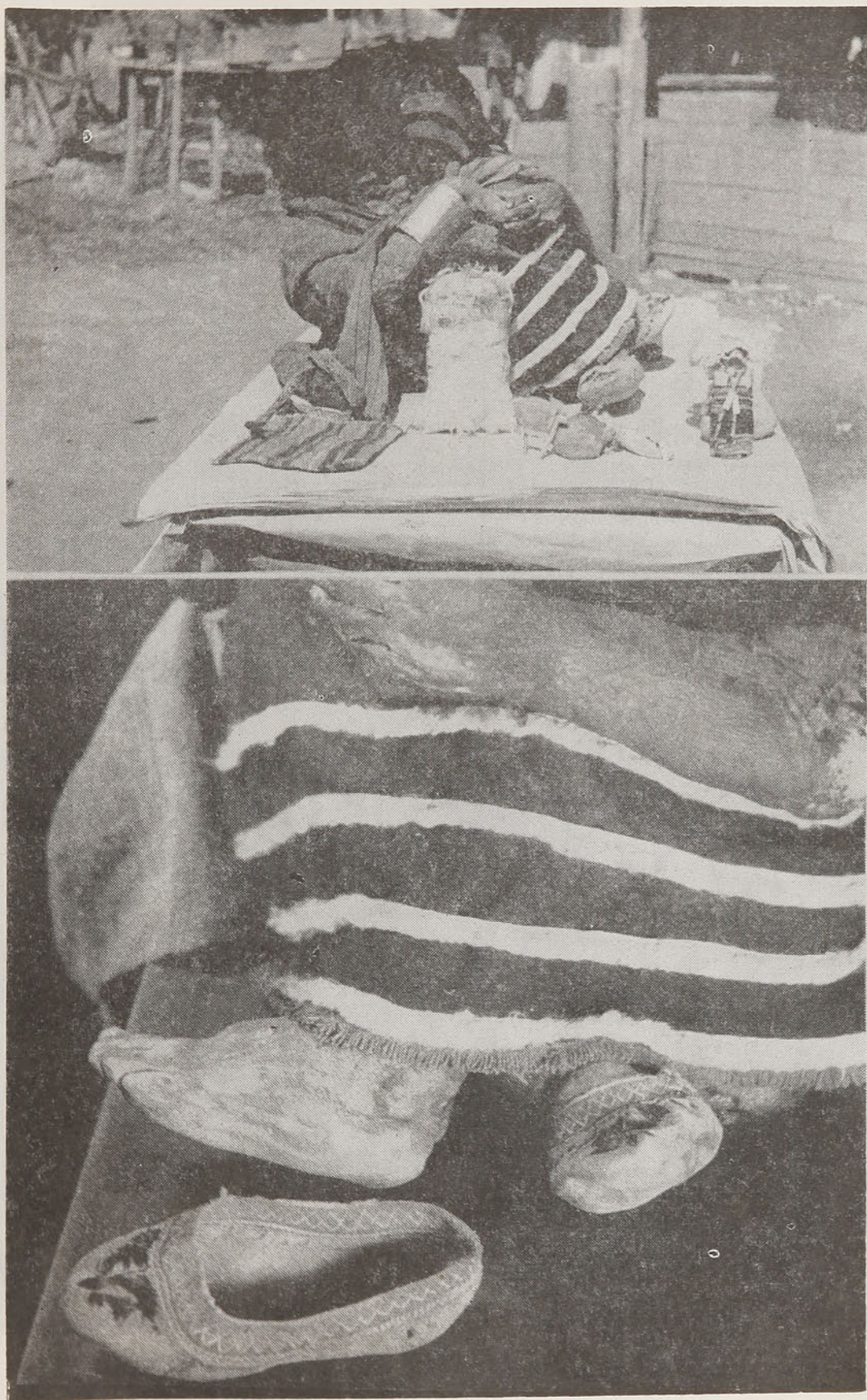


Fig. 3. — Foto superior: el cadáver de El Plomo y su ajuar. Primera fotografía. (Tomada en Puente Alto por el señor Jorge Kaltwasser). (Ver págs. 48 y 49). Foto inferior: el cadáver de El Plomo. Los mocasines y la orla de flecos de la túnica. (Ver pág. 51).

QVARTA SEIÑORA MALCOGVRMITIM TAMA



mallan

EL NOVENO INCA PACHACVTINGA



pacha

FIESTA DE LOS CONDESUVIOS AMILLAZAINATA



Ayayn clapa

Ayayn

Ayayn

ENTIERO DE COLLASUVIOS



Fig. 4. — Guamán Poma de Ayala. 1) Dama del Condesuyo. 2) El Inca Pachacutec. 3) Súbditos del Condesuyo. 4) Súbditos del Collasuyo. (Ver pág. 52).



Fig 5. — Guamán Poma de Ayala. 1) Fiesta de los Collasuyos. 2) Súbditos del Collasuyo, ofrendando a la huaca de un Cerro. 3) Un capitán Inca del territorio Colla. 4) Hechicero del Collasuyo. (Ver pág. 52)

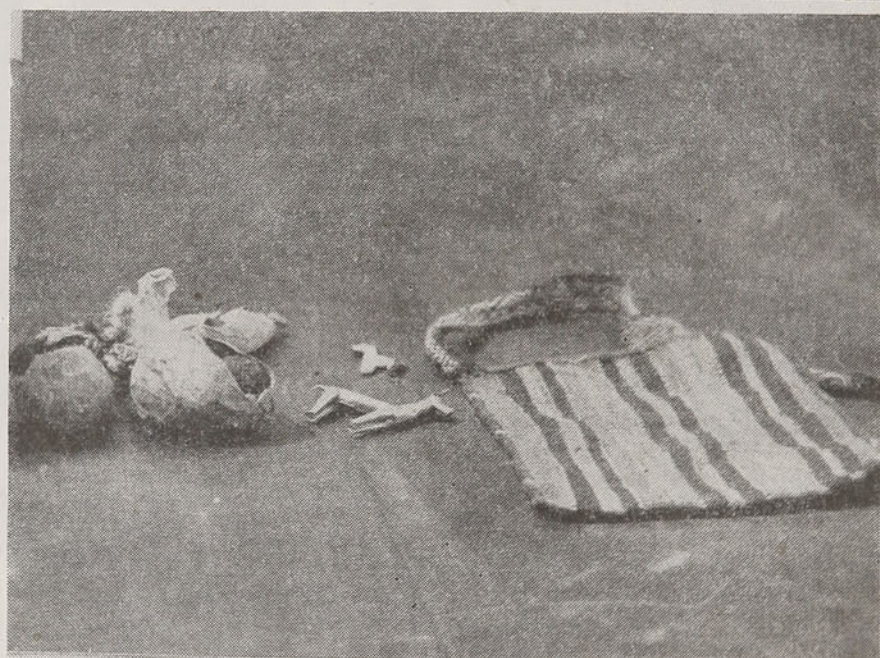
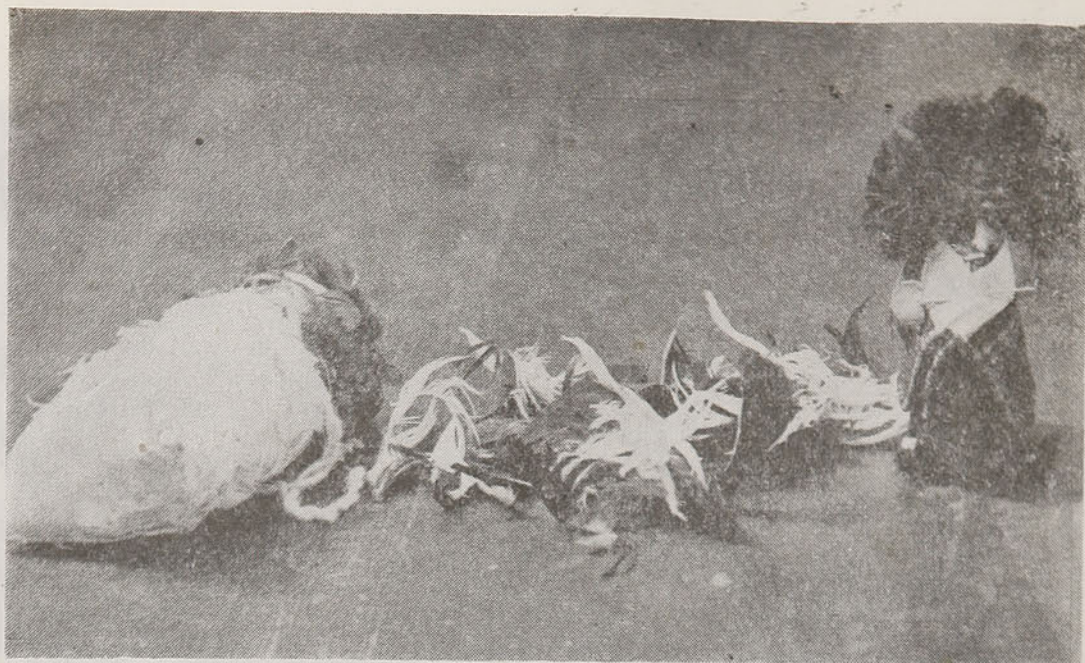


Fig. 6. — Elementos del ajuar. 1) Bolsa de plumas. 2) Cintillo de plumas. 3) Idolo de plata. 4) Bolsitas que contenian pelos y uñas. 5) Figuritas de llamas. 6) Bolsa tejida. Foto inferior: Objeto encontrado en tumbas de Ica, Perú: Mocasin.



Fig. 7. — Estatuillas encontradas en tumbas de la costa peruana. (Ver pág. 55).



Fig. 8. — Mujer Uro Chipaya actual. (Handbook of S. A. Indians). (Ver pág. 50).

INFORME SOBRE CONSTRUCCIONES EN LA CUMBRE DEL CERRO EL PLOMO (5.430 m.) Y SUS ALREDEDORES

Francisco Reyes C., profesor de la Facultad
de Arquitectura e Investigador del Centro
de Estudios Antropológicos.

Ubicación y relaciones:

El cerro El Plomo se encuentra situado al nor-orienté de la ciudad de Santiago. Su cumbre falsa es fácilmente visible desde cualquier lugar del valle, especialmente el planchón del ventisquero que cae en dirección surponiente hacia la ciudad. Es el cerro más alto de la zona cordillerana que cierra el valle por el orienté.

Distintos caminos conducen a esta cumbre siguiendo el curso de las quebradas o atravesando diferentes cordones de cerros. El seguido por nuestra expedición, es el más frecuentado en la actualidad por andinistas o personas que se dedican al deporte del ski.

Nuestro grupo, integrado por miembros del Centro de Estudios Antropológicos y andinistas del Club Andino de Chile, partió en camión desde Santiago, rumbo a Farellones, primera etapa de nuestro viaje. En este lugar, distante de Santiago, unos sesenta y cinco kilómetros, se contrataron las mulas necesarias para continuar nuestro camino. (Ver Plano 1).

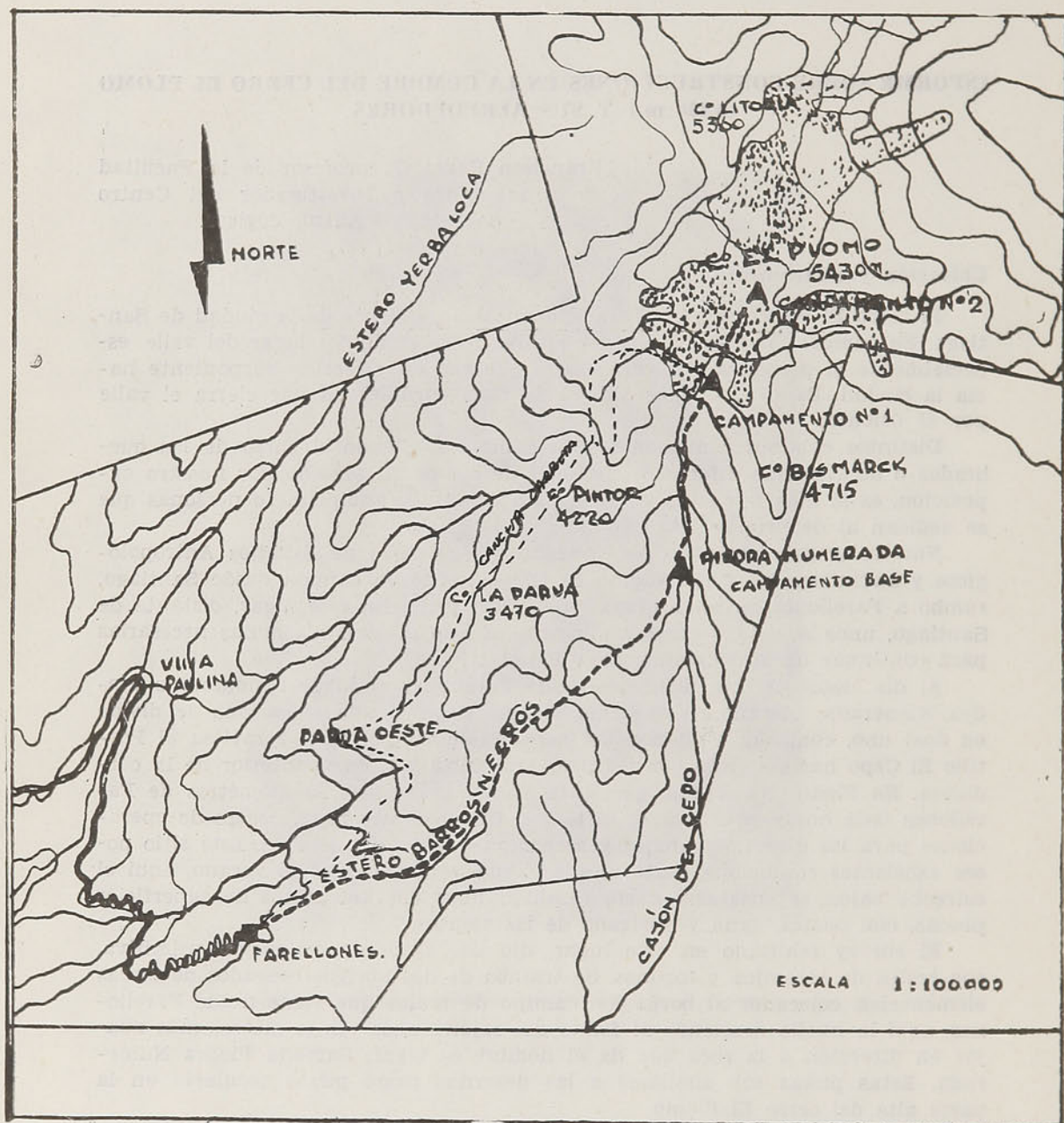
Al día siguiente, nos dirigimos desde Farellones al lugar denominado Piedra Numerada, ubicado en el cajón del río Cepo, donde el camino se divide en dos: uno, continúa a la base del cerro El Plomo; el otro, atraviesa el Portillo El Cepo hacia el valle del Olivares (río Olivares), en el interior de la cordillera. En Piedra Numerada, que dista aproximadamente 25 kilómetros de Farellones (seis horas en mula) se instaló el Campamento Base, centro de operaciones para los diversos trabajos y ascensiones que se realizaron. Este sitio posee excelentes condiciones naturales de agua y pastoreo en el verano, aquí el estrecho cajón se ensancha hasta alcanzar unos dos kilómetros de superficies planas, con pastos, agua y abrigado de los vientos.

El survey realizado en este lugar, dio dos sitios de ocupación primitiva, con restos de cerámica y fogones. Se trataba de dos abrigos rodeados de pircas elementales, colocados al borde del camino de mulas que viene desde Farellones, aquí la huella desciende al fondo del cajón (unos veinte metros más abajo) en dirección a la roca que da el nombre al lugar, llamada Piedra Numerada. Estas pircas son similares a las descritas como pircas seculares en la parte alta del cerro El Plomo.

Un grupo de andinistas, continuó al día siguiente hasta la base del cerro El Plomo para instalar allí el Campamento N.º 1. La altura a que se encontraba este campamento era de 4.250 metros y separado del Campamento Base por unas cuatro a cinco horas en mula.

Posteriormente, desde el Campamento N.º 1 se ascendió a instalar un Campamento en la parte alta, próximo a la cumbre, a una altura de 5.250 mts., en un sitio denominado Pirca de Indios. Este Campamento N.º 2, serviría para que el grupo posterior compuesto por miembros del Centro, realizara las investigaciones de la cumbre.

PLANO N.º 1



MAPA GENERAL DE LA ZONA DE UBICACION DEL CERRO EL PLOMO

Sitios y lugares principales recorridos por la Expedición de la Universidad de Chile. Ruta y diversos campamentos.

Todo este camino seguido, es un antiguo sendero, hoy frecuentado por andinistas, cateadores y viajeros y que, según pudimos constatar más tarde, lo fue en otro tiempo por los primitivos ocupantes de estas regiones. (Ver Plano 1).

Además, de esta ruta, existen diferentes caminos para llegar a la cumbre, los cuales son utilizados en la actualidad y posiblemente lo fueron también en el pasado. Desde lo alto se pueden contemplar estos accesos: uno, desde el valle del Olivar, siguiendo el Ventisquero Esmeralda; otro, por detrás del cerro Pintor, hacia la Parva, llegando a la base del cerro Leoneras y que se une a nuestro camino en el sitio denominado Campamento N.º 1 en la base del cerro El Plomo.

Nuestro viaje no ofreció mayores dificultades naturales, aparte del clima, por lo cual, en verano se puede efectuar fácilmente. El último tramo, que es la ascensión a la cumbre, o sea, el que une los Campamentos N.ºs 1 y 2, marcados en el plano general, demanda un esfuerzo violento y son necesarias unas seis horas para recorrer sus ocho kilómetros.

En las condiciones en que se realizó la expedición, el primer grupo demoró dos días y medio en llegar a la cumbre, utilizando para esto, camiones, mulas y realizando la última etapa a pie. Si este viaje se hubiera efectuado a pie desde el valle de Santiago a la cumbre del Cerro El Plomo, se habrían empleado de siete a ocho días en la jornada, considerando que el equipo medio que debe llevar un hombre en ropas y alimentos pesa alrededor de treinta kilos.

En el Plano General N.º 1 aparece marcado el itinerario de nuestro viaje y los diversos campamentos levantados.

CONSTRUCCIONES DE LA CUMBRE: (5.290 mts. y 5.380 mts.)

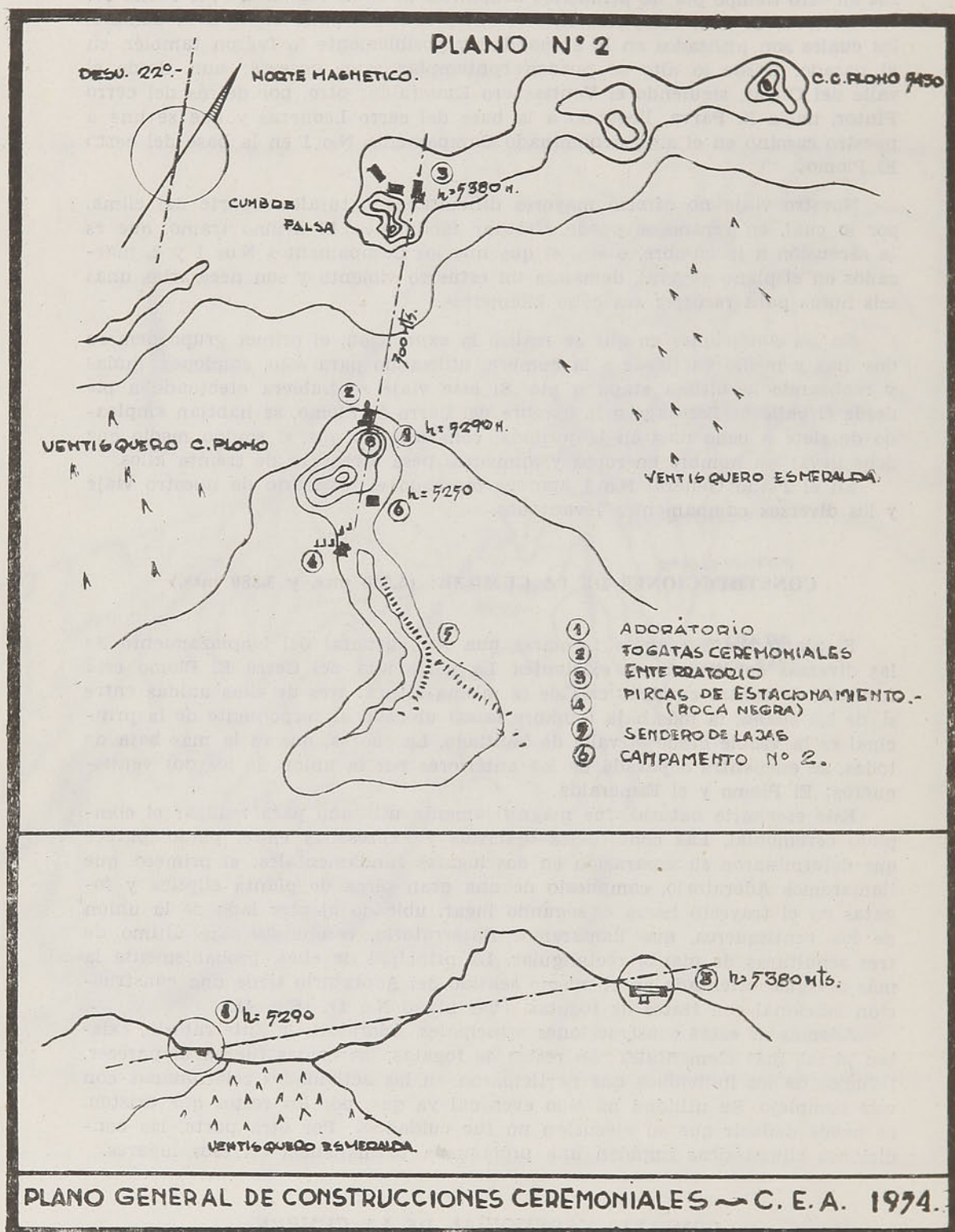
El plano N.º 2 permite formarse una idea general del emplazamiento de las diversas construcciones existentes. La parte alta del Cerro El Plomo está formada de cuatro cumbres casi de la misma altura: tres de ellas unidas entre sí, de las cuales, la más baja (cumbre falsa) ubicada al surponiente de la principal es la visible desde el valle de Santiago. La cuarta, que es la más baja de todas, se encuentra separada de las anteriores por la unión de los dos ventisqueros: El Plomo y el Esmeralda.

Este escenario natural, fue magníficamente utilizado para realizar el complejo ceremonial. Las condiciones descritas y expresadas en el plano, parece que determinaron su separación en dos lugares fundamentales: el primero, que llamaremos Adoratorio, compuesto de una gran pirca de planta elíptica y fogatas en el trayecto hacia el segundo lugar, ubicado al otro lado de la unión de los ventisqueros, que llamaremos Enterratorio, compuesto este último de tres sepulturas de planta rectangular. La principal de ellas, probablemente la más antigua, orientada en el mismo sentido del Adoratorio tiene una construcción adicional con restos de fogatas. (Ver plano N.º 4). (Fig. 4).

Además de estas construcciones principales, Adoratorio y Enterratorio, existen pircas más elementales con restos de fogatas, las cuales fueron al parecer, refugios de los individuos que participaron en las actividades relacionadas con este complejo. Su utilidad ha sido eventual ya que, por los restos que existen, se puede deducir que su ejecución no fue cuidadosa. Por otra parte, las condiciones climáticas impiden una prolongada permanencia en esos lugares.

COMPLEJO CEREMONIAL DE LA CUMBRE

Los diversos rasgos que componen este complejo, la momia y su ornamentación, la cerámica, la técnica empleada en las construcciones y las características de cada una de ellas, aparecen descritos en cada uno de los trabajos



PLANO DEL CONJUNTO DE LAS CONSTRUCCIONES EXISTENTES EN LA CUMBRE DEL CERRO EL PLOMO. — Esquema de conjunto que permite establecer algunas conclusiones de funcionamiento del Complejo Ceremonial de la Cumbre, Adoratorio, Enterratorio y Pircas Seculares.

que incluye la presente publicación. De este modo, ha sido posible, mediante una labor de equipo, reconstruir en sus distintos aspectos este complejo cultural, descrito en general, como Adoratorio de la Cumbre del Cerro El Plomo.

Antes de describir en particular cada una de las construcciones existentes, El Adoratorio, El Enterratorio y Las Pircas Seculares, es indispensable hacer algunas consideraciones respecto a la forma de ocupación espacial del terreno disponible y la manera cómo se resolvió este complejo, ajustándose a las condiciones existentes. En otros términos, pretenderemos una explicación del desarrollo funcional de las construcciones en relación con la posible ceremonia.

Los Incas, al ocupar estas regiones, destinaron, de acuerdo con sus costumbres, el sitio más alto que dominaba el valle de Santiago para realizar su complejo ceremonial. (Revisar estudio de cronistas). El estudio comparativo de la cerámica, los tejidos y las descripciones de los cronistas, determinaron cada uno de estos rasgos como típicamente incásicos. Sin embargo, para confrontar las construcciones y su técnica, como también su distribución en el terreno, no se ha encontrado algo similar.

A pesar de tratarse de una realización dirigida y utilizada por los Incas, éstos tuvieron que resolver de acuerdo a la técnica local de la mano de obra y del material existente. No había en estos lugares talladores de piedra o eficientes albañiles.

No se había desarrollado aún en las culturas locales, la Arquitectura en un grado que necesitara operarios especializados, este fenómeno afecta prácticamente, además de otros problemas, el desenvolvimiento de nuestra arquitectura, tanto en el período colonial como posteriormente.

En cuanto al emplazamiento de cada una de las construcciones (Plano N.º 2), este parece determinado por las características del terreno utilizadas de modo que el desarrollo de la ceremonia tuviera una mayor elocuencia.

La división de las actividades es posible que se realizara de la siguiente manera: para ir a esos lugares era necesario un largo viaje, con albergues o estacionamientos en su trayectoria. Al llegar a la cima (sitios con restos cerámicos) descrita con sus cuatro cumbres, el camino consistía en piedras lajas ordenadas en forma de escalones rudimentarios, que facilitaban y dirigían su acceso final a este lado de la unión de ambos vestisqueros hacia el Adoratorio. Desde este lugar, es posible ver la extensión del valle de Santiago y gran parte del camino recorrido. En este sitio y protegido de los vientos, se encuentran las Pircas Seculares o posible campamento.

El Adoratorio es la construcción más importante, por su tamaño y la cuidadosa ejecución de sus pircas; en él es probable que se ejecutara todo el aspectos ritual de estas ceremonias y luego, en procesión, se llevara al sacrificado, atravesando el hielo, hacia el Enterratorio. Allí, en una pirca rectangular de aspectos más primitivo, en el centro de la cual se había excavado un hoyo circular, se depositaba el sacrificio y luego se cubría con una laja de piedra. El resto de la pirca, que sobresalía unos ochenta centímetros del nivel del suelo, se rellenaba con cascajo fino y piedras pequeñas, colocando sucesivamente ofrendas e imágenes.

Parecer ser que la pirca accesoria a la sepultura estimada más antigua y con restos de fogatas, hubiera tenido un papel importante en la última etapa de estas actividades, tal vez, en relación con las fogatas al otro lado del hielo junto al Adoratorio.

Para el tiempo aproximado que se estima duró la dominación incásica en esta zona (más o menos 70 años) el número de sepulturas, que no contenían más de un sacrificio, permite deducir que esta costumbre se realizaba en ocasiones especiales y que el resto del tiempo era un lugar de culto.

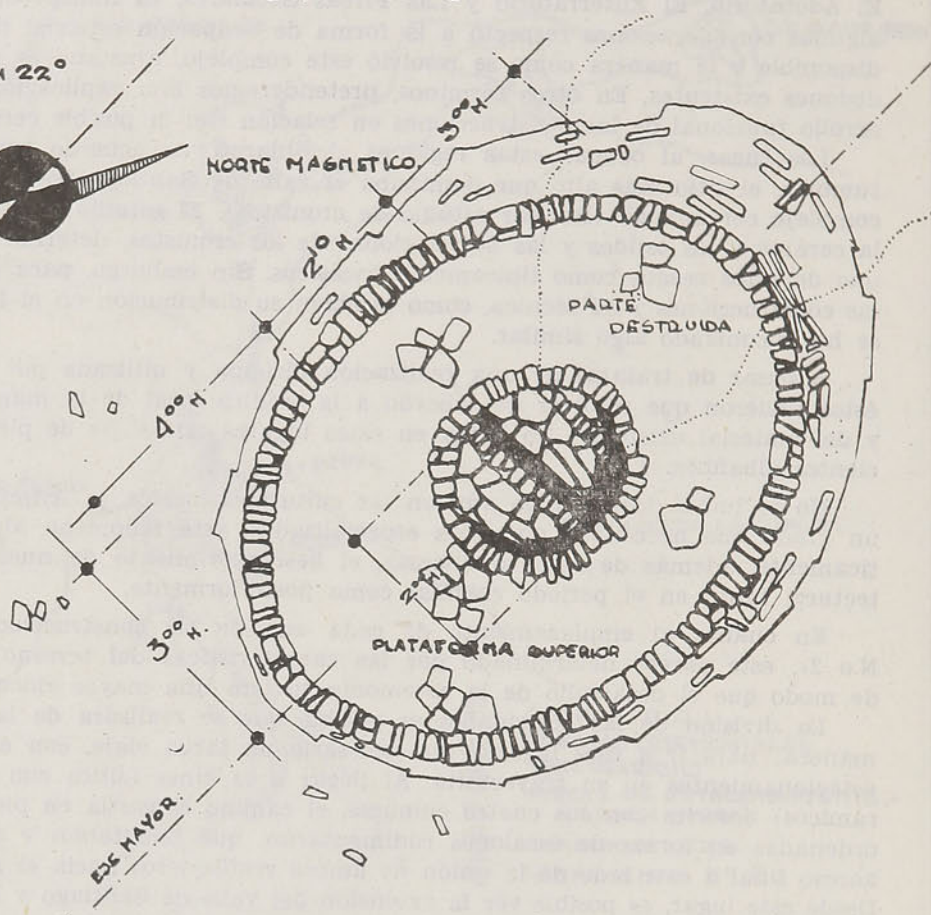
Describiremos ahora en detalle, cada uno de las construcciones de las cuales, aunque en forma imprecisa, se ha tratado de explicar su función dentro del total de las ceremonias. Nos preocuparemos en especial de su técnica constructiva y de su forma, para lo cual se incluyen planos y cortes, además de fotografías tomadas en la expedición.

PLANO N° 3

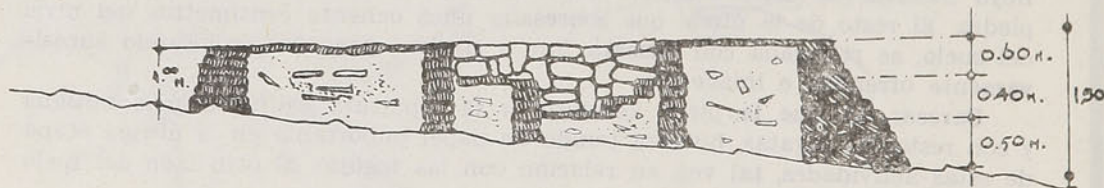
DESVIACION 22°



NORTE MAGNETICO



CORTE ESQUEMATICO.- EJE MAYOR.



ADORATORIO (ALTURA 5290 M.)

C.E.A. 1954.-

La construcción más importante del Complejo Ceremonial del Cerro El Plomo. El Adoratorio en planta y en corte permite desarrollar algunas funciones ceremoniales explicadas en el texto.

EL ADORATORIO

En el faldeo de la cumbre 1 y orientado hacia la cumbre 2, donde está el Enterratorio, se encuentra situado el Adoratorio. Se trata de una construcción plana de base elíptica, cuyo eje mayor mide aproximadamente 9,5 mts. y el menor 6 mts. Es una plataforma, en cuya parte central se ha dejado un vacío, al cual se descendía por escalones y en el cual existe una especie de asiento o altar. La altura promedio de esta plataforma alcanza más o menos 1.20 mts. dado que se encuentra sobre un terreno en desnivel. (Ver Plano 3).

El asiento o altar ubicado en el centro, se encontraba en perfectas condiciones, realizado con la técnica general de pircas y cubierta de piedras lajas. De los escalones, existían dos que fueron removidos por nosotros en busca de mayores antecedentes. En este lugar, la plataforma está destruida, formando por el talud natural del material de piedra una especie de rampa hacia el enterratorio.

El señor Temperley, en 1911, examinó esta construcción y encontró que "la muralla sur tenía la altura de un hombre y el lado norte tenía una abertura como si fuera una entrada".

Por el estado de conservación en que se encuentra en la actualidad esta construcción, no parece posible que su altura haya sido mayor que la expresada en los planos. En cuanto a la posible entrada, la explicación podría ser la siguiente: para las funciones que debían realizarse en el interior de la pirca, cuyo tamaño es aproximadamente de dos metros por dos metros cincuenta, no era necesario un número crecido de personas; además, por los restos de los escalones y la forma en que se ha destruido esta parte de la plataforma se puede deducir que desde ella se descendía al altar. También para dirigirse al Enterratorio se descendía por medio de escalones ya que el desarrollo de una posible rampa habría dejado claros vestigios de sus muros de contención.

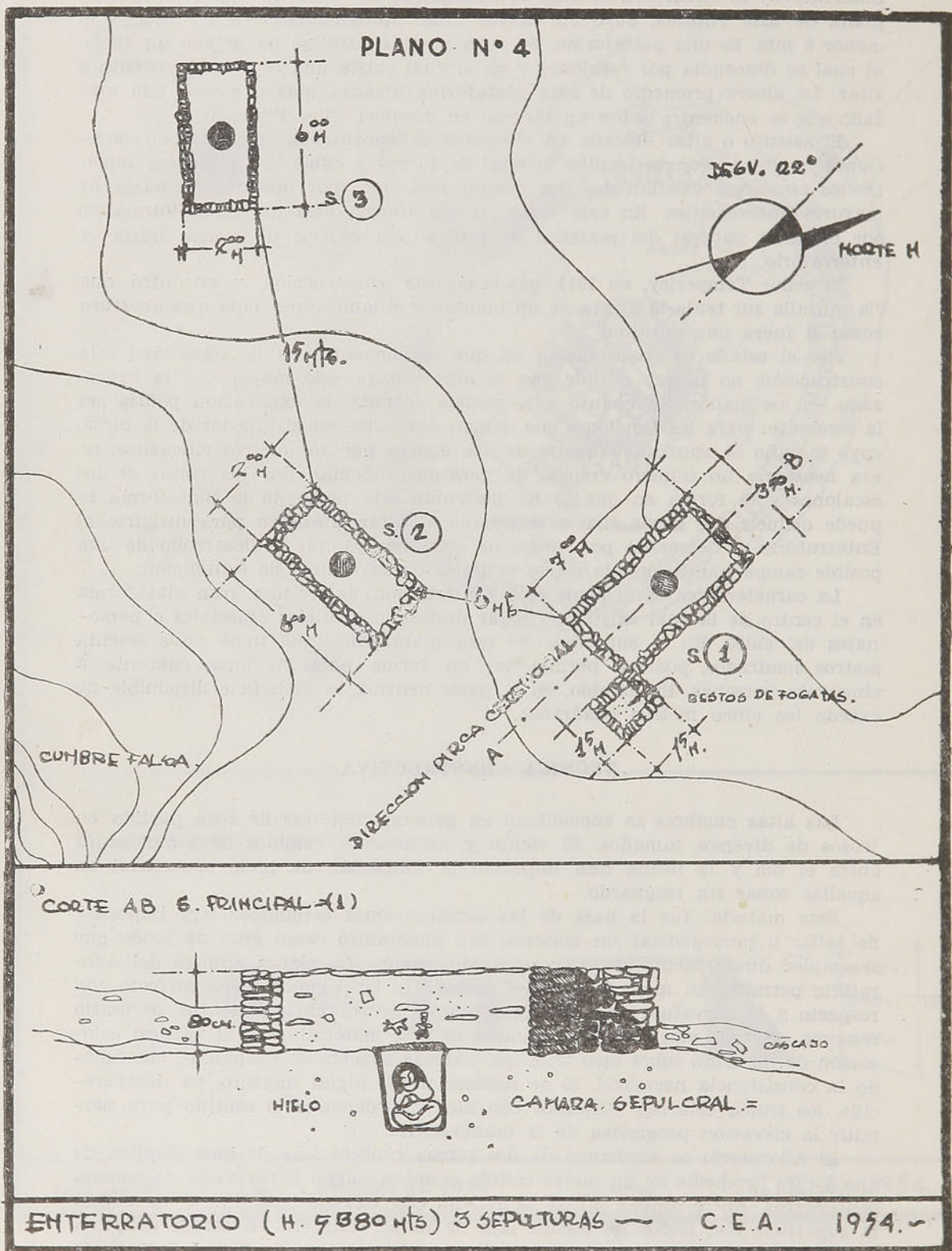
La característica esencial de esta construcción, es ser una gran plataforma en el centro de la cual existía un lugar destinado a oficios especiales o personajes del culto. En la superficie de esta plataforma, que tiene unos sesenta metros cuadrados, podrían permanecer en forma holgada, unas cuarenta a cincuenta personas. En cambio, en la parte central, la superficie disponible no excede los cinco metros cuadrados.

TECNICA CONSTRUCTIVA

Las altas cumbres se encuentran en general cubiertas de roca partida en trozos de diversos tamaños. El viento y los bruscos cambios de temperatura entre el día y la noche han impedido la formación de hielo superficial en aquellas zonas sin resguardo.

Este material fue la base de las construcciones estudiadas, era imposible de tallar u homogenizar un material tan quebradizo como éste, de modo que se empleó directamente sin mayor transformación. La planta elíptica del Adoratorio permitía un mejor ajuste del material y en algunos casos perfecto con respecto a la curvatura y talud de los muros de contención. No fue necesario ninguna clase de mortero para la unión de este material, sino la natural colocación de un trozo sobre otro tejió las diversas superficies y ángulos, obteniendo la consistencia necesaria. Si se hubiese usado algún mortero, ya desaparecido, los trozos estarían colocados con alguna ordenación o sentido para permitir la elevación progresiva de la mampostería.

El Adoratorio se construyó de dos pircas concéntricas de base elíptica de una altura promedio de un metro treinta y de un ancho aproximado de sesenta centímetros. Entre ambas pircas se relleno con cascajo más fino y se cubrió la superficie con trozos de piedra laja de mayor tamaño, en forma de pavimento. Esta técnica de la pirca, el relleno y la cubierta de piedra laja, es la característica general de las construcciones de la cumbre, realizada en el caso del Adoratorio con esmero y preocupación.



Sepulturas correspondientes al Conjunto llamado Enterratorio, una de las cuales contenia el cadáver.

FOGATAS Y CERAMICA

El cascajo y piedra que cubre las altas cumbres, no tiene nunca gran profundidad (más o menos cuarenta centímetros); bajo esta capa comienza la formación de hielo permanente, hasta llegar a la roca.

Nos llamó la atención que en ciertos lugares de esta superficie, en el camino o en dirección hacia el Enterratorio se veían manchas o formaciones superficiales como de sales que se destacaban fácilmente a simple vista. Examinándolas con mayor detención y removiendo el cascajo comenzaron a aparecer restos de fogatas y luego con mayor cuidado los trozos de cerámica, algunos huesos y excrementos de animales.

El espacio examinado fue aproximadamente de unos cuatro a cinco metros cuadrados y en él se recolectó toda la cerámica que se estudia en otro capítulo. Existían solamente trozos de los cuales en gran proporción eran pintados y el resto de diversas calidades. (80 trozos fueron extraídos). La descripción y análisis de estos fragmentos la hace Figueroa, en pág. de esta publicación).

Estas fogatas se encontraban solamente en el trayecto hacia el Enterratorio y no observamos en otros lugares la típica formación de manchas antes descrita.

PIRCAS SECULARES

Próximo al Campamento N.º 2, en el sitio denominado Roca Negra, están marcadas la ubicación de unas pircas, tres en el faldeo del cerro y dos en el plano próximas al campamento.

Están totalmente destruidas, poco queda de sus paramentos y en el piso revuelto con el hielo y las piedras lajas, aparecen restos de fogatas. Su construcción ha sido sin duda mucho menos cuidadosa y su utilización como albergue muy temporal.

En cada una de estas pircas no podrían haber pernoctado más de cinco o seis personas.

EL ENTERRATORIO

(La descripción de este grupo de sepulturas, son tres, se ha realizado de acuerdo con los antecedentes recogidos por el señor Krah, andinista que llegó hasta ella; luego se estimó que dado el mal tiempo no era necesario atravesar el vestisquero por estar recogidos los datos).

El camino de las fogatas conduce desde el Adoratorio a la ribera del ventisquero, su ancho en este lugar es actualmente de unos cincuenta metros, se puede atravesar con facilidad a pesar de tratarse de hielo. El sendero sobre él es horizontal y sin peligros de deslizamiento.

Enfrentando el Adoratorio se encuentra la cumbre falsa, cuyo lomaje comienza al otro lado del hielo, su altura se diferencia de la cumbre 1 en unos ochenta metros y están separadas más o menos trescientos metros. Hacia el norponiente de ella, más abajo de la cima, están ubicadas las construcciones que componen el conjunto del Enterratorio. (Ver Planos 4 y 2).

El sendero se dirige bordeando la cima hacia el grupo de pircas, la primera que aparece es la mayor de ellas, numerada en el plano N.º 4 con el número 1, sus características principales la diferencian de las otras dos en cuanto a tamaño, orientación y la construcción accesoria de una pirca menor destinada a fogatas.

Las condiciones técnicas que se utilizaron en su construcción son similares a las antes descritas, mucho menos cuidadosa o bien destruidas por los andinistas y personas que saquearon las tumbas anteriormente. En el corte incluido en el plano, se puede apreciar la disposición de sus muros, su tamaño y la forma en que estaba ubicada la cámara que contenía la momia.

Nota: Este trabajo se completó en junio de 1954 y entregado para su publicación en agosto de 1954.

CERAMICA DE LOS SITIOS ARQUEOLOGICOS "PIEDRA NUMERADA" Y "CERRO EL PLOMO"

Por GONZALO FIGUEROA G. H.

Introducción.—

La cerámica estudiada en esta parte, que integra las colecciones del Centro de Estudios Antropológicos, fue recogida por la expedición (U. Ch. 4) que en Abril de 1954 ascendió el cerro El Plomo, con el fin de determinar el contexto de la momia incaica descubierta ese Verano. F. Reyes, miembro de esa expedición, describe en la presente publicación (pp. 64-72) los sitios y condiciones en que se realizó su hallazgo. El número total de fragmentos es de 158; 62 provienen de Piedra Numerada, sitio en que se encuentran pircas indígenas de refugio y donde se instaló el campamento base de la expedición. Los 96 fragmentos restantes fueron recogidos cerca de la cumbre del cerro El Plomo, en las proximidades de la construcción interpretada como un adoratorio.

Abarcamos en este trabajo, en una serie, los tipos provenientes de estos dos sitios arqueológicos, por tratarse, en ambos casos de manifestaciones culturales claramente incaicas. Además, del relato de Reyes se desprende la estrecha relación existente entre estos sitios, que forman parte de un mismo complejo. La clasificación y descripción de esta cerámica ha sido dificultosa, ya que ella se encuentra reducida a fragmentos muy pequeños, que por estar muy erosionados o desintegrados, sólo exhiben en pequeña parte sus superficies originales. Los tipos presentados más adelante, dada la escasez de la muestra, sólo constituyen un intento de organizar y describir el material de manera que el mayor número de rasgos de posible valor diagnóstico quede señalado.

Características Generales.—

La cocción es pareja en todos los casos (salvo en el de los fragmentos agrupados bajo el título de "Plomo engobe rojo", en que es dispareja) y da a la pasta, en general, un color gris, gris cafésoso, o café. No obstante, en casi todos los tipos aparecen escasos fragmentos de pasta color ladrillo que pertenecen muchas veces a piezas que en sus demás fragmentos muestran color gris o gris cafésoso. Es claro que no nos encontramos ante el producto de una técnica diferente de cocción, sino que estos fragmentos han pertenecido a una zona del cerámico que durante la cocción, por circunstancias especiales, ha permanecido en una atmósfera oxidante.

Sobre el tamaño de las piezas originales cabe decir, que fuera de la olla, cuyos fragmentos se recogieron en Piedra Numerada, todas las demás piezas, hasta donde ha sido posible determinarlo, son muy pequeñas. Al poseer fragmentos de borde suficientemente grandes, hemos determinado aproximadamente los diámetros de los platos. Con los aríbalos (*), según los casos, hemos hecho

(*) Emplearemos aquí esta denominación griega que —aceptada o no en su aplicación al típico vaso ápodo incaico— sugiere siempre su correlato objetivo.

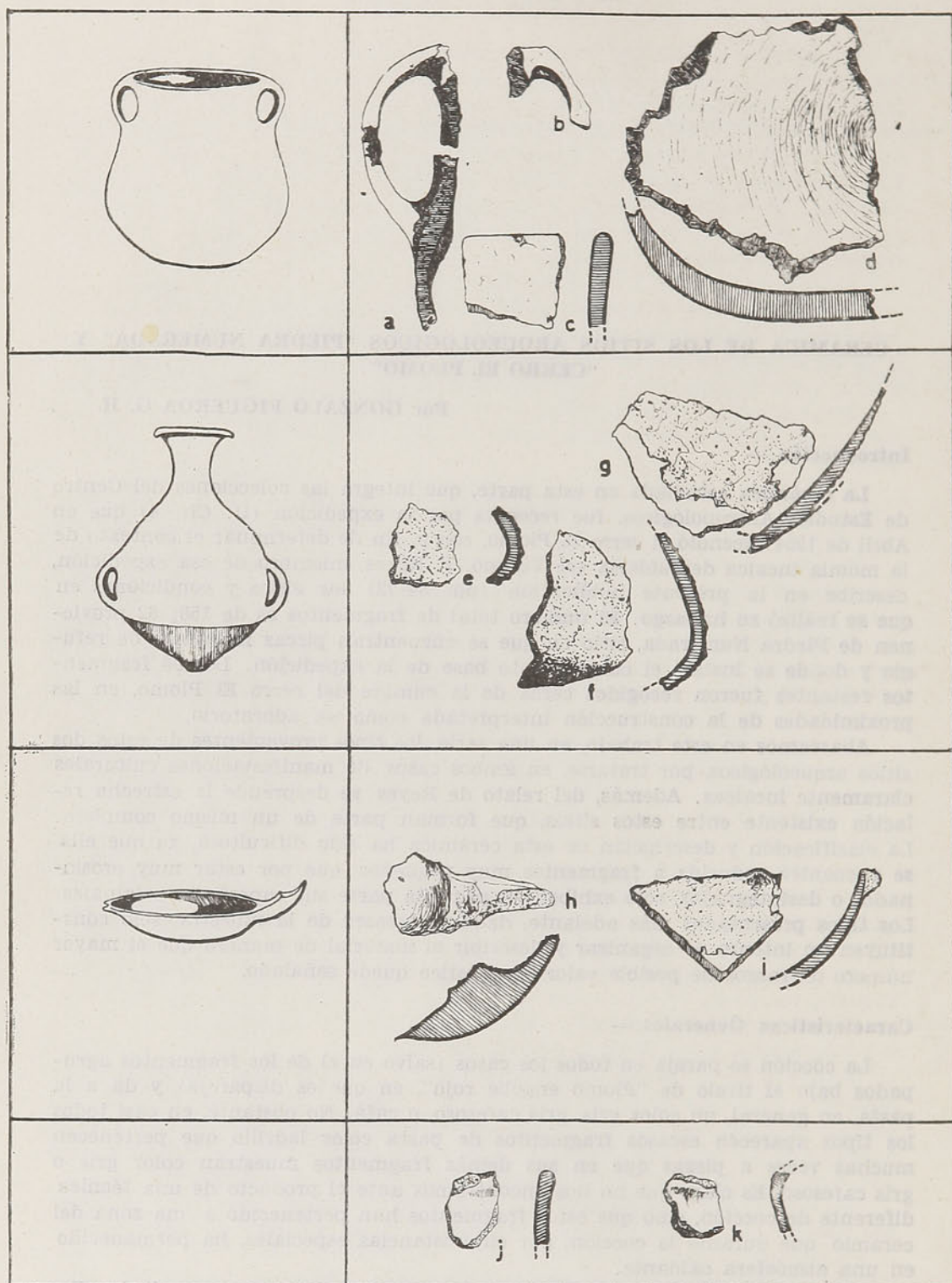


Fig. I. — Fragmentos y formas a que se atribuyen. e-i provienen del cerro El Plomo, restantes, de Piedra Numerada. a-i, Plomo corriente. j, k, Plomo engobe rojo. Fragmentos a 1/2 tamaño natural. En los perfiles el interior de los recipientes está hacia la izquierda o arriba.

otro tanto. Cuando no ha sido posible dar las dimensiones aproximadas de las piezas, hemos evitado agregar en las descripciones "tamaño pequeño" o "miniatura", lo cual debe subentenderse.

PIEDRA NUMERADA

En la cerámica de esta proveniencia hemos distinguido dos tipos:

1) **Plomo corriente.**— Pasta: algo porosa, de color gris (4 li, beaver) (*). Desgrasante: formado por partículas de piedra y arena de tamaño muy disparo (desde 6 mm. de diámetro hasta casi imperceptibles). Tratamiento superficial. Exterior: pulido mediano sobre superficie algo irregular. Esta cara presenta, en su mayor parte, el color gris de la pasta, y en zonas impregnadas de humo, un color negro brillante. Interior: superficie uniforme y lisa de color gris. Total fragmentos: 45. En este número se incluyen 6 fragmentos de borde, dos de los cuales (a, b) abarcan asas, y un fragmento con parte de una base (d) (véase Fig. I). Formas: los 45 fragmentos pertenecen a una olla de cuerpo globular con base ligeramente aplanada y dos asas planas que unen borde a cuerpo. Diámetro aproximado de la boca: 125 mm. El espesor de la cerámica es, en la base, 8 mm., y en el cuello, 4 mm.

2) **Plomo engobe rojo.**— Cocción dispareja. Pasta: muy compacta, de color ladrillo en la superficie y gris al centro. Desgrasante: muy escaso, formado de partículas grandes de calidad variada. Tratamiento superficial. Exterior: fino pulimento y aplicación de gruesa capa de engobe color rojo (6 1/2 pg, barn red). Interior: esta cara se encuentra erosionada en la mayor parte de los fragmentos. No obstante, tres de ellos muestran pulimento y dos están recubiertos del mismo engobe que el exterior. Total fragmentos: 17, que incluyen uno de borde (j) y un fragmento angular (k) (véase Fig. I). Formas: aparentemente todos los fragmentos pertenecen a un vaso globular de cuello restringido, cuyo espesor de paredes oscila entre 3 y 4 mm.

CERRO EL PLOMO

En este sitio encontramos los siguientes tipos:

1) **Plomo corriente** (también presente en Piedra Numerada).— Total fragmentos: 21. Uno de asa plana, uno con asa de estilización ornitomorfa, cuatro fragmentos con bordes y dos con curvaturas significativas. Formas: 15 fragmentos muestran en su cara interior un alisado que deja estrias. Parecen pertenecer, a juzgar por la forma del asa "e" y por las curvaturas de los fragmentos "f" y "g", a un aríbalo (Fig. I). Seis fragmentos muestran una pasta muy compacta y un desgrasante escaso. Pertenecen a un plato con asa de estilización ornitomorfa (véase Fig. I). En este caso la superficie interior sólo recibió un alisado mediano que dejó una superficie ligeramente estriada, aparentemente no recubierta de engobe. Poseemos 3 fragmentos de borde, uno de los cuales (i) muestra una protuberancia exterior (una de las "colitas" típicas de los platos ornitomorfos). El asa "h", que estiliza una cabeza de pájaro, se encuentra completa y presenta huellas de haberse desprendido del resto del cerámico (se trata de una parte añadida al recipiente). Este último fragmento muestra el mismo tratamiento superficial (pulido mediano) que la cara externa de la pieza. El diámetro aproximado de este plato es de 115 mm. El espesor de la cerámica, 3 a 4 mm.

2) **Plomo gris.**— Pasta: compacta de color gris. Desgrasante: muy fino (sólo observable con lente). Existen, además, pequeñas piedras aisladas. Tratamiento superficial. Exterior: pulido fino. Esta cara es color gris (4 li, beaver). Interior: aparente hollinado natural sobre superficie lisa. Total frag-

(*) El número y las dos letras indican la notación del color respectivo, dentro del sistema Ostwald (Jacobson 1948); el adjetivo colocado a continuación, la denominación correspondiente del "Descriptive Color Names Dictionary" (Taylor 1950). Los colores descritos de esta manera son los actualmente exhibidos por los fragmentos en las partes en que parecen menos alterados.

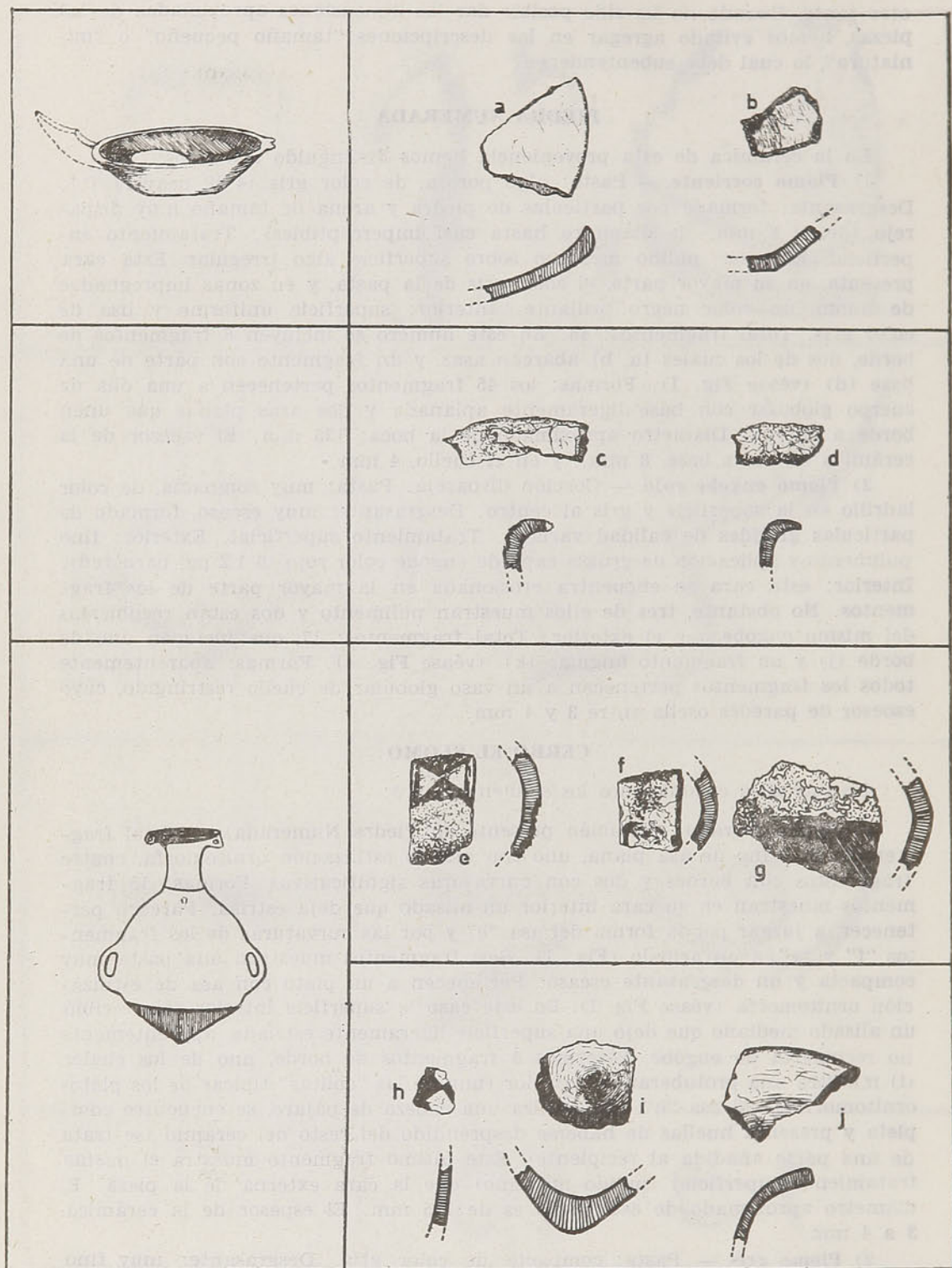


Fig. II. — Fragmentos provenientes del cerro El Plomo y formas a que se atribuyen. a, b, Plomo café. c, d, Plomo engobe rojo indico. e-j, Plomo negro sobre blanco. Fragmentos a 1/2 tamaño natural. En los perfiles el interior de los recipientes está hacia la izquierda o arriba.

mentos: 12. Ninguno presenta rasgos peculiares. Formas: indeterminables. Espesor de la cerámica: 5 a 6 mm.

3) **Plomo café.**— Pasta: compacta de color café. Desgrasante: escaso y de pequeñas partículas blancas. Tratamiento superficial: pulido muy fino por ambas caras (salvo un fragmento que posee la cara exterior pulida y la interior cruda). Este tratamiento de la superficie da un color café castaño (4 ni, chestnut brown). Total fragmentos: 4. Uno con borde y otro con parte de la base plana de un plato. Formas (véase Fig. II). El fragmento de borde "a" y el fragmento "b", que abarca parte de una base, pertenecen a un plato de base plana de un diámetro aproximado de 80 mm. El diámetro aproximado de su base es 22 mm. El espesor de la cerámica es, en ambos fragmentos, 5 mm. Por lo menos uno de los fragmentos restantes pertenece a otra pieza (forma incierta).

4) **Plomo engobe rojo indico.**— Pasta: compacta, color gris oscuro. Desgrasante: arena de partículas de tamaño variado (en general pequeñas). Tratamiento superficial. Exterior: pulimento fino y aplicación de engobe rojo (6 ng, Indian red). Interior: en dos fragmentos (uno de borde y otro de cuello), la superficie interior presenta el mismo tratamiento que la exterior. Uno presenta alisado tosco que deja estriás desordenadas; los demás están erosionados. Total fragmentos: 6. Dos con bordes. Formas: dos fragmentos de borde (c, d) y uno con engobe en ambas caras, posiblemente pertenecen a una pequeña olla. El diámetro aproximado de la boca de esta pieza es de 60 mm., y el espesor de la cerámica, 4 a 5 mm. Los tres fragmentos restantes pertenecen a otra pieza (forma indeterminable).

5) **Plomo negro sobre blanco.**— Pasta: medianamente compacta de color gris. Desgrasante: de partículas finas de color blanco; es abundante y distribuido con mucha uniformidad. Tratamiento superficial. Exterior: aplicación de engobe blanco grisáceo (3 cb, sand) y fino pulimento. Los fragmentos de este tipo que pertenecen a un aríbalo exhiben en esta cara una decoración en negro o café chocolate (5 pn, chocolate brown) sobre el campo blanco. Interior: los fragmentos de plato exhiben similar engobe y decoración en esta cara, que los de aríbalo por la cara exterior. Los fragmentos de aríbalo sólo muestran un alisado muy tosco que deja estriás desordenadas. Total fragmentos: 26. 17 pertenecen a un aríbalo, 8 a un plato, y 1 a una pieza con decoración interior (¿plato?).

Aribalo (véase Fig. II).— Esta pieza está cubierta por el exterior de engobe blanco, desde el borde de su boca, hasta la línea en que comienza el cono inferior (no sabemos si en todo su contorno o sólo en la mitad frontal). El cono inferior presenta un pulido mediano de la superficie natural, color gris oscuro (4 li, beaver). Estas dos superficies están delimitadas por una línea negra que sigue el contorno de la base del cono invertido inferior. El interior de la boca muestra, desde el borde, igual tratamiento que el cono inferior. El resto de la superficie interior presenta el tratamiento tosco anteriormente descrito. Las asas están cubiertas de engobe blanco por sus dos caras. Por el lado exterior exhiben una decoración en negro de triángulos rectángulos opuestos por el vértice. Un fragmento (h) muestra que existía una decoración similar, o de dadero, sobre el cuerpo de esta pieza. "e" y "f" son fragmentos de asas; "g" abarca parte del cono inferior y de la cara superior engobada; "i" constituye el vértice del cono inferior, comprobando la condición ápoda de la pieza. El fragmento "j" abarca parte del borde y de la boca. El diámetro aproximado de la boca de este ejemplar es de 65 mm., por lo que su altura puede aproximarse en 200 mm. y su diámetro máximo, en 120 mm.

Plato.— El desgrasante es en estos fragmentos más disparejo de tamaño y no se encuentra repartido con uniformidad en la pasta. Este plato, recubierto de engobe blanco por ambas caras, sólo parece haber estado dibujado en su borde y en su cara interna (véase Fig. III). No hay fragmentos que indiquen la forma del asa o de la base. Los fragmentos "a" y "b" muestran la decoración interior y del borde. El espesor de la cerámica es de 4 mm.

Fragmento con decoración interior.—El fragmento "c" es de pasta muy com-

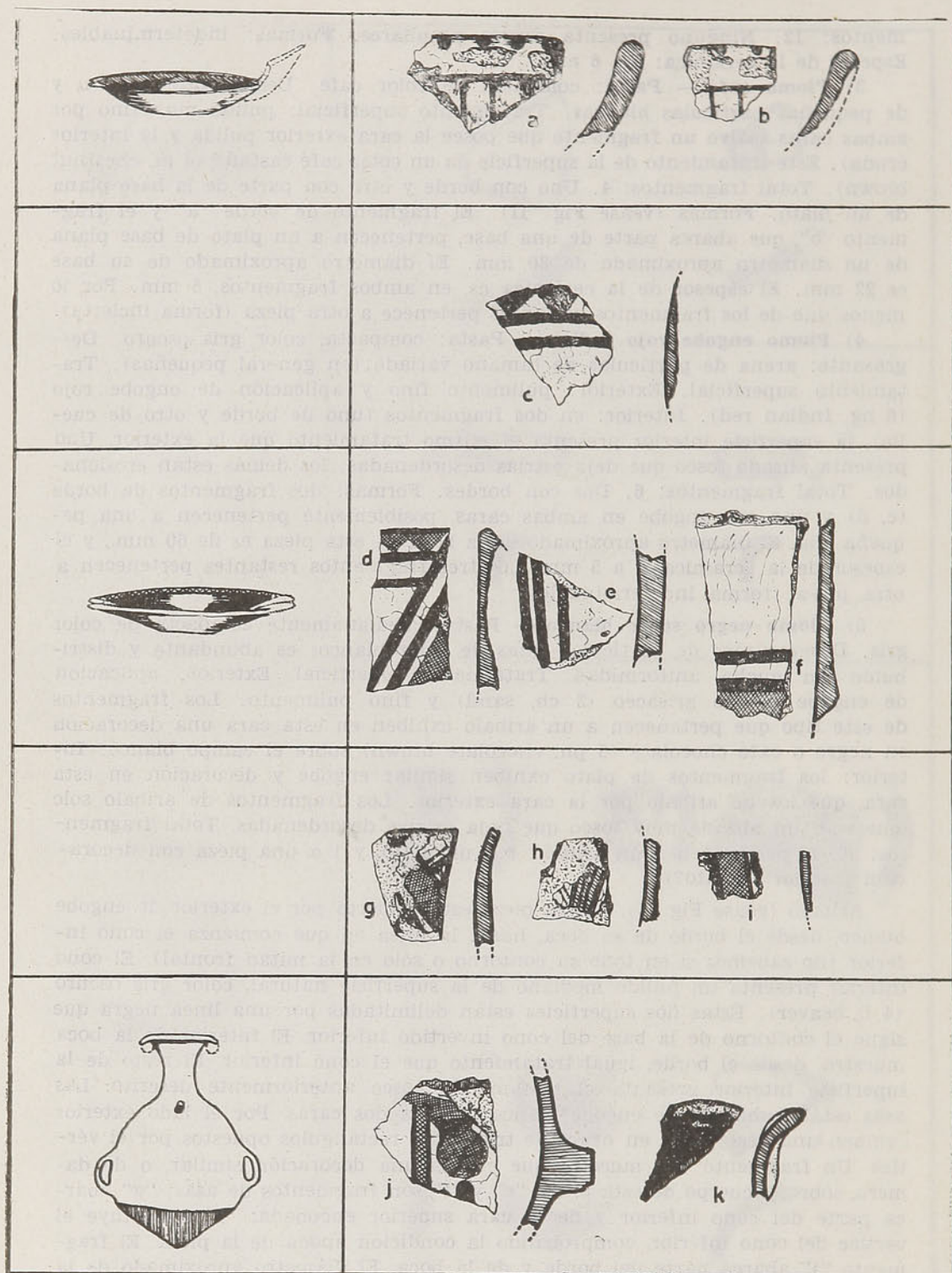


Fig. III. — Fragmentos provenientes del cerro El Plomo y formas a que se atribuyen. a-c, Plomo negro sobre blanco. d-i, Plomo policromo. j, k, fragmentos de aribalo policromo. Fragmentos a-i, tamaño natural; g-k, 1/2 tamaño natural. En los perfiles el interior de los recipientes está hacia la izquierda o arriba.

pacta y sin desgrasante visible. Exhibe por el interior la decoración observable en la Fig. III; su superficie exterior ha desaparecido.

6) **Plomo policromo.**— Pasta: muy compacta, en general de color café claro (4 le, maple). Desgrasante: pequeñas piedras aisladas. Se observan finas partículas de mica. Tratamiento superficial. Exterior: pulimento fino. En un fragmento esta cara está recubierta de engobe color café oscuro (4 pl, deep brown). Interior: pulimento fino y, en general, aplicación de engobe crema (2 gc, chamois), sobre el que se han practicado decoraciones en rojo (6 ng, Indian red) y negro o café oscuro (5 pn, chocolate brown). Un fragmento muestra, además de los colores mencionados, un café claro. Total fragmentos: 11. 6 exhiben decoración por el lado interno. Los otros 5 muestran, por estar quebrados, sólo la cara exterior que está, en general, solamente pulida. Formas (véase Fig. III). Tres fragmentos (d, e, f) pertenecen, aparentemente, a un plato de base plana y paredes casi rectas (con ligera convexidad exterior). Aunque no poseemos fragmentos de la base, deducimos su forma del escaso curvamiento de sus paredes. La forma del asa, por falta de fragmentos, queda indeterminada. El fragmento de borde "d" sólo exhibe su cara interior, la que está recubierta de engobe crema. Pendiendo del borde muestra pequeños triángulos rojos que adornaban el contorno del borde del plato. La línea que teñía el borde, el par de líneas paralelas que sigue a la franja de triángulos, y las que atraviesan diagonalmente el fragmento, son de color café oscuro. La superficie que ocupa el ángulo inferior, bajo las diagonales, es de color rojo. En el caso del fragmento "e" no hemos podido establecer si su cara externa de color café oscuro (4 pl, deep brown) ha sido recubierta de engobe o simplemente pulida. Su cara interna exhibe, sobre el engobe blanco, un par de líneas paralelas de color café oscuro. El espesor de la cerámica es en este fragmento de 4 a 5 mm. "f" sólo conserva su cara interna que tiene igual engobe y color de líneas paralelas que los dos fragmentos precedentes. En su extremo inferior aparece una superficie de color rojo.

El fragmento "g" probablemente pertenece a un plato profundo. Su superficie exterior está cubierta de engobe color café oscuro. En su cara interior, muy erosionada, dos líneas negras que la atraviesan diagonalmente, encierran una superficie de color rojo. El resto de esta cara muestra huellas de líneas negras sobre posible engobe de color crema. El espesor máximo de este fragmento es de 6 mm.

Los fragmentos "h" e "i" no son atribuibles a forma alguna. "h" tiene una cara completamente erosionada. Su cara cóncava, también muy erosionada, posee una zona en que se puede observar una pequeña fracción de la decoración original, que tiene la particularidad de exhibir cuatro colores. Dos líneas negras encierran aquí un campo color café claro sobre el que se dibujan dos líneas verticales rojas. A ambos lados de esta zona existen campos color crema. Sobre uno de ellos se observan dos finas líneas del mismo color rojo que las dibujadas sobre el campo café claro.

"i" es un fragmento de borde que conserva su superficie interior. Una línea negra recorre el borde y dos bajan diagonalmente delimitando una superficie roja. Los dos campos laterales parecen haber estado cubiertos de pintura negra. En este fragmento no se observa el engobe crema existente en los demás de este tipo.

7) **Fragmentos de aribalo policromo.**— Aunque estos fragmentos presentan una decoración en tres colores, no los hemos incluido en el tipo Plomo policromo, por diferir en sus cualidades de pasta, desgrasante y tratamiento superficial.

Pasta: color gris (4 li, beaver). Desgrasante: fino y de partículas blancas de tamaño muy regular. Es abundante y se mezcla en una proporción uniforme con la pasta. Total fragmentos: 3 (véase Fig. III). Un fragmento de borde (k) y dos que muestran la decoración del cuerpo de esta pieza. El fragmento "j" comprende una protuberancia frontal de forma cilíndrica. El borde "k" muestra el tratamiento que se dió a la cara exterior e interior de la boca. Por el interior está finamente pulido y recubierto de engobe rojo (6 ng, Indian red). El exterior, también finamente pulido, está cubierto de engobe café-negro.

(5 pn, chocolate brown). El fragmento "j", muestra por su cara interna, una superficie cruda e irregular. Por el exterior, su superficie posee un pulido mediano que se hace tosco en las inmediaciones de la protuberancia. Esta cara está cubierta de engobe color café claro (3 lg, light brown). La cara frontal de la protuberancia, su superficie superior y la zona que se extiende sobre ella en el cuerpo de la pieza, muestran una superficie toscamente alisada y libre de engobe. La franja vertical que se observa a un costado de la protuberancia, está formada por una superficie de color rojo (6 ng, Indian red), delimitada por dos líneas negras paralelas. La franja que termina debajo de la protuberancia, aunque aparece ennegrecida, fué, probablemente, similar a la anterior. El diámetro de la protuberancia es de 15 m.m. y su altura sobre la superficie exterior, 13 mm. El otro fragmento está muy erosionado y muestra en su cara externa una decoración similar al fragmento "j". El espesor de la cerámica oscila en estos fragmentos entre 4 y 5 mm.

8) Fragmentos no clasificados.— Aquí hemos agrupado 13 fragmentos que no entran dentro de los tipos anteriores y que no presentan rasgos muy peculiares.

Dos fragmentos, uno de los cuales abarca parte del borde, pertenecen, aparentemente, a un plato muy extendido, casi plano. Su diámetro aproximado es de 75 mm. La cara externa es pulida y de color café oscuro y la interna, recubierta de engobe color crema. El espesor de la cerámica es de 3,5 mm.

Un fragmento comprende parte del borde y del asa de un plato. Sus caras están erosionadas, y la forma del asa no puede determinarse. Un borde y otro fragmento pertenecen también a un plato. Sus dos superficies están pulidas y exhiben el color bermejo (5 pg, light copper brown) de la pasta.

Dos fragmentos muestran finas partículas de mica. La superficie interior de color café oscuro presenta, en uno de estos fragmentos, una finísima estriación en su alisado, que parece responder, por su perfección, a una intención decorativa.

Los 6 fragmentos restantes se encuentran muy erosionados y no poseen rasgos dignos de mención.

CONCLUSIONES

La cerámica proveniente del sitio arqueológico Piedra Numerada, que se encontró en relación con pircas de refugio, podría considerarse como de función utilitaria; se trata de una olla con huellas de hollín y, probablemente, de un jarro. La recogida en la cumbre, en cambio, por las formas y tamaños de las piezas a que puede ser atribuida, como por la decoración de una buena parte de ella, podría ser de uso ceremonial. No obstante, el hecho de haberse excavado cerámica incaica muy decorada y de formas similares a éstas en cimientos de casas, en sitios arqueológicos del Altiplano Boliviano (Rydén 1947), nos indica que piezas de este tipo eran quizá también utilizadas en la vida doméstica y que, por lo tanto, la distinción entre cerámica utilitaria y ceremonial no puede hacerse, en el caso de la cultura incaica, a base de consideraciones de carácter tipológico. Sin embargo, lo singular de las condiciones del hallazgo de esta última —en la cumbre del cerro El Plomo y entre los restos de un fogón próximo al Adoratorio—, como también lo que veremos se desprende del estudio de su origen, sugiere decididamente el que estos fragmentos sean el producto de un acto ritual, tal vez de algún sacrificio de "baxilla de barro", similar a los que Poma de Ayala (1936: 271) afirma ofrecían los "puquinacolla" y "urocolla" a sus huacas.

A continuación analizaremos los elementos que nos permitan establecer la posible filiación de esta cerámica, lo que, como hemos dicho, incide también en el problema de su función.

En la cerámica de El Plomo (*), se observan cualidades ajenas a la cerámica incaico-provincial de la región de Santiago. Los más sobresalientes de estos rasgos diferenciales son:

- 1.0 Ciertas características de las formas.—El tipo de plato de base plana, presente en este sitio, no figura entre las formas de la cerámica de estilo incaico-chileno (**). La forma del asa "h" (Fig. I), que estiliza en forma muy convencional la cabeza de un pájaro, constituye un elemento rarísimo en la arqueología chilena (asas de estilización ornitomorfa más realista, son frecuentes). Llama la atención, además, la presencia, en un muestrario de cerámica tan reducido, de un fragmento que abarca el vértice del cono que constituye la base de un aribalo incaico, forma que presentando esta condición ápoda, es muy escasa en esta región (el aribalo que presenta una base cóncava, denominado pseudo-ápodo por algunos autores y aribaloide por otros, es, en cambio, una pieza común en restos arqueológicos de la época incaica).
- 2.0 El tamaño tan reducido de la casi totalidad de las piezas de que provienen estos fragmentos.—Aunque piezas aisladas de tamaño similar han sido excavadas en el cementerio incaico de La Reina (Mostny 1946-7: 30-31), el hallazgo de estos fragmentos, en que es posible reconocer un grupo de unas 12 piezas de este tamaño, es excepcional.
- 3.0 Los colores empleados en la decoración de la cerámica "Plomo policromo".—Aun cuando éstos no se alejan mucho de la triada típica de la cerámica diaguita-chilena e incaico-chilena, que comprende los colores negro o café chocolate, blanco o crema, y rojo, el color rojo de la cerámica de El Plomo, que es un rojo índico, no pertenece a la gama de rojo habitualmente utilizada en los estilos locales mencionados. El color café, que sirve de fondo en el fragmento "h" de la Fig. III a una decoración en rojo, y que se suma en dicho fragmento a la triada habitual, constituye otro elemento que separa a la cerámica de El Plomo de la incaica regional.
- 4.0 El motivo de la decoración interior, contigua al borde del fragmento "d" (Fig. III), y también presente en el fragmento "c" (Fig. III), que comprende una banda de pequeños triángulos y dos líneas paralelas.—Este motivo de decoración no ha aparecido, hasta el presente, en la cerámica incaico-provincial de la región de Santiago (***).
- 5.0 El color de la pasta, en general gris o gris cafésoso, de estos fragmentos, se diferencia, con muy escasas excepciones, del de las piezas que actualmente estudiamos, provenientes de cinco cementerios de la región de Santiago, en que se nota una marcada influencia incaica. En estas últimas la pasta exhibe color rojo en todas sus zonas (cocción pareja), o rojo en las zonas superficiales y gris en la intermedia (cocción dispareja).

(*) Los elementos que comparamos a continuación se refieren principalmente a la cerámica proveniente de la cumbre del cerro El Plomo. En los fragmentos de Piedra Numerada existen pocos rasgos que nos permitan acercar esta cerámica a la incaico-chilena o a la del Cuzco. La forma de olla del tipo Plomo corriente es común tanto en el Cuzco como en la región de Santiago. Los fragmentos de Plomo engobe rojo (que pertenecen a una forma incierta) se asemejan en cocción y engobe a la cerámica incaico-chilena, pero difieren de ésta en cuanto a la pasta.

(**) Habíamos de "estilo-incaico-chileno", al referirnos a las piezas de cerámica relacionadas con la denominación incaica, por presentar éstas, de la zona diaguita al sur, rasgos incaicos que con los de las culturas locales forman una amalgama uniforme estable y bien definida. Algunas de las características de esta cerámica han sido establecidas, para la región de Santiago, por G. Mostny (1946-7), y para el área diaguita, por F. L. Cornely (1947, 1949) y J. Rowe (1950).

(***) Cornely (1949: 8) reproduce una pieza del Museo Arqueológico de La Serena (N.º 907) que exhibe un motivo similar. No sabemos de otras piezas en que se presente dicho motivo.

La mayoría de los rasgos de la cerámica del Plomo que acabamos de consignar, y que son en el caso precedente diferenciales, constituyen, con respecto a la cerámica de estilo Inca Tardío del Cuzco (Rowe 1946: 200-201, 243-244), otras tantas similitudes que abren nuevas posibilidades para establecer el origen de estas remanencias culturales. Así, el tipo de plato pequeño de base plana, que vimos no se da en el estilo incaico-chileno, es muy frecuente en Cuzco (Valcárcel 1934-1935), y en Machu Picchu (Bingham 1930), apareciendo también en ciertos sitios de Bolivia (Rydén 1947). Otro tanto ocurre con la forma del asa "h" (Fig. I), la cual aparece, sobre todo, en Machu Picchu y en Cuzco. El motivo decorativo del fragmento "d" (Fig. III), aplicado en forma similar, contiguo al borde de platos, es muy común en Cuzco y Machu Picchu (véase Bingham 1930, Fig. 100a; nuestro fragmento "d" coincide con el plato ilustrado por Bingham, tanto en su motivo decorativo, como en los colores de cada uno de sus elementos).

El aribalo propiamente tal (forma ápoda), que vimos era en general reemplazado en Chile por el pseudo-ápodo, es una forma tan conocidamente "estilo Cuzco", que creemos no vale la pena insistir en la frecuencia con que aparece en las localidades centrales del Imperio.

La pequeñez de las piezas a que pertenecen los fragmentos de El Plomo, que resalta cuando se considera el mayor tamaño de las piezas incaico-chilenas, encuentra su paralelo innegable en las ya citadas del Cuzco, en que estas reducidas dimensiones son muy frecuentes. Los colores de la decoración agregan una similitud más con el estilo del Cuzco y regiones más centrales del Imperio (*). En efecto, aunque el estilo del Cuzco emplea principalmente los colores negro, blanco y rojo, lo hace en una gama más rica que la del estilo incaico-chileno, soliendo agregar, además, otros colores como el café claro y el naranja. También en los sitios incaicos estudiados por Rydén en Bolivia, aparecen los colores de la cerámica de El Plomo, figurando decoraciones en negro, café rojizo (color que se aproxima mucho al rojo índico de El Plomo) y blanco. También aparece el color café que encontramos en el fragmento "h" (Fig. III).

Del color de la pasta no son muchas las consecuencias que se pueden obtener, puesto que la cerámica incaica no se caracteriza por presentar, en las localidades consideradas, una gran uniformidad en este aspecto. Sólo podemos adelantar que los colores presentes en la pasta de la cerámica del Plomo, que vimos serían excepcionales dentro de la cerámica incaico-provincial de la región de Santiago, ocurren, aunque no predominan, tanto en la cerámica del Cuzco como en la de los sitios del Altiplano Boliviano excavados por Rydén.

Por todo lo expuesto, y por no encontrarse además en esta cerámica ninguna influencia de las que comúnmente se mezclan al estilo incaico local (lo diaguita-chileno, principalmente), se puede afirmar que ella fué traída de algún lugar en que se fabricaba cerámica de un estilo incaico muy puro. Aunque con las limitaciones impuestas por la escasez de la muestra estudiada y el que sólo hayamos podido examinar la literatura referente a escasos sitios incaicos, las evidencias de que disponemos indican la región del Cuzco como su punto de origen más probable. Existe, no obstante, la posibilidad de que haya sido elaborada localmente por artesanos venidos de aquella región con los dominadores del Imperio. Esta segunda posibilidad se debilita si se considera que en ninguno de los cementerios que estudiamos se dan cerámicos que presenten las características propias de la colección proveniente del cerro El Plomo. Así, el cementerio de La Reina, que por ser el más rico e importante

(*) Bennett (1950: 95), refiriéndose a las distinciones entre Inca Imperial y variedades provinciales en la cuenca sur del Lago Titicaca dice: "The Rowe classification has not yet been applied to Inca ceramics in the South Titicaca Basin..." La falta del texto de Rowe, que propuso una clasificación de la cerámica incaica para El Cuzco, así como la falta de una colección de cerámica típica de Cuzco Imperial nos hace imposible realizar la tarea de extender su clasificación, en forma más específica, a territorio chileno.

de los hasta ahora estudiados en Chile Central, pudo haber mostrado relación con los hallazgos del Plomo, sólo produjo —fuera de algunas piezas de estilo diaguita— cerámica del tipo que llamamos incaico-chileno.

Las conclusiones a que hemos llegado vienen a mostrar la gran importancia y el carácter general que tuvieron las ceremonias y sacrificios realizados en la huaca constituida por el cerro El Plomo, para los que fue necesario —como también lo evidencian las demás reliquias recuperadas de su cumbre— la importación de un conjunto considerable de frágiles objetos desde la remota metrópoli imperial o sus inmediaciones.

LITERATURA CITADA

BENNETT, WENDELL C.

- 1950 Cultural Unity and Disunity in the Titicaca Basin. American Antiquity. Vol. 16, N.º 2, pp. 89-98.

BINGHAM, HIRAM.

- 1930 Machu Picchu, a Citadel of the Incas. Memoirs of the National Geographic Society. Yale University Press. New Haven.

CORNELY, FRANCISCO L.

- 1947 Influencia Incaica en la alfarería diaguita-chilena. Boletín N.º 3, Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena, pp. 10-13. La Serena, Chile.
1949 Cerámica del Valle de Elqui con influencia incaica. Boletín N.º 4, Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena, pp. 2-11. La Serena, Chile.

JACOBSON E., GRANVILLE W. C., FOSS C. E.

- 1948 Color Harmony Manual. Container Corporation of America. Chicago 3.

MOSTNY, GRETA.

- 1946-7 Un Cementerio Incásico en Chile Central. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, Tomo XXIII, pp. 17-41. Santiago.

POMA DE AYALA, FELIPE GUAMAN.

- 1936 Nueva Crónica y Buen Gobierno. Institut d'Ethnologie. París.

ROWE, JOHN H.

- 1946 Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest. Handbook of South American Indians. Vol. 2. BAE. 143, pp. 183-330. Washington.
1950 Comentario sobre un artículo del Boletín N.º 4 sobre influencia incaica en la alfarería diaguita-chilena. Boletín N.º 5, Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena, pp. 28-29. La Serena, Chile.

RYDEN, STIG.

- 1947 Archaeological Researches in the Highlands of Bolivia. Goeteborg.

TAYLOR H. D. KNOCH L., GRANVILLE W. C.

- 1950 Descriptive Color Names Dictionary (Suplemento a la tercera edición del Color Harmony Manual). Container Corporation of America. USA.

VALCARCEL, LUIS E.

- 1934 Los trabajos arqueológicos del Cusco. Sajsawaman redescubierto. Revista del Museo Nacional, Tomo III N.º 3, pp. 211-33. Lima.
1935 a. Los trabajos arqueológicos en el Departamento del Cusco. Sajsawaman redescubierto. Revista del Museo Nacional, Tomo IV N.º 1, pp. 1-24. Lima.
1935 b. Los trabajos arqueológicos en el Departamento del Cusco. Sajsawaman redescubierto. Revista del Museo Nacional, Tomo IV N.º 2, pp. 161-203. Lima.

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPTO. CENTRO NAC. DE PROGRESOS TECNICOS
DL ☐ 8 JUN. 1952 D ☒
Ca ☐ Co ☐
SECC. CHILENA

